



Marina Mariasch (Buenos Aires, 1973) publicó libros de poesía en el sello editorial Siesta, que fundó y codirigió. Esos y otros libros suyos fueron reunidos bajo el título *Paz o amor* (2014) y luego en *La pequeña compañía* (2022). También publicó ensayos y las novelas *El matrimonio*, *Efectos personales* y *Estamos unidas*. Es licenciada en Letras y docente.





# EFFECTOS PERSONALES







# EFFECTOS PERSONALES

## Marina Mariasch



DE CONATUS

COLECCIÓN **¿QUÉ NOS  
PREOCUPA HOY?**  
ENSAYO AUTOBIOGRÁFICO



El papel utilizado para la impresión de este libro ha sido fabricado a partir de madera procedente de bosques y plantaciones gestionados con los más altos estándares ambientales, garantizando una explotación de los recursos sostenible con el medio ambiente y beneficiosa para las personas.

Título:

*Efectos personales*

De esta edición:

© De Conatus Publicaciones S.L.

Casado del Alisal, 10

28014 Madrid

www.deconatus.com

Copyright © Marina Mariasch, 2022

Título original: *Efectos personales*

Edición publicada en acuerdo con Ampí Margini Literary Agency y la autorización de Marina Mariasch.

Primera edición: febrero 2025

Diseño: Álvaro Reyero Pita

ISBN: 978-84-10182-10-3

Depósito legal: M-638-2025

Printed in Spain

Impresión: Artes Gráficas COFÁS, S.A.

Todos los derechos reservados.

Esta publicación no puede reproducirse total ni parcialmente, ni almacenarse en sistema recuperable o transmitido, en ninguna forma ni por ningún medio electrónico, mecánico, mediante fotocopia, grabación ni otra manera sin previo permiso de los editores.

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones:

comunicacion.deconatus@deconatus.com



*Estos acontecimientos se anuncian, como una sombra, en los sueños, se vuelven a menudo tan distintos que uno cree comprenderlos de una manera palpable, pero, a pesar de eso, escapan a un esclarecimiento definitivo, y si se procede sin habilidad ni particular prudencia, no se puede llegar a decidir si tal escena ha tenido realmente lugar.*

HÉLÈNE CIXOUS, Retrato de Dora

*La revolución no ha hecho caer a todas las tiranías; los disgustos que se han reprochado a los poderes arbitrarios subsisten en las familias; causan crisis análogas a las de las revoluciones.*

KARL MARX, Acerca del suicidio





# 1

Hablar es perder siempre. A las nueve de la noche, como una tormenta que se larga de golpe, las personas salen a las ventanas, a los balcones, y aplauden. Es una costumbre que empezó en estos días para homenajear a los médicos que sostienen vivo al mundo. Pienso que también es un aplauso para nosotros mismos. Nos felicitamos con golpes de manos, un signo universal de celebración, algo tan ridículo como si tiráramos besos o repitiéramos una sílaba para manifestar que estamos contentos por lo que pasó tatatatatatata. Un día más en la tierra de edificios brotados de la locura automática. Buen día, esta es mi mesita de luz, esta es mi silla, mi taza, mi cama. Este es el piso donde tengo que pararme y caminar. Despertarse y reconocer lo que nos rodea es un trabajo diario.

Fue una noche blanca, estridente. Ese día de abril no me desperté porque no había dormido. A las 7 me bañé y llevé a los chicos a la escuela. Había clase abierta de música y la salita Conejos cantó una de Alfredo Zitarrosa. La voz grave del uruguayo se volvió un coro tímido de ardillas. Crece desde el pie, musiquita, decían con poquito aire, mientras la maestra marcaba los acordes con una guitarra criolla y movía los rulos de henna. Los chicos sacudían a destiempo cascabeles y



toc tocs como una orquesta dodecafónica. Desde el pie crece, crece la musiquita disfónica.

Salí a la calle aturdida y me tomé un taxi a la comisaría donde había pasado la noche. Tenía que ir a llevar los documentos para retirar el certificado de defunción y los objetos personales. Cuando llegué a la avenida San Juan, mi papá ya estaba saliendo con la cáscara de mi mamá colgada del brazo, su campera vacía. En la otra mano tenía un bolso negro. El bolso que mi mamá había preparado, quizás la mañana anterior, para registrarse en un hotel del centro. ¿Tendría pensado dormir, pasar la noche? No sé qué llevaba en el bolso, no parecía muy lleno. En el hotel escribió dos cartas, habló por teléfono con algunas personas, le deseó feliz cumpleaños a mi papá y conversaron un rato. Ahora mi papá caminaba rápido. Fuimos directo al auto. Una puerta se cerró de golpe y pensé que de ahí en más todo lo repentino me iba a dar miedo.

Había que pasar por la morgue para reconocer el cuerpo. En el camino mi papá nos metió a mi hermana y a mí en un taxi y dijo que él se encargaba. El taxi me dejó en mi casa. El velorio iba a empezar recién por la tarde. Cuando entré a casa, la alemana que alquilaba la habitación de huéspedes me preguntó si podía conseguirle otra pasta de dientes, la que le había dejado en el baño le picaba. Le dije que sí mientras escuchaba lo que ella decía como la música deforme que habían cantado los chicos en la escuela un rato antes, como un himno nazi. Aturdía.

En la cocina había una carta. No era de mi madre, era de Isabel. Isabel trabajaba en casa cuidando a los chicos desde que mi hija era bebé. A mi hija la quería mucho porque era blanquita y rubia, me decía. Yo la había ayudado con un aborto, con una moto para el novio, y con su hija. Ella me había soportado durante el divorcio y la mudanza. Más temprano, antes de llevar a los chicos al colegio, la abracé.



Le conté lo que había pasado, le dije que no hacía falta que viniera al velorio, que era muy triste todo y que mejor se quedara con los chicos, que la iba a necesitar muchísimo.

Gracias por todo, decía en un pedazo de papel de cuaderno Rivadavia escrito en lápiz. Isabel me dejó ese mismo día. Al revés que antes, cuando todo me pareció estridente y punzante, esta vez entré en una habitación acolchada por una cadena de palabras que sonaban parecido: estupor, sopor, vapor, tambor, olor, temblor, calor, valor, color, amor, dolor, amargor, sabor, error, mejor, peor, rencor. Estaba confundida. Mi mamá se había tirado de la ventana, o de un balcón, nunca supe. Aplausos para semejante espectáculo. Aplausos para ella que se animó a tirarse. Aplausos para nosotros que nos animamos a seguir viviendo. Aplausos todos los días, a las 21 horas, en ventanas y balcones.







Un cuerpo que cae adopta la velocidad de una fruta. Fruta pasada. Después del entierro nos fuimos a comer a una parrilla. Era una esquina barata en Villa Crespo y armaron una mesa larga. Primero trajeron los chorizos y las morcillas, como siempre. Íbamos picoteando el pan y nos reíamos, la ropa elegante que teníamos puesta iba a quedar con olor a grasa. Me di cuenta de que el cuerpo de mi mamá estaba roto.

Hasta ese momento la había pensado divina, como siempre, maquillada, ofreciéndome un bocadito, ¿No querés darles algo de comer a los chicos? No había sido fácil el entierro, como muchas veces en las historias, en la historia. Fosas comunes, no poder ir, como ahora en pandemia, cementerios superpoblados, tumbas vacías. Ese día éramos una cantidad elemental de deudos. Nosotras habíamos llevado un grabador medio berreta para pasar «She's Leaving Home» mientras el cajón bajaba y el pizzicato de violín con el que empieza había salido en ralentí por las pilas gastadas. Otra vez la música deforme. She's leaving home, ba, baaaaaaai. El rabino rezó el kaddish y nos cortó la ropa. Era parte de la shivá.

Nos acompañó un sol pobre. Tuve la sensación de que ahora era rica. Iba a heredar. Además del incordio de la



muerte había otros problemas que traía el hecho de que mamá se hubiera suicidado. La mutual israelita no nos dejaba enterrarla en el lote familiar. Matarse es pecado. La religión no permitía que la enterraran en el cementerio donde estaba mi abuelo. Hubo que negociar con las autoridades y al final nos dejaron enterrarla en un borde, junto al muro. En la antigüedad, a los suicidas se los enterraba en las encrucijadas del camino para que sus almas se perdieran. Nunca fueron bien recibidos.

Los rituales en el cementerio incluían volver a la entrada por un camino distinto al que se había tomado para llegar al lugar del entierro y lavarse y enjuagarse tres veces cada mano antes de salir. También, no volver directo a la casa. Después de la carne, que trajeron en tres braseros de mesa, pedimos flan con dulce. No nos importaba nada. Mi prima, que estaba de viaje y no había podido venir, me llamó y me dijo: ¡Qué tarada! No estaba preparada para escuchar algo así. Las sensaciones se abarrotaban pero no iban en una sola dirección.

Tarada no era lo que pensaba yo cuando los domingos a la mañana me acostaba panza abajo con la tapa de *Sgt. Pepper* entre las manos. Más bien pensaba por qué mi mamá tiene que ser tan fan del marrón, tan fanática del beige, me daba un poco de pena. Pensaba que mi papá debía estar secretamente enamorado de una mujer negro-naranja-violeta, una estridencia misteriosa y no de esa Finlandia tenue que vi clara en la película *Interiores*.

Ahora no podía descifrar un sentimiento. No es como la muerte normal si hay algo de normal en la muerte. Nada del ciclo: negación, ira, negociación, depresión, aceptación. Incluso dicho así ese proceso suena un tanto esquemático. Esto era: madeja, enjambre, locura, bronca, culpa, vergüenza, death metal, limbo, fiesta (tenía visitas todo el tiempo, las



amigas se quedaban a dormir, pijama party), odio, asco, gusto a clavos oxidados.

No sentía tanta culpa por haberme peleado con ella la última vez que nos vimos el día de su cumpleaños, nos peleábamos siempre. Me daba culpa haber rogado que le pasara algo para que el chico al que había empezado a ver en esa época me prestara más atención. Él estaba muy ocupado porque su mejor amiga tenía a la mamá enferma y la acompañaba día y noche. Dios, ojalá me pasara algo así, pensé para adentro una tarde. Nadie lo supo nunca, pero pasó. Seba se portó como un duque. Vino al velorio, al entierro, se quedó a dormir en casa. Se mantuvo a una distancia prudencial. Unas semanas antes se lo había señalado a mi mamá desde la mesa de un bar. Me parece muy chico, dijo. Nunca nada le resultaba suficiente.







Caballito de cristal, antes era distinto. Antes de «lo de mi mamá». Le decimos así, es más corto, y evita la incomodidad. Una vez me encontré en un Pertutti con un chico que me había dado unos besos. Una noche, en su casa, con whisky, me había dicho que yo era suave como un queso y cuando me despidió en la boca del subte me pidió que todo quedara entre nosotros. Yo me sequé como una pasa. En el bar la tele estaba prendida fuerte con un partido y yo le conté lo de mi mamá. Te voy a pedir que no me hables de eso, me hace mal, me dijo. Le molestaba a él lo que me pasaba a mí.

Antes del confinamiento, mi tía me trajo de regalo un vaso de cristal finlandés tallado con caballitos. Era de mi mamá, reina del buen gusto según el mito familiar. Era en parte cierto, como todo mito. Fanática del queso y del crocante. Excelente imitadora de Zira en *El planeta de los simios*. Ojos de Judy Garland. Y de Geraldine Chaplin. Y de Juliette Binoche. Algo de Margot Hemingway y de Nora Cárpena. Susana Romero. Leonor Benedetto. Olga Zubarry. Queso con nuez, fanática. Tenía el aliento que queda cuando comés queso. Nunca supe por qué, era la persona con mejor higiene



bucal que conocí. Se cepillaba los dientes varias veces al día, se pasaba hilo dental. Siempre tenía un arsenal de palillos importados que venían alineados como hermanos siameses y en la época en que se puso de moda en casa había water pik, un estimulador de encías con cuatro picos, uno de cada color. Una familia rubia, la tribu Brady, se estimulaba en simultáneo frente al espejo en una pantalla de televisión partida en cuatro. Pero en mi casa la única rubia era mi hermana y a eso de los once el rubio se le fue. Papá ya no vivía en casa. Era el aliento de la angustia.

Un caballito tallado en cristal, tic toc, cuánta fragilidad. Si se cae, se rompe. Antes de caer por su propio peso, por su propia voluntad, mamá dejó dos cartas. Una era para su novio. Habían sido novios cuatro años y se odiaban bastante. Una semana después de lo de mi mamá nos llamaron de la sede judicial. Se aprenden muchas cosas cuando te toca una muerte en la vía pública. La persona que deja de existir no tiene que ver solamente con vos, con tu ámbito privado. Es también alguien que antes que vos vio la policía, los de la ambulancia, la gente que pasaba por ahí, sobre todo si lo de esa persona fue en la vereda de un hotel del centro de la ciudad, un martes a las cuatro de la tarde.

Con mi hermana fuimos a la sede judicial donde nos iban a entregar las cartas, porque antes que nosotras habían llegado ellos y estaban investigando el caso. En la oficina abrieron una carpetita donde llegamos a distinguir al pasar la foto de mi mamá sobre el pavimento en posición de bebé. ¿Cómo están los bebés? Los bebés están muy bien pero casi siempre lloran y casi nunca están parados. También, casi siempre duermen. Salimos con dos sobres en la mano y nos agarramos de un árbol finito para vomitar en el cordón de la vereda. Teníamos los jugos gástricos hermanados. Fuimos al bar de la esquina y nos sentamos en un box.



Decidimos leer la carta que nos había dejado a nosotras más tarde, en una casa, con alguien cerca. Dábamos vueltas al sobre para el novio como a una carta de póker que no sabíamos si jugar. No sabíamos si leerla. Era una traición. Pero, ¿a quién? El novio la había dejado unos días antes y había cancelado un viaje que tenían planeado. La leímos. No nos arrepentimos, nos alivió. Después lo llamamos a él, le dijimos que podía pasar a buscarla cuando quisiera. Nunca vino.







Hoy estás, mañana no estás. Fort-da de la madre. Jugar a soportar la espera. Jugar a soportar la falta. Renunciar a la satisfacción pulsional. Renunciar. Esperamos sentadas en la entrada del edificio. No queríamos subir solas, nos teníamos miedo a nosotras mismas, nos sacábamos chispas. Mi papá llegó con un tempo apurado, no es que estuviera apurado, quería conservar el ritmo de la vida normal, hacer como que no pasaba nada, vamos, qué pasa, qué hacen acá, qué tienen. No sé exactamente cuánto tiempo había pasado desde que había visto a la chica que hacía mucho se casó con él en minifalda y capucha metida en una bolsa mortuoria sobre una camilla metálica. Habrán abierto el cierre un poco, como en las series. Él habrá guardado la compostura, habrá tenido después una descompostura. Trataba de mantener la normalidad contra los giros del mundo.

Como ahora, el silencio aturde, el ritmo cambia, es imposible sostener la vida normal. Subimos por el ascensor al piso cuatro. Las puertas tijera son una amenaza. Pasamos por el 4to B que no era el del pic nic. Era el departamento en el que unos años atrás había vivido Florencia, la vecina de mi hermana, la que compartía casa con el hermano y le pedía



azúcar o arroz, y se pasaban porrito y un día desapareció, perdida en la trata. La trataron bien o la trataron mal, más bien lo segundo, seguramente perdió la razón, perdida por la droga, perdida por las rutas de Argentina. El corredor era angosto y de venecitas turquesas, un mar de juguete sin aire ni luz, un fondo de olla. En el departamento, nos encerramos en la habitación que olía a cigarrillo y abrimos la carta. Cuando terminamos me metí en el baño y me salió un chorro inmenso de menstruación. Pérdida. Perdida.

En el living mi papá terminó de leer la carta y nos pidió hacer una copia en el escáner que tenía mi hermana. Quería mostrarle la carta a su mujer. Le dijimos que sí y mientras él colocaba el original con la letra escrita a mano en birome por mi mamá unos días antes en una habitación de hotel medio pelo del centro porteño —una habitación que se había asegurado no tuviera rejas en la ventana o en el balconcete— antes de tirarse para estallar como una calabaza sobre el cemento, mientras mi papá acomodaba bien esa hoja de papel en la cuadrícula verde fluorescente del escáner nos dimos cuenta de que mejor no. Duplicar la carta era casi peor que hacer una bandera con una bombacha sucia y sacarla por la ventana del auto, o mostrarla al frente de la clase. Era lo más íntimo del mundo. Era la condensación del pudor, lo más privado que existía. No queríamos que nadie más la leyera, al menos ese día. Nadie más tenía que leerla. Era obsceno.

Mi papá se enojó y se fue. Poseidón en ese mar de mosaicos diminutos, clavó el tridente y agitó las aguas. No sin antes de cerrar la puerta gritarnos, a mi hermana y a mí, empapadas en olas de lágrimas, «¡Locas de mierda!». Nos tiramos en el piso para seguir llorando sobre un costado. O nos caímos. Perdimos fuerza. Perdidas.

La carta estaba partida en dos. No era una parte para cada una, eran las dos para las dos. Estaban llenas de amor y



premeditación. Nada de solemnidad y con las palabras que usaba con nosotras cuando hablábamos cincuenta mil veces por día por nuestros teléfonos liberados. Una de las últimas conversaciones que tuve con ella fue sobre un filtro de agua. Yo cruzaba Acuña de Figueroa y ella trataba de convencerme de que me comprara uno. Una parte de la carta eran puros deseos y buenas intenciones. Terminaba dejándonos un beso eterno. La otra parte eran instrucciones precisas e indicaciones de qué hacer con la plata, las cuentas, las tarjetas, el celular, las casas. El único ítem que no había podido resolver era Susana. Con Susana no sé qué decirles, chicas, decía.







Las teorías. Hay una regla universal en la literatura y el teatro que es no hablar nunca del sueño ni de la locura. Son un saco roto en los que entra cualquier cosa y se justifica. Un saco roto como el que tenía colgado mi mamá en el placard, que usó para el entierro de su papá y después no usó nunca más. Un saco roto como el de pana negra que me puse yo, elegantísima, el día del entierro de mi mamá. El rabino hizo un tajito en el forro verde esmeralda. Después el forro se rompió mucho más y yo lo llevé a una casa de arreglos de ropa y lo cambié por uno nuevo color rosa intenso. Rompí la shivá. La tradición cayó en saco roto.

La tesis de la locura no se sostiene. Nadie que la haya conocido piensa en eso. Tampoco su antiguo psicoanalista al que llamé una noche tirada en su cama y me habló de otra vez, hace muchos años, en la que mi mamá había ido a un hotel, a punto de pasar al acto, y de la idea del suicidio en Masotta. «Un Foucault joven, nietzscheano, habla de la locura como ausencia de obra —la sinrazón aparece en el arte de Artaud, Van Gogh y él propio, pero cuando aparece la verdadera “locura” (que creo que Nietzsche y Deleuze llamarían “enfermedad”, una enfermedad “vital”, diferente a la



médica), ahí dejan de escribir o de pintar—», me explica mi hijo. Mi mamá no estaba en bata todo el día ni empastillada ni había estado internada en un hospital psiquiátrico. Era una mujer hermosa que trabajaba, se recibió jovencísima, se casó con un hombre pintón y canchero, tuvo dos hijas, se separó, sufrió, se fue de vacaciones a Punta del Este, viajó con su marido a Nueva York, a Europa, a Rusia, leyó a los rusos un verano en Mar del Plata a sus 7 años, fue medalla de honor, tuvo padres con plata, vivió en casas más o menos feas y en casas hermosas y bien ubicadas, tuvo —después de separarse— varios novios y amoríos, asistía a grupos de estudio de filosofía, tenía libros marcados de Spinoza, Leibniz, Deleuze, llevaba a sus nietos al teatro Colón y a que hicieran su primer viaje en avión, salió con un hombre que tenía treinta años más que ella y había sido funcionario y millonario, vivido en Francia y fumaba habanos, y con otro más que ponía los mapas al revés para que viéramos el mundo con otra perspectiva, salió con otro que tenía miguitas de pan en el jogging, tuvo un novio que usaba blazer de corderoy marrón y camisa amarilla y a ella le parecía espantosa esa combinación, tuvo un romance fugaz con un hombre joven que andaba en moto y conoció en el estacionamiento donde guardaba el auto a dos cuadras de su casa, antes de mudarse al departamento, era bastante linda, pero se sentía fea, y sobre todo gorda, nunca lo suficientemente flaca, fue bastante maltratada por casi todos los hombres como si eso fuera una condición de su existencia, tuvo dos hermanas brillantes y bellas ante las que siempre se sentía en inferioridad de condiciones, se había puesto muy flaca después de separarse, se quemó el pelo con una permanente que le quedó horrible en los 80, tenía la piel muy suave y llena de pecas como un paquete de lentejas desparramado sobre el mármol de la cocina.



La cuarentena se extendió hasta la fecha de su cumpleaños. Un par de semanas después de aquel 12 de abril se levantó, se vistió, armó un bolso, le pidió a Susana que preparara una tarta de zapallitos, y salió de la casa. Mi tía, la física, está convencida de que pasó algo con la medicación neurológica que tomaba para la migraña. Hacía tres días que no dormía, me dijo, y no se sentía bien. El mayordomo, en esta novela policial, es el neurólogo del Hospital Alemán. Mi tía médica psicoanalista dice que estaba angustiada y hace un recuento histórico de situaciones que la tuvieron al borde. Cuando me las contó sonaron como el scratch de un DJ.

A algunas personas les pregunté cómo había sido el día de la muerte de mi madre. Sus hermanas fueron las dos personas que menos pudieron hablar del tema, las que menos dijeron. Fueron las que más tardaron en reubicarse en el esquema del mundo después de ese acontecimiento, si es que lo hicieron.

«A mí me pasó que no les creía a los policías», me escribió mi tía psicoanalista. «Pensaba que era un secuestro de gitanos pero le pedí a Diego que llamara a la comisaría y no me querían decir pero sí confirmaron que eran ellos y yo me hacía versiones light de la cosa hasta que Pau llamó llorando desesperada. Yo no le entendía (no quería entender). Después si querés trato de escribirlo más lindo pero me es muy difícil estetizarlo. Lu me agrega datos porque ella le avisó a Hélène y a Mabel. Hélène gritaba que le laven el estómago. Y me acuerdo de vos en la comisaría. Y que la campera que devolvió la policía era una que yo hacía poco le había regalado. De vos creo que ligué alguna patada».

«Está la historia de Bahía», se acordó después. «Cuando quieras te cuento porque tengo mil detalles: por ejemplo, el último día que la vi y el momento en que nos despedimos. Ella creyó que yo la llevaría y yo me tenía que ir a dar un curso pedorro en APA y me iba para el otro lado. Aún me remuerde



no haber faltado a ese fucking curso. Supongo que por eso me “especializo” en el canto 101 de Catulo. Al menos él pudo escribir un poema inmortal».

Nunca me contó los detalles. Ninguna de las dos, ni ella ni yo, quiere llegar a ese momento. Ahora estoy en casa. Como siempre lo mismo. Me da calma esa certeza de repetición, calabaza y arroz, calabaza y arroz, calabaza rota en saco roto. Trato de evitar el imán de la muerte.





La experiencia de la vida. Nunca pensé en el ruido del cuerpo al chocar contra el suelo hasta que leí el epígrafe de Petronio en un libro de Leónidas Lamborghini. «Jamás un sonido más desagradable había golpeado mis oídos». La cita seguía y no hablaba de un estruendo fisiológico ni de un grito agudísimo. Se refería, despectivo, a los versos de Virgilio. No pude seguir. Escuché plaf. O paf. Pam. Pum. Tacatrác. Pufff.

Me daba vergüenza. Me sentía manchada por el estigma de la locura. Que nadie me iba a querer con una madre suicida. Es sospechoso, qué clase de persona sale de ahí, de eso, en qué estado sale, si sale. Me daba vergüenza también el suicidio anómico, según las categorías de Durkheim —que había leído muchísimos años atrás para la facultad como si fuera ficción o algo de una película—, de mi mamá. No era un acto heroico ni político. No se había tragado la pastilla de cianuro para no confesar o no cantar los nombres de sus compañeros, no había dado la vida por los demás o por su agrupación o por la patria. Se había matado por amor. Una mujer profesional de clase media alta con un piso regio en el Belgrano de las embajadas, pintado de blanco, con cañas en el balcón, arreglado con el impecable registro de la arquitecta



que era ella, con una habitación extra para su estudio y por si venían los nietos, con dependencia para Susana. Una rica triste. Una Karenina sin amante.

No quería que nadie me viera. No quería que nadie me preguntara. Tenía un novio nuevo, de estreno, y estaba segura de que su mamá iba a pensar que yo era una cabra loca. Ya no sé quién me lo sugirió (andaba por ahí como una zombie, como andan ellos en las películas, enojadísimos —nunca supe bien por qué no se quedaban a descansar en la paz de sus tumbas— y perdidos). Empecé a ir a un club de suicidas. En realidad era un Círculo de Ayuda a Familiares de Suicidas. Me hizo bien. La primera vez que fui, un departamento feo en la calle Jean Jaures, me vestí mal a propósito. Me iba a encontrar con gente que tenía parientes —padres, hermanos, novios o novias— que se habían suicidado. Marginales.

Adentro estaban María Eugenia, Carmen y Laura. Laura era psicóloga, tenía dos hijas, se había matado su mamá. A María Eugenia, abogada, también se le había matado la mamá y a Carmen, el novio. Uso el pronombre personal de tercera persona complemento indirecto porque la persona se suicida, un verbo reflejo, una acción que recae en la misma persona que la produce, pero que también recae en las personas que rodean a la persona que se suicida, las que comparten eso que se llama la experiencia de la vida. Pastillas, gillette en las muñecas, las vías del tren. Cada cual tenía sus métodos, sus anestias, sus salvavidas, agujeros negros, nubarrones. A veces venían juntos. Un café por la mañana mirando el cielo por la ventana, una canción, nubarrones en el café, la caída. Estaban mejor vestidas que yo, algunas eran kirchneristas.

Es absurdo, como dice Marx, pretender que un acto que se cumple tan frecuentemente sea un acto contranatura. «El suicidio no es algo antinatural en lo más mínimo: día



a día podemos atestiguarlo. Por el contrario, es natural para nuestra sociedad dar a luz a muchos suicidas, mientras que los tártaros no se suicidan». Pensamos al suicidio como un síntoma eminentemente humano, cultural, social, o en todo caso subjetivo. Pero Marx introduce el término natural. No todas las sociedades tienen los mismos productos. No hay nada natural en nosotros, sólo reflejos culturales, decimos. Pero en la naturaleza parece haber también instintos suicidas. Por ejemplo en los perros.

En el Puente Overtoun, en Escocia, según reportes, muchos perros se han provocado la propia muerte, dice Wikipedia. Algunos perros se niegan a alimentarse después de la muerte de su dueño hasta que mueren. En 1845, el *Illustrated London News* informó que un perro de Terranova había estado deprimido durante un período de días antes de ser visto «lanzarse al agua y tratar de hundirse». Cada vez que fue rescatado intentó hacerlo de nuevo hasta que finalmente sumergió la cabeza bajo el agua hasta la muerte. Otros perros, así como patos, también se han ahogado a sí mismos. Muchos animales que parecen estar deprimidos o en duelo comienzan a mostrar un comportamiento autodestructivo que a veces termina en la propia muerte.

Un pato lo hizo después de la muerte de su compañero. El suicidio también ha sido observado en las ballenas. En 2009, veintiocho vacas y toros misteriosamente se lanzaron por un acantilado en el lapso de tres días. Un ciervo saltó de un acantilado provocándose la muerte con el fin de evitar ser capturado por perros de caza. En 2005, en Turquía, mil quinientas ovejas se precipitaron al vacío; unas cuatrocientas murieron.

El comportamiento suicida se ha observado más en las hembras que en los machos y en los vertebrados más que en los invertebrados. Las termitas explotan con fines defensivos. Lo hacen para defender su colonia a través de la ruptura



de una glándula que produce una secreción pegajosa con un efecto defensivo.

Cuando se ve amenazado por una vaquita de San Antonio, el pulgón del guisante explota matando a la mariquita. Ciertos tipos de parásitos hacen que sus anfitriones se comprometan a la conducta suicida. El suicidio animal fue utilizado durante mucho tiempo para definir el suicidio humano; durante el siglo XIX, el suicidio animal fue visto como un acto de abuso, locura, amor o lealtad, de la misma forma que el suicidio humano.

Empezaba a parecerme que eso que no estaba en el guion de mi vida era parte de mi película. Sentía los bordes difusos, no sabía dónde terminaba mi piel. Lo de los lemmings fue un error, sólo estaban emigrando. Cuando cambiamos de lugar, por más lejos que nos vayamos, llevamos el padecimiento a cuestras. Me pregunto si mi mamá fue el perro, el pato, o el ciervo. O la vaquita de San Antonio.



La Suprema Corte emite su fallo. Es el que esperan: se les otorga el privilegio de suicidarse. Todos lo cumplen, algunos con ardiente serenidad, y reposan al lado de su señor. Hombres y niños vienen a rezar al sepulcro de esos hombres tan fieles. Es un fragmento de «El incivil maestro de ceremonias Kotsuké no Suké», un cuento de Borges en *Historia universal de la infamia*. El privilegio de suicidarse.

Cae fuera de su sombra. Cae fuera del lenguaje. En el patio interno no hay luz ni aire. Hay un rumor de viento y arrullo de palomas. Mi casa da al corazón de manzana. En los últimos tiempos brotaron torres baratas alrededor de lo que era una zona de pehaches. Hoy hay sol y lavo la ropa. En la terraza, mientras la cuelgo en ese aparato de nombre tan tierno que se llama ténder, me siento en el viejo Elefante Blanco, rodeada de ladrillos y hierros, estructuras vacías sin terminar. Las palomas empezaron a apropiarse de las obras sin terminar. Palomares. Hay un silencio extraño, el ruido de una mosca. Un perro ladra al aire tenso.

El Círculo de Ayuda a Familiares de Suicidas tenía la misma sigla que el Círculo Argentino de Filosofía. Muchísimos años atrás salí con un chico del CAF. No tengo idea cómo lo conocí,



cómo me habrá invitado a salir, no existían las redes ni los celulares. Yo tendría quince o dieciséis y fuimos a Prix D'Ami y mientras tomábamos un Tequila Sunrise y hablábamos ¿de qué? y de fondo sonaba Human League, le vi el anillo. ¿Estás casado?, le pregunté. Sí, mi esposa está en Estados Unidos. *auousesinvestugaudooooaaauura*. Empecé a escuchar como si la cinta se estuviera enganchando y fuera perdiendo nitidez. Me levanté y fui al baño, subiendo por una escalera de metal. Me miré en el espejo. Telenoveler. *Don't you walk me, baby?*, decía la canción de Human League. Me enteré el año pasado. Para mí siempre fue *Don't you walk me, baby?* No me camines, querido.

No era moral. Esa nunca fue una preocupación para mí. No conocía la religión, ni el pudor, ni los límites. Había algo de la traición que no podía concebir. Había conocido algo de eso cuando mi papá dejó a mi mamá por una mujer veinte años más joven. Para mí esas cosas sólo pasaban en las telenovelas malas de Canal Nueve Libertad. Siempre fui muy ingenua. Volví a la mesa con el chico del CAF y le dije que me iba. El CAF que conocí después tenía un grupo de mails. Éramos miles. Los suicidados proliferaban por todos los barrios, todas las ciudades del país, todas las familias como musguito en la piedra. Todos los días era el aniversario de un suicidado. Hace seis años o una semana, con la herida en carne viva. Algunos subían frases emotivas, otros consejos de supervivencia, relatos de duelo, del suceso, del pantano de su tristeza, de su alegría de algodón de azúcar, artificial y pegajosa, de los objetos de su hermana, el cisne de porcelana de su primera comunión que abraza todas las noches, la muestra de fotos con todas las formas posibles de suicidarse que hizo antes de hacerlo, variaciones de la muerte. Acá unos retazos de esos mails:

Mi dormitorio es el lugar donde paso la mayor parte de mi tiempo



¿Saben? Cuando estoy en la calle miro los autos Me  
acuerdo cómo estaban las cosas adentro de la casa  
vi sus ojotas en el balcón, sus cigarrillos en el cenicero  
pasamos por esta experiencia loca  
En pleno verano estaba con buzo de mangas largas Le  
mandé un mensaje a mi hermana  
pidiéndole que se fuera a fijar a un bar al que iba siempre a  
ver si estaba y no me contestó  
nada.

Fue eterno y rápido a la vez.

Lloro sentada, acostada, parada, pero inmóvil Cuando voy  
caminando y veo una chica con esas camperas tipo tubo.

Es viernes y bajan un poco las revoluciones y empiezo a  
pensar

Había unos cables

que eran para colgar la ropa y que habíamos sacado porque  
lastimaban

al árbol en el que estaban.

Durante toda la mañana hizo las cosas que hacía todos  
los días

No podía estar mirando todo el tiempo, lo hacía cuando  
cocinaba, controlaba que no hubiera cuchillos cerca.

Ahora no estoy tan enojada. Revolver sus cosas me trajo  
sentimientos de ternura.

Las vísperas siguen siendo algo triste.

Ahora pienso: y si se fue esperando encontrar algo mejor  
y no encontró nada?

Otros habían hecho trabajos fotográficos: una serie en la  
bañera con sangre, un señor de la misma edad que el padre  
vestido con la ropa del muerto. Otros mandaban mails, no  
hacían nada más artístico que vivir. Eran vanguardia.





Unos días antes de lo de mi mamá me operé unos lunares en la espalda. Eran tres en fila, como las tres Marías, y los quemaron como a tres bifecitos. Los tres cráteres quedaron ahí, huellas de un planeta descubierto y abandonado, heridas mal cicatrizadas, marcas de una época que no pasa, que no se olvida.

Unos días antes fue Pésaj. Mi mamá estuvo esperando hasta último momento que alguna de mis tías nos invitara, como pasaba siempre, a alguna de sus casas. Nosotras éramos una familia de tres, con el sidecar de mis hijos. Una familia sin hombres. Mujeres y niños, abandonad el barco. La invitación de las tías no llegó y terminé yendo con los chicos a la casa de la mamá de una amiga. Aburrido y formal, acartonado y secote. Un rato antes de salir mi mamá me llamó y me dijo si no queríamos comer con ella, al final. No mamá, ya armé otro plan.

Unos días antes de lo de mi mamá fue su cumpleaños. Mi hermana y yo pasamos el día en un casamiento en el campo y volvimos a la ciudad a tiempo para sumarnos al té que le organizaron sus amigas en la casa de Ana. Llegamos vestidas de gasa y tacos, dos princesas, dijeron ellas, un poco borrachas,



habíamos coqueteado con varios, y las amigas dijeron, ves Normita, tenés dos hijas divinas, amigas... Y ella dijo bajito, como si estuviera masticando una pastilla: «Sí, pero yo estoy muy mal». Yo me fui a la casa de la chica con la que estaba saliendo que cumplía el mismo día. Rosario escribió mi nombre en su pared, con fucsia y con marrón, pero no había caso, a mí me gustaban los hombres. Le regalé una campera inflada como un michelín verde que me había comprado en París a los veinte y me fui a la fiesta de un festival de cine para ver al chico con el que también estaba saliendo. Dormí con otro pibe en la casita del fondo que mi papá pensó ideal para aventuras y amantes cuando me separé y me ayudó a buscar dónde mudarme.

Al día siguiente fui a tomar el té a la casa de mi mamá con mi hermana y mis hijos. Era domingo y el día anterior, el día del cumple verdadero, ellos estaban con el papá, y nosotras habíamos pasado sólo un rato, así que ese era nuestro festejo, el de nuestra familita. Estaba rara, pero normal, como siempre, un poco desconectada, yendo de la cocina a la mesa con platos de calentitos, dulce, salado, dulce, que no falte nunca nada, que abunde, que sobre, sobre todo que sobre movimiento y falte concentración y compromiso en una conversación, todo va y viene y blablabla se pasa el tiempo, pasa, pasa, shhh, ya pasa, ¿quieren más? ¿Los chicos? ¿Quieren más? ¿Más leche? ¿Un juguito? ¿Más té? ¿Qué té tenés?

Hablábamos del viaje a Estados Unidos, el que hicimos para acompañar a mi abuela a sacar plata del banco israelí Hapoalim. Aunque era chica me acordé siempre del nombre porque me hacía pensar en el Sapolán, una crema post solar que nos ponía mi mamá cuando volvíamos de la pileta. Le contábamos a los chicos las cosas que decía mi abuela, sin piedad ni con ella ni con lo que oíamos, cosas como «dejen que yo duerma en la cama más dura, total ya me voy a morir



pronto». Pasaron casi treinta años hasta que se murió. Antes se murió su hija. Tendríamos que haberle dejado a ella la cama más dura. Nos reíamos y mamá sacaba de la mesa, iba y venía, y algo le molestó de lo que decíamos, algo inusual porque era bastante indulgente con nosotras, mucho más con sus nietos y muchísimo más si nos estábamos riendo a carcajadas en el piso. Seguramente esa habrá sido una señal, pero no la vimos. Parecía un gesto más, una molestia, como cuando una está cansada, o con un poco de migraña, e invita gente a su casa, seres queridos, pero en un momento ya quiere que se vayan y meterse en la cama, sobre todo si es domingo, como cualquiera de nosotras, las personas.

Pasamos al living, la vida misma, entre almohadones y sobre una alfombra clarita como si la base de todas las cosas, transitada, no tuviera las marcas del paso por la tierra, las huellas. Bajo la alfombra, tampoco. Mugre no en esta casa. En el vajillero había una puerta reservada para delicias. Ahí encontré unas cajas de té riquísimos, combinaciones exóticas que ahora son comunes aunque no haya sido hace tanto, chocolate y menta, vainilla y pimienta. Le pregunté por qué no los habíamos usado, qué ocasión especial, más especial que esa, estaba esperando. La pregunta iba de un saquito de té a un saquito de seda francés que estaba colgado con una funda en el placard. Para una ocasión. Que nunca llegaba. Lo que está y no se usa nos fulminará. Me dijo que para qué iba a su casa si siempre la criticaba, que estaba harta, y discutimos. Nos peleamos por un saquito. Una discusión cualquiera, de un domingo de estar todos agotados. Me fui con los chicos de un portazo. Esa fue la última vez que nos vimos.





Antes de la muerte de mi mamá yo salía por la televisión. Tenía el pelo largo, usaba vestidos de flores, y hablaba con escritores de amor y de literatura. Una vestuarista me daba la ropa que a veces tenía que devolver y a veces no. Hablábamos tirados en el pasto, tomando tecito o alcohol, según la preferencia de cada invitado, en los museos y parques de la ciudad. Después de ese hice otro programa sobre blogs de arte con una edición espectacular y una música para nada accidental. Las dos cosas las hacía Chung, el chino que se mudó a la casita del fondo. Fumaba unos cigarros finitos con forma de conito y olor a canela y tomaba muchísimo whisky todas las noches pero a la mañana muy temprano salía a hacer su clase de kung fu. Después hice algunos programas más y después hay una nebulosa, estoy tratando de ver qué es, no es una tormenta de arena como las de las películas de cowboys o las que se levantan en la playa porque esas pegan en la piel y esta vino leve, seductora, incitando a entrar y a perderse, pero era neblina espesa, y no se veía nada. Por eso no sé bien qué vino antes y qué vino después, qué año era ni cuántos programas hice. Me reconocían a veces incluso en una zapatería de barrio, es lo que pasa con la tele de cable, un rumor de fondo,



un flash en el zapping, y todavía hoy, con la cara que quedó después de todo lo que pasó a veces alguien me dice te veo cara conocida, tengo la cara de argentina típica, le digo, y sigo la conversación.

Antes del fin de la televisión vino el principio y fue en un cumpleaños, como todos los grandes acontecimientos. Estábamos en un salón de fiestas de la calle French, había un mago gritándole a un nene que se quedara quieto. Le dije a mi mamá que me habían llamado para hacer un programa de tv conversando con escritores. Me dijo Ah, con un poco de asco. La televisión nunca estuvo bien vista en mi familia. No me acuerdo de ningún comentario que me haya hecho al respecto.

Antes de lo de mi mamá me separé y fue desgarrador. Después de lo de mi mamá pensé que si hubiera sabido que eso iba a pasar no me habría separado. El divorcio siguió siendo lo más doloroso del mundo. Al fin y al cabo mis dramas también eran bastante de juguete. Tuve juguetes horribles, demasiado modernos, pirámides amarillas con bolas de cabeza y un tren. A los diez años me regalaron un telar de lana indígena y me dio penita, por ellos, pero también por mí. Y también los odié un poco.

Cuando me separé me compré un espejo antiguo, un collar de rocas negras y cuadradas y una camioneta rusa. La vendía una amiga de mi hermana por 13 mil pesos y era una cuatro por cuatro fabricada por el ejército soviético. La llevé a un taller mecánico para que la revisaran y me dijeron que tenía el chasis todo perforado y el aceite quemado pero que el motor andaba bien. Tenía el plástico de la guantera rota y un par de tajos en el tapizado del asiento pero lo arreglé con cinta aislante negra. Me la llevé y salí con la radio puesta.



Vendí la camioneta para poder pagar las expensas del departamento de mi mamá. Había que hacer la sucesión, tasarlo y recién ahí podríamos venderlo. Las expensas eran caras. La camioneta era barata pero alcanzaba para pagar unos meses de expensas. La llevé al taller mecánico y pregunté cuánto me daban. No la querían, pero después de un rato me dijeron que iban a tratar de buscar un comprador. Se las dejé por dos pesos con cincuenta. Prefería la plata en la mano. Había arreglado con mi hermana que mientras tanto iba a manejar el auto de mi mamá hasta que —una vez hecha la sucesión también— lo vendiéramos y repartiéramos la plata. Era un buen arreglo económico, servía para pagar las cuentas y yo podía seguir llevando a los chicos a la escuela y a todos lados, como pasa cuando son chiquitos, cuando ser mamá es también ser chofer y taxista.

Era malo desde el punto de vista de los fantasmas. Los fantasmas dan vueltas alrededor de las personas casi siempre y mucho más cuando recién están muertas. A mi mamá la veía en todas partes, su carré era muy fácil de confundir. Nada original. Camperas matelassé verde musgo. Manos sobre el volante en diez y diez, anteojitos de marco de acero. La veía



en todos los autos verde inglés como el de ella. Me veía duplicada en ella cuando manejaba su auto. La veía duplicada en mí. La veía en mí.

No era la primera vez que me pasaba. Nos parecíamos y mucha gente me lo había dicho a lo largo de mi vida. Muchas personas me reconocían porque me parecía a ella. Me miraban y sondeaban como a través del tubo de un microscopio o de tiempo a esa persona que realmente conocían. ¿Cómo está tu mami? Estás igual. Otras veces los sentimientos se trasladaban. Cuando mi papá empezó a ir a los almuerzos familiares con su novia nueva, mi abuela descolgó la foto del casamiento donde estaba mi mamá de blanco. Tenía minifalda, capucha y botitas blancas y un ramo de flores y mi abuelo empezó a tratarme como si yo fuera el fantasma de mi madre arruinando como una intrusa los almuerzos del domingo con la nueva primera dama. ¿Me pasás la ensalada? Mi papá también me trataba muchas veces como la encarnación de mi mamá. Era su embajadora, su embajada.

Ahora la veía a ella en todas partes y en mí cuando manejaba su auto. Esa posesión me turbaba. Así, un día, yendo a 20 kilómetros por hora, choqué. El auto que venía adelante mío frenó y yo no sé si no llegué al freno a tiempo, si no anduvo bien, si se me resbaló. Mi hija voló desde el asiento de atrás hasta la ventilación. Se golpeó. Bajamos llorando. De su nariz caía una sangre espesa. La ambulancia llegó enseñuida. ¿No querés llamar a tu marido, a tu mamá? No podía reaccionar y además no tenía ninguna de esas cosas. Nos llevaron al hospital.

Muchos años después, cuando el choque se volvió tabú, mi hija escribió esto:

yo me puse a llorar cuando vi que llorabas vos. te vi perdida. no me acuerdo si fue antes o después de la época



de angustias y llantos fuertes en el living grande de casa donde un poco pedías perdón pero te estaban pasando muchas cosas. lo que sí me acuerdo es la sensación de que verte llorar así no era casual.

mientras me levantaba iba sintiendo cada forma que había quedado marcada en mi cuerpo: la radio que partía mi cachete en rollitos, o el freno de mano que aplastaba mi muslo. me levanté para decirte que no había pasado nada, que estaba bien. porque en ese instante todavía no había sentido el dolor porque fue todo tan rápido que pensé que no era nada. pero cuando te vi llorar sentí que se me rompía algo en el cuerpo y entonces me miré y vi mis calzas blancas con estrellas que me gustaban mucho manchadas de rojo. y de repente vi una lluvia de sangre que producía yo misma, como una nube, no me daba cuenta que caía, pero era como una de esas lluvias constantes que las gotas casi que lastiman. ahí me puse a llorar fuerte, como compitiéndote.

después no me acuerdo bien qué pasó. antes la estábamos pasando bien, córdoba estaba llena de sol y me estabas llevando a una pijamada en lo de lu. me encantaban los planes de chicas.

cuando empiezo a llorar todo lo que pasa mientras tanto se convierte en una nebulosa que un poco elijo porque prefiero no registrar ese momento. por eso no me acuerdo qué pasó. la gente en la calle nos ayudó mucho, de eso me acuerdo. dijeron que ya estaba viniendo la ambulancia y la señora con rulos vestida de runner nos calmó a las dos. ahora que me acuerdo fue después de la muerte de abu norma. de hecho estábamos en su auto, que pasó a ser nuestro pero que todavía tenía su olor. y cuando llorábamos un poco era para llorar por otras cosas, la desolación de que todo está perdido, y un momento madre hija que vos ya no podías tener. te tocaba ser sólo madre.



no me acuerdo cuándo dejamos de llorar, pero cuando estábamos arriba de la ambulancia ya nos podíamos reír. yo tenía un cuello ortopédico y la chica en el lugar de copiloto puso la sirena para que viva la experiencia, ella tenía una actitud de que no le entusiasmaba pero le copaba que para mí sea algo nuevo. vos ya no llorabas, tenías los ojos llorosos un poco ya con emoción y no sólo tristeza y me dabas la mano suave. las dos nos decíamos a la otra que estábamos bien. nos mirábamos como espejo porque las dos estábamos mal pero lo que peor nos ponía era ver a la otra mal.

el drama siempre tiene algo de película que da un poco de superioridad, como «yo viví esto y vos no», y aunque me da fobia un poco eso me gustaba. no sé cómo se habrá instalado el drama en los espectáculos, no sé qué nos hizo creer que es más entretenido. ¿quién habrá experimentado el drama por primera vez? ¿quién eligió convertirlo en algo atractivo?

cuando llegamos al hospital estaba papá esperando, o lo tuvimos que esperar a él. o tal vez no pudo ir y entonces fue ezequiel. o los dos. creo que fueron los dos. los recuerdos con el tiempo empiezan a desaparecer.

el hospital parecía un museo, al menos por afuera. me lo acuerdo blanco muy blanco como recién pintado y con baldosas blanco y negro.

después de eso no me acuerdo más hasta llegar a casa, débil pero con una pequeña fortaleza de que «ya pasó» y que león esté con simón jugando en su cuarto. me miraron y yo les hice hola con la mano. me dijeron monstruito, pero fue cariñoso. sentí cariño por los dos. simón toma un poco el lugar de hermano porque está en los recuerdos de esos momentos de la vida que quedan, y león siempre me cuida. no me acuerdo si me ofrecieron jugar con ellos.



desde ahí ir al hospital empezó a ser casi normal. las largas esperas tomando chocolate caliente rodeada de viejas y ruido a tos y a voces que dicen ROSA BLANCA CONSULTORIO 4. iba al otorrinolaringólogo pero la última vez me dijo que no hacía falta operarme, sólo por estética si quería, pero cuando sea más grande. también iba a hacerme ecografías o radiografías por el moretón en la pierna. era grande para mi cuerpo chico.

hablamos mucho del choque porque yo canalizo así. hablando hasta darlo vuelta y que ya no sea importante. también adopté el hábito de ponerme el cinturón y controlar que siempre lo tengan todos. igual con el tiempo lo fui perdiendo. las costumbres son pasajeras, de eso me quedó no creer en la intensidad de las cosas. todo son momentos. a vos no te gusta hablar del tema, no me di cuenta que te hacía tan mal. nunca te sentí culpable, por eso no me molesta charlarlo. hace poco en una peli o en una serie, creo que en uno de los primeros capítulos de madmen, dicen algo del dolor y la culpa y todas esas cosas que sentís cuando le pasa algo a tu hijx bajo tu responsabilidad. no tengo hijxs y nada se puede entender del todo sin vivirlo pero hice un click y te entendí un poco más.

Cuando vendimos el departamento de mi mamá Susana se fue a la casa de mi abuela. Era ideal. Mi abuela vivía sola, con una empleada, en un piso amplio en Recoleta, y Susana estaba en la familia desde hacía más de treinta años. Podía vivir ahí y ayudar un poco. No tenía a donde ir. Y mi abuela ya flotaba en el cielo del Alzheimer. Cada vez que yo pasaba por lo de mi abuela para que Susana me diera las milanesas que preparaba para mis hijos, me esperaba en el balcón. Usaba la campera de mi mamá, la que mi papá cargó en el brazo el día después, cuando volvimos a la comisaría a buscar



sus «efectos personales». Desde el balcón la campera de mi mamá me saludaba a mí, que estaba sentada, tan parecida a ella, manejando el que había sido su auto. Mi mamá seguía estando por todos lados.





No tengo ningún optimismo. Nada me convence de que después de una tragedia el mundo va a ser mejor, con delfines en las alcantarillas, elefantes bebés borrachos tirando besos y flamencos rosados por las avenidas de los pueblos. Esquivar los malos pensamientos, esa costumbre que tenemos, como si los pensamientos malos realmente no pudieran sentarse a tomar un banana split con nosotros en la mesa. Hola, pensamiento catástrofe, ¿qué tenés para mí hoy?

No siento ninguna melancolía. El mundo ya era bastante horrible. Quizás de ese fin de semana, justo antes de separarnos, cuando con mi marido tomamos la lancha colectiva para ir al Tigre. Nuestra mayor preocupación eran los mosquitos. Nadamos en el barro, nos sentimos remontados cuando nuestra hija remontó el barrilete. Hay una foto de eso y de nosotros en el tren, leyendo el diario de papel. No creo en ningún mundo mejor, sólo en finales hermosos como cuando en esa película miden el diámetro de la luna con un círculo de alambre.

Unos días después del suicidio de mamá, mi hermana y yo fuimos a la casa. Tardamos en animarnos, pero un día entramos. La puerta blanca, la casa blanca, y beige, ese color



impronunciable. Fue un trabajo de días, hurgar en cada cajón, separar las cucharitas, armar juegos, dividir la porcelana, dividir. Disponíamos los pañuelos de seda sobre la cama, ella el naranja y fucsia, yo el violeta y verde de YSL. Íbamos desnudando los aritos y los anillos sobre la alfombra, tratando de armar equivalencias, esas simetrías imperfectas que tienen los cuerpos humanos. Íbamos tratando de repartirnos a nuestra mamá. Fuimos justas y prolijas, no tuvimos peleas en el proceso y sabíamos compensar. Era un trabajo agotador, repartir, tirar, regalar, guardar. Éramos las rubias de *Ni idea* atracando la barata de un shopping, éramos dos nenas de la villa revolviendo una montaña de basura, éramos dos mujeres jóvenes armando el esqueleto de su mamá sobre la alfombra.

Habíamos seguido las instrucciones al pie de la letra: cancelamos la línea del celular y todas las tarjetas, pagamos cuentas, cerramos cuentas. En la agenda había escrito con el lápiz finito que usó siempre, que yo pensaba que usaban todas las mamás, pero que usaba mi mamá que era arquitecta, el nombre del hotel. Con lápiz de mina había escrito en una fecha y un horario el nombre del hotel que había elegido para matarse y después lo tachó y volvió a anotararlo en la página siguiente. Reprogramó su propia muerte como quien reprograma la extracción de una muela o de un lunar, o el café con una amiga en un bar.

En el estudio tenía guardados los recortes de todas mis publicaciones. Desde que empecé a escribir en diarios y revistas a los dieciocho años hasta las notas que me habían hecho a mí. Revistas donde estaba en la tapa, papeles y papeles que supe que nunca más nadie, ni yo, iba a guardar ni recordar. Sobre el escritorio estaba su computadora. La pestaña del buscador se desplegó para nosotras. Había buscado la palabra. Esa que no quiero decir. La que varios años después siguió astillándome el esternón cuando alguien la decía en un chiste,



al pasar. Ese cuero se fue curtiendo, como el callo de los tenistas. Ya no duele, mátense. Yo también me quiero matar. Lo digo y no pasa nada.







A la noche escucho cosas que se caen. No es una ilusión. Caen piedras de la obra en construcción, pedacitos de hormigón, ladrillos rotos. Las ruinas son una literalidad que se junta en el patio. Entre las cajas con las joyas había una que era el cofre de un tesoro y otra que era una familia de canastitas con tapa. Una mamushka de canastitas.

En una caja que era una casita de cristal pero de acrílico había cadenitas y un diente. Las casas, las cosas, los dientes, las personas, se caen. En una bolsita de pana como un objeto precioso estaba guardado el collar de madera. Había sido de cuentas redondas color madera, enlazadas con hilo blanco, y un día mi mamá las tiñó de rojo. Había sido un gesto vital, eran pequeñas manzanitas, cerezas, en un collar eterno, que daba mil vueltas.

Una tarde caminando sin destino por Berlín llegué a Moritzplatz, un lugar bastante despejado, al final de Kreuzberg. Estaba en Berlín invitada por el Instituto Cervantes y la Universidad Libre de Berlín para el festival de poesía latinoamericana Latinale. Un curro inventado por Timo, un alemán hijo de la Luftwaffe que había vivido en Buenos Aires y al que le gustaba la cumbia. Una vez fuimos al subsuelo de un club a bailar electrónica. La cumbia electrónica recién empezaba.



No lo podía creer, estaba alucinada, nos daban jugos naturales entre las lecturas, y servían mesas con quesos varios y fiambres de los cuales no conocía el nombre. Me pagaban el hotel. También pasé unos días en lo de mi prima, que vivía con el novio en Friedrichshain. Caminando desde su casa es que llegué a Moritzplatz. Entré en un negocio chiquito donde vendían té y chocolates, y le compré a mi hijo una cajita de chocolates en lata que decía Lion. Enfrente, en diagonal, había un edificio raro. Era Modulor, una especie de librería artística de cinco pisos donde se podía encontrar desde un alfiler hasta un modelo de caballo tamaño natural.

Entré como si entrara a la casa donde había vivido toda la vida. Olor a lápices, papel de calco, plantillas, muñequitos para maquetas. Recorrí cada piso como si fuera un museo. El museo de mi infancia, los estudios de mis papás, esas máquinas para sacarle punta al lápiz que juntaban viruta en un fondito, unas manijas que marcaban las letras en una cinta adhesiva de plástico que servía para rotular. Las reglas con las formas de las camitas, los inodoros y los bidets, las bañaderas, todas esas vidas en miniatura, amables, controladas. En un cajoncito transparente encontré las bolitas de madera del collar de mi mamá. Las reconocí enseguida, tenían las vetas marcadas, cebras color beige. Siempre beige.

No sabíamos qué hacer con el collar de madera. Entonces lo partimos por la mitad. Era lo suficientemente largo. Las bolitas rodaron por el suelo, llegaron algunas más cerca y otras más lejos. Las juntamos y las repartimos. Partir, repartir, medir. Las hilamos en dos collares nuevos. Cuelgan de nosotras los collares de bolitas de madera. Cuántas guerras habrán atravesado esas esferas, más grandes que una uva, corazones de árboles. Cuántos veranos y cuántas tormentas. Ahora bailan en el cuello, saltan por el aire y caen, endemoniadas.



Los zapatos nos miraban desde el placard en parejas, como ojos, unos al lado de otros. Tenían penita y daban penita. Como las madres y los hijos. Sienten, piden y dan. Habían quedado ahí, esperando, huerfanitos. Probarse la ropa era divertido y nos daba bronca. La ropa era nueva y cara y era de vieja. Se notaba en algunos detalles, unas pincitas, unas hombreras. Mamá tenía suéteres de lana buena de todos los colores. Celeste, gris, marrón. Perfectos, suaves, sin pelotitas. Tienen los cuellos un poco cerrados, algunos con canutillos bordados en las mangas. Hay una campera de cuero verde musgo suave como la piel de un cabrito bebé, se la compró un novio en París, y tiene un corte horrible. Hay un saco de piel rojo de Kenzo que podría ser hermoso pero es horrible y nos queda un talle grande y parecemos El Principito. Mi tía nos acompañaba sin el menor interés en las prendas. Comentaba sobre el corte de una época, quién le había regalado algo, ofrecía ir a la esquina a comprar algo de comer.

Perdíamos tardes enteras probándonos ropa y nos doblábamos de risa. Nos poníamos la bata de mami, la bata rosa viejo de toalla finita, y hablábamos como ella, Paula, ¿podés bajar la música? Esas noches de valium en que mi mamá



bajaba la escalera majestuosa de la casa en esa bata rosa y con la voz pastosa de la pastilla y la pintura corrida le pedía a mi hermana y a sus amigos que no hicieran ruido. Ya nos daba esa mezcla de pena y bronca que nos daba ahora. Ahora toda condensada y licuada, un samba de sensaciones en el arco que va del enojo a la compasión.

Elegí los suéteres de cashmere, uno gris topo imponible, con la cintura ceñida y los hombritos a la qué me importa, y otro verde loro peor, satén en los bordes, botones forrados. A mi hermana le quedaba todo bien, como siempre, como a las modelos que pasaban la ropa en el programa de Mirtha Legrand, Florida 335, cinturas de avispa y hombreras de astro-nave. A ellas les quedaban impecables, a las rubias perfectas y a mi hermana.

Los zapatos nos miraban como cachorritos abandonados. La ley judía no permite ponerse los zapatos de un muerto. Algunos dicen que esta prohibición está basada en un fragmento del Talmud donde cuenta que si en un sueño aparece un muerto y viene a llevarse algo, es un buen signo. A menos que se trate de zapatos. Las leyes judías muchas veces tienen una razón médica o una razón lógica. Por ejemplo, la prohibición de comer jamón es porque en una época los cerdos tenían triquinosis, y como no había controles bromatológicos, listo, prohibido comer jamón. Para los zapatos hay una versión parecida que tiene que ver con el cuero. Aparentemente, el cuero puede transmitir enfermedades contagiosas. Si el muerto los usó estando enfermo o murió con esos zapatos, mejor no ponérselos.

Mi tía física no pudo contarme su versión de los hechos pero una vez mandó por mail un recuerdo: «Hoy en casa me puse a caminar descalza sobre el borde externo de los pies. Parece que eso hace bien para el dolor de la cadera. Me acordé de cuando mami nos llevaba a Norma y a mí a lo de



una masajista. Éramos muy chicas. Creo que la tía Juanita también la llevaba a Diana. Alicia no había nacido todavía. La tía era exquisita y todo en esa casa también. Había una alfombra con flores azules. Nos hacía masajitos en las piernas, me acuerdo del talco en la piel suave de mi hermana chiquita. Después, teníamos que caminar con los pies de costado, forzando el arco, las dos en círculo sobre el piso de madera».

«Antes que a nosotras, atendía a una nena acompañada por su institutriz que le hablaba en alemán. Nos contaba que a la nena la obligaban a comer todo lo que le servían, aunque no le gustara. Sabíamos que pertenecía a un mundo al que nunca accederíamos. Ella iba con su institutriz, pero nos daba un poco de pena. Nosotras podíamos no comer lo que no nos gustara. No sé por qué fuimos ni cuándo dejamos de ir, pero si camino así, no paro de llorar».

A mí la ley me fue dada sin ninguna explicación. Mi tía frunció la boca y movió la cabeza para un costado y el otro. Mmmno, los zapatos no, me dijo, como si fuera una nena que va a meter los dedos en el enchufe. Cuando mi tía se fue, mi hermana y yo seguimos probándonos ropa. Habíamos estado horas, y mi tía sólo pasó a traer unos sandwichitos. Nos probamos las Nike de pato, esas que tenían un dedo aparte y se abrían como una pata de rana. Unos taquitos de Lonte. Antes de irnos, contra toda ley, agarré las botitas de carpincho. Estaba segura de que la ley era para no estar en sus zapatos. Durante varios años caminé con ellas.





El amor es robado. Tenés que estar distraído para que te roben el corazón. Mamá vivía distraída. No tenía corazón, su corazón había sido robado hacía mucho tiempo, en la cuna. O se había llenado de otras personas y no quedaba ni un rinconcito para ella en ese corazón, pero seguía siendo de ella, todo de ella. Por eso le resultaba tan importante. Para perder de verdad el corazón hay que dejar de sentir interés alguno, supongo, y eso no pasaba. Hubo mucha dedicación, hasta el último minuto, en ella.

Su cuerpo nunca fue una casa abandonada. Su casa estaba lo más perfecta que ella podía tenerla. Y su cuerpo también. Ese año, que había empezado hacía sólo cuatro meses, se había operado de la vesícula biliar. Dicen que es una maravilla. Te la sacan y podés empezar a comer torta frita como si nada. No que nosotras vayamos a comer torta frita, pero en general cualquier cosa nos cae mal y nos da migraña. Es un linaje que corre en la familia.

Creo en la energía de alguien que se mueve con un amor animal. No estalló una bomba. No hubo un incendio. Ni siquiera estalló la familia, que ya se había hecho añicos muchísimo antes. Fue casi la revelación de algo que había sido



siempre evidente. La sorpresa de algo que estaba a la vista de todos. Si volvíamos a mirar las fotos del viaje a Europa, los álbumes de casamiento, las fotos decoloradas con marquito blanco y fecha, las fotos de esquinas redondeadas con mujeres muy flacas de anteojos enormes y bikinis caídas fumando, y hombres con barba y dientes amarillos, se advierte, ahora, que todo iba a terminar antes de lo esperado.

Qué podría haber cambiado, qué habría hecho distinto. Podría haber ido más veces, más tiempo a visitarla al Hospital Alemán donde le sacaron la vesícula biliar. Una bolsita verde en los dibujos del aparato digestivo, algo que no sé bien para qué sirve salvo de metáfora para la mala sangre, otra metáfora. En mi casa había Bil 13 en el cajón de la cocina y lo tomábamos como aspirina. Un remedio que tenía un efecto supuestamente digestivo, un poco laxante. Todo sutilmente diseñado para adelgazar, perder peso, materia. Tendría que haber ido más al hospital, todas las mañanas y las tardes y dejar en evidencia la poca paciencia de su novio que hacía visitas de médico aunque era ingeniero. Tendría que haber puesto en evidencia que las personas que la queríamos de verdad nos quedábamos a cuidarla. Pero exagero, la intervención fue ambulatoria, y a las pocas horas mamá ya estaba en la casa, y a ella como a mí le gustaba quedarse sola y lamerse cuando se sentía mal.

Participio pasado condicional. Es una modalidad verbal que no voy a volver a usar. Nadie quiso usar, tampoco, su colchón ni su cama. No conozco ley judía sobre eso pero evidentemente daban más impresión. Sobre el colchón había mapas difusos, tests de Rorschach sin interpretar hechos de semen y de sangre, del paso de los días y las noches, las horas eternas y los ritos que se cumplen en ese cuadrado blando. Para dormir hacemos algo notable que es hacer la mímica del sueño primero, antes de dormirnos. Nos ponemos en posición de



dormir, simulamos que dormimos, hasta que el sueño llega y nos toma, nos lleva. Con la muerte no podemos sólo quedarnos quietos y esperar. La espera sería demasiado larga, como el insomnio a veces. Hay que hacer algo.







En el freezer quedó un poco de tarta de zapallitos. Lo que en mi familia se llama tarta es en realidad una tortilla. No sé por qué esa negación. Hay que decir que no es frita ni vuelta y vuelta, se cocina al horno. Todo lo frito, lo español, lo italiano quedaba afuera de la cocina familiar. Sobre todo el morrón. Con el morrón había un ensañamiento, nunca pronunciado, sólo era mirado de reajo cuando llegaba montado en una tirita sobre un bife de chorizo en un restorán. Era un detalle que arruinaba todo. Se lo retiraba inmediatamente.

Muchas veces entré al callejón sin salida de las relaciones. Muchísimas veces más pensé que había entrado. Durante años me dormí pensando: mañana me separo, y armando una máquina mental que levanta el tenedor, le pega a una soguita que activa el platillo, mueve una bolilla, cae por el tubo, catapulta la nuez, derriba la barrita de madera, toca la mano derecha de la muñeca que gira y pateo al patito de hule que cae en la fuente, el agua rebalsa y llena el plato para que caiga la pequeña boyita con el cartel grande que dice: Separate. El mecanismo casero de científico loco es un motor aceitado donde cada pieza encaja perfectamente con la siguiente. Esa vez que no llamó, esa vez que no respondió, esa vez que no



invitó, esa vez que dijo que mejor cortar, esa vez que dijo que su ex la chupaba genial, cuando se alió con Tamara contra vos, cuando no te dijo que se iba de viaje.

Por eso pienso que terminar una relación es una forma de liberación, terminar con un sufrimiento. Para eso no hace falta terminar con una misma. Sería como tirar la tirita de morrón con el bife. Cuando me separo me quedo con la música, me quedo con mis hijos, me quedo con la casa, con mis chistes, y me quedo con mi peli en la cama y el alfajor. Separarse es lo más feo del mundo. Es como cambiar de estación sin transición. Como morirse. Pero seguir enterada.





Tomo una taza de leche con miel como un somnífero. Un líquido espeso que llena caliente el esófago, el estómago. Denso y dulce, como una madre. Lo hago todas las noches, un ritual, una norma. Los nombres se ponen de moda por épocas y un año todas las nenas se llaman Candela y otro año todas se llaman Sofía y otro todas se llaman Juana. Nombres de varón, Diego, Sebastián, Fernando, Ezequiel. Federico, Matías, Bautista, Dylan, Brian, Santino, Simón y León. Dime cómo te llamás y te diré cuántos años tienes, Vanesa. No hay bebés que se llamen Gabriela. Las recién nacidas ahora se llaman como las bisabuelas o con nombres místicos o de la naturaleza. También pueden ser diosas griegas.

Para esos años hay una lista de nombres que se repiten en el registro civil y que todavía, aunque ya pasaron varias décadas y un cambio de siglo, no volvieron a ponerse de moda. Marta, Mirta, Graciela, Dora, Perla, Cristina, Estela, Silvia, Alicia. La lista sigue. A mi mamá le pusieron Norma. Lo único bello que puedo pensar en relación a ese nombre es la ópera de Bellini. Por lo demás, opino que suena horrible, que no hay amor en un padre y una madre que hayan elegido ese nombre. Que remite a lo reglado, a las leyes y al deber y



que por eso suena rígido. Que no puede haber un bebé con ese nombre porque no suena dulce ni amoroso. No conocí ninguna Norma después de ella, que fuera más joven, salvo a la hija de Élida, una señora paraguaya muy elegante que trabajó durante años por horas en mi casa, haciendo las tareas domésticas extra, complementarias a las cotidianas y fundamentales, como barrer, baldear y lavar la ropa o los platos. Élida planchaba lento las camisas, cocinaba algunos platos, ordenaba los placards. Me sugería que comiera menos, estaba gordita, y me enseñaba a apretarme las uñas para que se me afinaran. Ella tenía una hija, única, con un ex marino que había quedado sordo por las inclemencias del mar, que se llamaba Norma y a la que le decían Normita.

No se me ocurre el amor en la madre que pensó ese nombre para su hija, que por otra parte era —mi abuela— una especie de reina de Inglaterra, dama de hierro llena de debilidades más que de fortalezas, seguramente consumida en sus afectos por una cantidad de angustia que rebalsaba y paralizaba todo. Sólo más tarde, mucho más tarde conocí esa forma del desamor que es la estupefacción. Una apatía completa producto de una angustia feroz que paraliza los músculos y los nervios.

No era el Nora, tan tenue y fino, tan elegante y sugestivo, como si viniera con la h aspirada al final, después de la a, un beso al aire, un suspiro francés. Era la regla, el nombre de una mujer policía, nada suave. Nada que ver con su personalidad, débil como un junco, nunca segura de dónde pisaba, nada naranja ni violeta, más bien marrón o beige. Salvó sus iniciales con la letra de su apellido. La N y la K hacían una especie de figura noruega, algo que podía leerse como un epigrama, cobraba otra dimensión, la del diseño, y ahí sí podía ser alguien, algo de ella, aunque no exactamente ella.



Un ex novio me escribe desde Miami. Me manda fotos de su cuarentena sobre la playa o debería decir beach. Su balcón da al mar. «Linda, te extraño». En la mesita se ve un vaso con whisky y un cigarrito armado. Estuve todo el día repartiendo cajas con alimentos no perecederos a personas carenciadas. No quiero hacer alarde. El mundo es grande. Me gustaría estar en Miami. Pero me convertí en esta persona. Mi ex marido me dijo: Me gusta más la Marina escritora que la Marina militante. El mundo es enorme y las personas también. Albergan muchas posibilidades. La Marina militante brotó después. Drogas de recreación, una tabla de barrenar en el naufragio.

No sé qué vino primero. La sociedad de las personas rotas. Es hermoso. Nos encontramos en un local y bajamos cajas de un camión. Las cajas contienen: un paquete de arroz, uno de harina, uno de yerba, uno de azúcar, uno de polenta, uno de fideos, uno de lentejas; una bolsa de garbanzos; una lata de arvejas, una de tomate perita, una de atún; una caja de leche en polvo; una botella de aceite. Son grandes y pesadas. Las apilamos y después las volvemos a sacar a la vereda, las abrimos, retiramos el excedente de aire y papeles que pusieron para resguardar los productos y las volvemos a cerrar. La idea es que,



con la misma cantidad de productos, queden más chicas para poder cargar más cada uno de nosotros y optimizar el reparto.

Está Carola que antes era Pablo y no se esfuerza mucho más que por una pollera en actuar el cambio de género. Está Facundo que camina como un pinguino. Lore que es un diosor. Gabi que tiene hiv. Celia que estuvo presa. Male que tiene una cicatriz que le cruza el esternón. Estar entre personas dañadas, estando también dañada, por supuesto, es reconfortante. Los elefantes se revuelcan en el barro ahora que tienen la estepa tranquila para ellos.

Cargamos las cajas de nuevo, esta vez en nuestros autos, autos chicos, de más de diez años, sucios, y recorreremos las casas. Algunas son lindas por fuera, más lindas que cualquier casa, como la mía. Pero cuando abren la puerta, se corre un colchón gastado, y de atrás aparece una persona muy tímida y asustada, con miedo a que la lleven presa o la denuncien por migración ilegal o algo. Después, cuando les entregás la caja explicándoles que no tienen que dar nada a cambio, ni siquiera mostrar su documento, se deshacen en agradecimientos, y es un momento de emoción.

Pero yo no me emociono con nada. Tengo una máscara de cuero. No sé si me volví más buena como me dicen mis amigas. Me volví más sorda. O más tensa. O más cansada. O más atenta. O ni idea. Me aferré a una cadenita de cadenas sueltas, un poco rotas y desprendidas. Acá todas entienden si querés revolear algo por el techo o revolearte a vos misma, nadie pide estoicismo de ninguna manera. El mundo de los frágiles comprende cualquier debilidad, si un día no te pudiste levantar, si no dormís hace tres días, si no comés harinas o si sólo comés harinas. Nadie espera que lo puedas hacer todo ni mejor ni antes ni ya mismo. Sólo queremos que estés mejor, en lo posible bien. Y por eso, desde que entré en el mundo de los dañados, me bajé de todas las carreras, los concursos y las competencias, y me refugié entre los míos.



El varón navega el agua de las palabras con una destreza impactante, un crawl de competencia. Sabe que da una brazada y avanza, se llama confianza. Sabe que su cuerpo vence al agua, al fuego, porque lo inventó, al metal, a la piedra. Sabe que puede controlar el viento y someterlo de tal manera que le dé energía. Sabe que puede fabricar la luz. Sabe todo esto incluso antes de saberlo y, por eso, pisa firme y avanza, palabra tras palabra, en el océano blanco del espacio. Su voz es Dios. Dios existe porque él le ha dado nombre. También conoce el filo del hacha de su silencio.

Podían pasar cinco días sin que Sebastián me hablara. Mientras, continuaba con sus actividades habituales. Un café negro, una ducha y el cigarrillo de la mañana. Responder mails, combinar con la mamá para almorzar en una vereda al sol. Revisar las redes y los cactus del balcón. Descongelar el pollo para la noche. Abre el archivo del guion, la radio encendida, la ventana abierta. Toma un vaso de jugo y se toma muy en serio, lo que hace y a sí mismo, porque si duda por un momento, se derrumba. Dudar de sí mismo sería como dudar del sol.

Pero no, ninguna duda. Un llamado a un amigo, una canción antigua, de otra vida, una reunión en el bar de siempre



para hablar de las cosas importantes, un rico vino más tarde. Mientras, no me la paso tirada en la cama. Sigo, también, como si nada. Tomo café con leche y leo las noticias, lavo los platos, paso el trapo con lavandina, leo un ratito al sol. Llevo y traigo a los chicos, voy, vengo y a veces hasta converso.

Son pequeños trapiés, algo que se dice, una palabra que corta el aire. Surge con la fuerza del volcán, erupciona desde el fondo de la nuca, ahí donde estuvo alojada durante meses, o años, juntando minerales y calor, juntando furia, haciéndose caldo. Sale con la fuerza de un fuego que explota, bomba catapulta, y estalla en la cara del otro. No es más grave que una verdad anidada durante el tiempo suficiente como para que le crezcan alas y plumas y vuele en el aire como un pájaro de fuego y estalle contra el vidrio de la cara del otro. Esa verdad, seguramente adornada, emplumada, va a ser completamente inadmisibile. Va a tener que ver con la muerte. Va a tener que ver con la muerte de quien escupe fuego como un dragón chino. Con la muerte de quien recibe esa verdad, siempre mutable, mutante, como un baldazo de ácido clorhídrico, va a tener que ver con la muerte de alguien del pasado de alguno de ellos, como una carta bajo la manga de esas que nunca deben sacarse porque aniquilan más que las bombas en Hiroshima. Todo eso tiene que ver con la muerte.

Durante días mordía aire y masticaba arena. El varón consigue dividir los hemisferios, puede separar cabeza y corazón, piensa y no sufre. Está bien consigo mismo. Yo sigo con mis cosas, pero bajo la piel empieza a crecerme una capa de titanio que me aprieta las articulaciones y los músculos, el cráneo y las plantas de los pies. Eso le pasó a mi mamá. En un hotel de Colonia que pretendía el idilio tiró la daga de hierro candente. Clavó en el punto justo, en el blanco, en medio de la frente. El varón canceló el futuro y la palabra. Los silencios masculinos son atronadores. Los sostienen con una entereza



que sorprende. Mi mamá quiso celebrar Pésaj y festejó su cumpleaños. Con las emociones refrenadas bajo una capa de titanio, sin poder tender puentes entre esas emociones aplastadas, casi nonatas, y el mundo. No sentía nada. Tenía que ver con la muerte.







Parece haber un sendero de migas de pan para recorrer el camino y encontrar el lugar. Quién la hizo nacer, tomar forma humana, tener un cuerpo, un nombre, un guardapolvo, un trajecito cosido a máquina a medida para viajar en barco a Europa con el pelo cortado a la garzón. Mamá parecía varón y se sentía horrible. No se sintió Jean Seberg, Winona. Quedó un sello de agua de pato feo, extranumeraria. Una foto no es nada. Sobre la cama matrimonial, una luis XV juego completo, con mesas de luz con tapa de mármol y un boudoir de tres hojas de espejo en composición, había una foto. Un retrato grande, de las tres, blanco y negro, posando tres cuartos perfil de pollo, porque eran chiquitas. La mayor una incipiente Grace Kelly, la menor una graciosa Shirley Temple, la del medio, la de nada, la de ni fu ni de fa, ni muy esto ni muy lo otro, atormentada. Bellísima, rapada, morocha, cejas gruesas, con la cara llena de tormenta.

En cambio a mí me pasa al revés. Puedo ser mejor movida, pero quieta, en una foto, dejo todas mis imperfecciones a la vista. Tengo el cuello duro como las mujeres padaung, con sus cuellos forrados de anillos de metal, desde las clavículas hasta la quijada. Si a una de esas mujeres les quitan ese



cuello ortopédico, esa joya tradicional que también es una tortura, se mueren. Se mueren porque se desnucan, se les quiebra el cuello que pierde fuerza muscular en los años que fue reemplazada por los aros de metal. El cuello se dobla y se quiebra, se les cae la cabeza. Esa tortura es también lo que las mantiene vivas. A veces el sufrimiento puede ser un gran soporte vital.

No quiso tener más hijos para que no existiera una hija del medio como había sido ella, como si esa posición cronológica —o genealógica— determinara una específica posición subjetiva. La mal querida, la poco querida, poco valorada, la excluida, la guatemala y la guatepeor.

Hablaba con otros varones mientras mi novio me aplastaba con su silencio. En un momento de la conversación, todos decepcionan. Sos la mejor, no necesitás mis halagos. ¿Te cuento mis éxitos? Tengo una vida para nada mala. // Estoy varado en Boca Ratón (me imagino un queso gruyere gigante, personas en los agujeros, ratas enormes). Estoy en un departamento sobre la playa, no está mal, te extraño.

No me importaría pasar el resto de mi vida así, en mi casa, con el dinero mínimo necesario para la comida y pagar las cuentas, salir sólo a comprar comida, remedios, eventualmente al médico. No necesito nada. Sigo mis rutinas, leo. Hay más libros que querría leer que tiempo que me queda de vida incluso si me quedara sana en mi casa hasta morir de vieja, de muerte natural, una noche mientras duermo, sin darme ni cuenta en la cama. Pero la angustia helada del sufrimiento por el otro es insoportable.

Entiendo bien la idea de retirarse del mundo. La disfruto. La llevaría a cabo —la llevo— así, ermitaña, aislándome, en mi cuevita. Sin contacto con el mundo, sin conversar, sin todo eso que se llama diversión, como ir a un bar a tomar alcohol, o trabajar. Lo disfruto muchísimo, la soledad. No conozco el



aburrimiento. Me desespera estar a merced de otros, necesitar. Despojarme de la necesidad es una herramienta de supervivencia. Un arma contra el dolor. Una anestesia también contra las emociones. Una manera de estar un poco muerta.







Sebastián no me hablaba por días y no me decía por qué. Yo no lo sabía, pero era la manera que encontraba para esconder su fragilidad. La despertaba algo que veía o percibía —que recibiera un mensaje de condolencias de un ex novio, que su hermano me hiciera chistes, que tuviera mala cara— como amenaza para la relación. Pero no expresaba nunca ese temor. Me retiraba la palabra. Ese mutismo era la expresión de su sufrimiento. Yo me volvía loca, me despatarraba, me rompía como una mujer en un cuadro cubista.

Pero no era eso. Ni él se enojaba por cosas menores ni yo me desarmaba de dolor por él. Él quería más, un tipo de entrega que yo no le daba. Tenía el cerebro tomado por la sorpresa de lo que había pasado. Un tiempo después leí que el suicidio siempre cae como una sorpresa para los allegados del que lo comete. No creo que sea cierto. Es indigerible, insoponible. Pero muchas veces dejó atrás un caminito de migas de pan, avisos, pequeñas huellas en la arena, quizás borroneadas por el viento, seguramente vueltas a marcar con palitos allí donde estaban, como hizo Robinson Crusoe con las huellas de Viernes, las marcas de la ausencia. Perplejidad, entiendo. Sorpresa, puede ser, incluso con las pistas sembradas como en



un policial malo. Yo tenía el cerebro rebotando como el gong emperador de un templo budista en un monte de Japón. Iba a tardar años en acomodarse.

Él quería el tipo de atención que tiene un monje en un punctum y no había manera de que yo pudiera dársela. No era sólo que mi mamá se había tirado por el balcón —o la ventana, quizás un día lo averigüe— y la imagen de su cuerpo como un tomate maduro arrojado al pavimento en San Fermín me asaltaba. Tenía que reescribir la trama de mi vida; este acontecimiento, en su magnitud ominosa, no estaba en el guion original.

Me habían dado una semana de licencia en la revista en la que trabajaba —una revista internacional de rock, un clásico del periodismo gráfico en su versión latinoamericana—. Yo traducía las notas de la edición norteamericana, editaba la página de libros, la de arte, y metía mano aquí y allá. Cuando terminó la semana de licencia reglamentaria por duelo de familiar directo, mi jefe me llamó y me dijo que me tomara más tiempo, hasta fin de mes por lo menos.

Me pareció bien, amable de su parte. Yo me arrastraba como un cuerpo sin huesos entre el sillón donde me acostaba a llorar fuerte y las tareas que corresponden cuando la vida de una persona se termina y hay que clausurar todos los caminos que abrió: su casa, sus cartas, sus contactos, sus cosas, su ropa. Tenía que hablar con el herrero, contarle, pagarle lo que le debían.

Le agradecí, acepté, y le dije que de todas maneras podía hacer algunos trabajos desde mi casa, sin tener que ir hasta la oficina. Cuando pasa el mes, siguiendo el ritual que impone la shivá, se vuelve por primera vez al cementerio para colocar una placa provisoria en la tumba del muerto. Cuando pasó el mes, me comuniqué con mi jefe para volver. Le dije que estaba lista, cosa que era mentira, que necesitaba volver a



trabajar, que era verdad. Me dijo que habían decidido prescindir de mis servicios.

Fue como una cachetada a una muerta, nada, estaba anestesiada. Decidí vivir ese año con algo de efectivo que había dejado mi mamá. Despilfarraba, no me compraba nada, simplemente malgastaba. Lo de Sebastián no fue por nada de eso, o un poco sí pero no solamente. No fue porque mi mamá se suicidó y mi mente estaba tomada por el embrollo del trauma, porque me despidieron del trabajo y me quedé sin sueldo en medio de un duelo pantanoso que me tiraba de los pelos en todas las direcciones. Fue porque nunca estuve del todo enamorada de él.







Hoy es la fecha del cumpleaños de mi mamá. También es la fecha del último día que la vi y que me peleé con ella. Después se mató y no la vi más. En esta fecha se abre un arco que va hasta el cumpleaños de mi papá. Los une el mes de abril, los une el nacimiento, el día que se festeja el cumpleaños, y la muerte. Eso decidió mi mamá. Un regalo estrepitoso. Una caja enorme que estalla y de adentro sale una mujer tirándose del balcón. Marilyn Monroe, globos, papel picado, serpentinas. La Marilyn suicida, pero con más alharaca. Preparación para morir, dedicatoria, regalo. Una fecha marcada para siempre. Un festejo cancelado.

Al año siguiente del suicidio, mi papá decidió cambiar la fecha de su cumpleaños y celebrar el día de su santo. Ese día sus amigos fueron a la casa y corrió vino y carne asada. Mi hermana y yo éramos zombies, no podíamos pensar en otra cosa que en lo que reemplazaba esa fiesta. No habían pasado más que unos meses. ¿Vos qué tal, todo bien? Me preguntó el mejor amigo de mi padre. Espléndida, flotando en una nube de éxitos, feliz de estar en una reunión social con adultos poco empáticos. Mi hermana y yo éramos las estacas en las huellas de Viernes. Éramos las marcas de la ausencia.



Yo era la cara de mi madre. Era la prueba viva, una estampita flotante, de que esa fiesta existía sólo porque mi mamá se había suicidado y porque había elegido hacerlo el día del cumpleaños de mi papá.

Eso, al revés de lo que seguramente debe haber querido, la dejó a ella como a una loca maligna y a él como a un pobre tipo al que le arruinaron la vida. ¿Qué te pasa? Preguntó mi media hermana, completamente ajena al drama del derrumbe. No se enteraba de nada. Me criticó la ropa. Los años siguientes papá volvió a festejar su cumpleaños el día verdadero, en el que había nacido, el día que se mató mi mamá. Lo volvió a hacer de una forma discreta, diciendo que no festejaba, que a lo sumo iban a pedir unas empanadas o algo así. Lo cierto es que al final terminaba comiendo con los suyos, su familia, sus amigos, pocos, los íntimos. Sin nosotras.

No me quejaba. No prefería estar ahí. Me parecía un buen trato. Hubo un año que mi papá se olvidó de la tragedia. Se acordó, sí, de su cumpleaños. Todas lo felicitamos. Cuando lo saludé, a la mañana, me contó que lo habían felicitado antes, temprano, con el desayuno, sus hijas —las dos más chicas, las que vivían con él, de su segundo matrimonio—. Y se olvidó de la muerte de mi madre. Un tiempo después me lo confesó. Me alegré por él.

Hay un diálogo labrado en piedra desde el principio de los tiempos, antes incluso de que se escribieran las tablas de la ley que leyó Moisés. Esas palabras ancestrales son de varón y dicen: esto es lo que puedo. A veces viene con adornos, entiendo, me duele, me encantaría, pero esto es lo que puedo. Lo que deseás, lo que pedís, lo que te gustaría es absolutamente legítimo, pero esto es lo que yo puedo. Y se retiran de la escena. Se llaman a silencio. Se van a hacer sus cosas, porque están ocupadísimos, siempre. Nos dejan entre la espada y la pared. Salimos corriendo. Hacia ellos, a conformarnos con



lo que pueden, que al final de cuentas no es tan poco. A la cama, a llorar como cañerías rotas hasta que se corta el agua y quedamos secas, y nos dormimos, nos quedamos quietas, como los gatos, lamiéndonos las heridas hasta poder levantarnos. A la ventana, a tirarnos.







Al final le aceptaron el candidato. Había traído a uno brillante, estudiante de física, militante chino, como ella, que a sus padres no les gustó porque usaba anteojos muy gruesos. Había salido con un contador, muy petiso, y encima polaco. Para ellos, rusos, era una afrenta. Había tenido un romance furtivo con un director de cine político, morocho, de labios gruesos y pelo alazán, que ni osó presentar, por goy, porque no se animó a verles las caras ni a escuchar los comentarios. Su acto de rebeldía fue llegar una noche a las 6 de la mañana después de haberse quedado dormida en un telo. Su mamá la esperaba sentada en uno de los sofás verdes de pana. Se ligó una bofetada.

Su máximo arrojó fue enamorarse de un compañero de facultad, dos años mayor que ella, judío de las colonias, como su familia, familia más pobre, sí, pero de buen porte, altos, de ojos azules. El candidato era canchero, moderno, talentoso, y ella estaba genuinamente enamorada. No querían casarse por templo, pero fue la condición para que mis abuelos —los padres de ella— les compraran como regalo de bodas un departamento cómodo y coqueto, en la zona más elegante y a la vez más de moda de la ciudad. Entonces



hubo jupá, kipás, y después de las bendiciones del rabino, mi papá pisó las copas de cristal envueltas en un pañuelo, anticipando todo lo roto que hubo y todo lo que iba a haber.

Los padres de él, más humildes, aportaron los muebles, que fueron diseñados por ellos en madera noruega, o de pino misionero, pero con un diseño súper funcional y neto. Caminaban a las galerías de arte y a la Galería del Este, que estaban a metros de su casa, y tenían tanta vanidad como culpa de clase y contradicciones. Viajaron seis meses a Europa, sacaron fotos a la Man Ray, usaron blusas de bambula, fumaron hashish en Marruecos, durmieron en una bañera en Londres, pasearon en tetas en Noruega, besaron la plaza Roja en la URSS, y volvieron a sus escalímetros y sus lápices de mina 0.5, al papel de calco y a la mano alzada. Mientras bajaban a pasear a su salchicha, Pete, por la plaza San Martín.

Mi nombre de estrella porno sería Esmeralda Pete. Primera calle y primera mascota. El jardín al que me mandaron al año y medio tenía nombre de mujer francesa, Madame Renard. Señora zorro. El jardín era una casa antigua que unos años después fue demolida con la ampliación de la Nueve de Julio. En esa época quedaron expuestos los interiores de algunas casas. Los azulejos celestes donde habían bañado al bebé y donde se resbaló la abuela. La pared manchada de la cocina. Era la ruina de una guerra, los restos de unas vidas. Mi maestra del jardín era una joven de la oligarquía patricia argentina, esa con apellidos vascos y campos, linaje de alcurnia, sobrina de Victoria Ocampo.

Mi mamá tenía algo de ella, una estampa de princesa judía, tradición de cultura, rabinos y pianos, un metrónomo del bisabuelo. Se hicieron amigas. Ese año, también, una banda de música chilena se refugió en casa después del golpe a Allende y se quedaron dos meses. Yo compartía las galletitas de agua con el salchicha y los piojos con los Jaivas. Mi papá



pintó la puerta de mi habitación con principitos con jean de pata de elefante, y unos individuales de acrílico con una mujer que fumaba estilo de la Vega. Unos meses después se separaron. De esa época me acuerdo de un colchón tamaño cuna con estampa de angelitos que tenía en la casa nueva de mi papá. Me acuerdo que tuvo una casa en la calle Larrea que me sonaba muy fea, como a diarrea, y una en Soldado de la Independencia, que me sonaba mucho mejor, como un soldadito simpático de juguete. Un juego de bolitas de metal en línea que se movían por la inercia del golpe con la anterior. Un velador de acrílico naranja con una lámpara que era una bola blanca enorme, una luna atrapada. La tapa de Almendra, con la muchacha ojos de papel y su lágrima, la mujer más triste del mundo.







Un año y medio después volvieron a estar juntos. Nueve meses después nació mi hermana. Nos habíamos mudado a la casa inglesa de Belgrano, una casa grande pero no tanto, con patio y terraza pero sin jardín, y los espacios al aire libre fueron con el tiempo abandonados. Como tantas otras cosas. El color mostaza del comedor y lo que siempre se llamó el garage y que nunca dejó de serlo del todo ni llegó a ser un estudio como querían. El patio, chico, lleno de hojas, se llenó también de gatos. La terraza perdió plantas y accesibilidad, era un terreno baldío, tomado por caca de palomas. Cuando llegamos pusieron rejas amarillas, un gomero, pelopincho y le sacaron fotos a la musculosa expandida de mi mamá con la panza.

Tenía las tetas enormes, más grandes que siempre. Hay algo agrio en excitarse con las fotos de una muerta. Mi hermana nació en septiembre. Se iba a llamar Martín. Pero salió Paula. No entendí el nombre cuando me dijo mi papá esa mañana. Estaba nublado y todavía hacía frío. Paula era un nombre que no entendía, me hacía pensar en una papa. La persona que vino a vivir con nosotros tres, que ya llevábamos una vida de vacaciones, separaciones, mudanzas y mascotas,



que ya habíamos cambiado de colegio, habíamos ido al zoológico, al Tigre y al mar, esa persona llegó a casa con un enterito amarillo y se metió en la habitación más chica. Eso no me molestaba.

Paula tenía el pelo rubio y fino. Se reía bastante aunque no tuviera dientes y dormía bien. En un tiempo se convirtió en una bola de billar con dos ojitos brillantes y el pelo amarillo como el nylon de las muñecas. Yo les cortaba el pelo a sus muñecas y ella me dejaba. Me dejaba engañarla con mi poder superior de hermana mayor fascinada como con gurú de secta. La obligaba a hacerme favores, donarme chocolates, prestarme muñecas nuevas, traerme cosas de la planta de abajo. Ella agarraba ranitas con la mano, encontraba relojes en la orilla del mar, billetes grandes en los baños. Era una niña criada con lobos, algo salvaje, picarona, curiosa. Tenía la piel dorada y el pelo como los pollitos recién nacidos, como las nenas que se ven en las pistas de esquí, esas a las que en verano el pelo se les tiñe de verde entre el cloro y el mar.

Era buena en las artes, o eso es lo que declaró la distribución de talentos familiar. Para mí la sensibilidad intelectual, para ella la artística. Hizo un sol de arcilla del tamaño de un plato con las cejas gruesas como Groucho Marx. Ese sol estuvo dispuesto encima de la estufa formando un altar. Arriba de la estufa había un frontispicio, una construcción de ladrillos que amenazaba resguardar una chimenea. Pero no, abajo había una Eskabe gris, que era el signo vivo de lo que no éramos ni nunca íbamos a ser: una familia con hogar. Ese sol apuntaló la decoración de cacharros indígenas y ceniceros de acrílico marcando los límites de las tareas: eso era algo que estaba para mí fuera de campo. Chiquita, rubia y graciosa, hacía una obra rotunda y potente. Las artes visuales eran de mi hermana.



A mi hermana el golpe la lastimó. No sé cuándo fue, si hubo uno primero. Si fue cuando yo gané el concurso de manchas del Museo Larreta, donde ella hacía taller los sábados, y Alicia Moreau de Justo me dio el premio a mí, una caja de lata con cincuenta marcadores, y mi cuadro, una pintura con témpera de uno de los frentes del museo que daba al jardín, viajó a Japón. No sé si habrá sido esa obscena usurpación, lo cierto es que me había ayudado mi padre, arquitecto y pintor, con algunas pinceladas, pocas pero definitivas. Si fue cuando se separaron definitivamente y ella, todavía chica, quedó casi en la mitad de la educación que había recibido yo, sin clases de inglés particular, sin viaje de intercambio a los Estados Unidos, y con un deseo infinito, todavía vigente, del amor de mi papá. Si fue cuando su perro desapareció sin aviso previo porque el puzzle de las nuevas relaciones así lo decidía. Si fue cuando a lo que no se pide ni pregunta le dijeron que no.

Yo no estaba exenta de eso, ninguna hija puede estarlo y menos en la adolescencia, pero ella quería mucho ese amor y sostenía el vínculo por encima del enojo y la tristeza y se aguantaba que le regalaran un perro y un año después, sin explicación ni excusas, se lo llevaran, y que mi mamá llorara



y pagara todo. Quizás no fue un golpe. Quizás fue una fisura pequeña que se fue agrandando con el ritmo lento del movimiento de las placas tectónicas, abriendo un océano entre ellas, un mar del sur desde el que no se veía el continente.

Cuando mamá se mató, mi hermana había cortado con el novio un mes antes. Se habían separado después de cuatro años de relación y convivencia. Él era el único varón, el mayor de siete hermanas, una neurosis muy controlada, una cabrita en el corral de una granja. Mi hermana, la cabra loca, la desquiciada. No fue tan terrible como iba a ser después. Él navegaba un optimista —así se llaman esos barquitos— los sábados que el clima permitía, y ella ataba esos cabos sueltos que dejaba él en cafés con libros y en galerías.

Ese día Fede vino, la acompañó y antes de irse le avisó a mi papá que hasta ahí había llegado su amor. Y ahí empezó el duelo. Me chupa un huevo lo de mami, me quiero matar por Fede, me decía Pau por teléfono. Nuestras llamadas siempre fueron eternas, nos acompañamos, nos entendemos cada modulación del tono y no nos ofendemos por los cortes abruptos. Pau empezó a sufrir cada vez más. Había conocido el sufrimiento incluso antes de nacer, como todo ser humano o animal. Existe algo llamado sufrimiento fetal. Pero ahora se arrepentía de todo. Y por sobre todas las cosas había instalado una palabra bisagra en su vida. Una conjunción adversativa, pero.

Desfavorable, contrario, opuesto, hostil, aciago, malhadado, fatal, desgraciado, funesto, nefasto. Todo lo adverso que puede venir después de un pero. Ese año Pau sufrió por Fede como si le hubieran arrancado la frente. El mismo Fede al que había criticado mil veces porque no conocía a Andy Warhol, el mismo Fede al que había engañado con otros más pillos. Tenía, por supuesto, derecho a estar triste por haberse separado. Como a mi mamá, no se le pasó. No fue él, no fue



el anzuelo que la dejó atada a una idea de amor. Aunque hubo algo de eso. Algo se terminó. En el tiempo se fue enredando con fotógrafos, ingenieros, padres de hijas únicas, jugó a estar embarazada, a querer estarlo, a querer que alguien quisiera tener un hijo de ella, a ser la hija de alguien. No pudo, no quiso. Y se fue agrisando, los ojos cada vez más chinos adentro de esas montañitas de horas y años de tanto llorar. Mi hermanita pelito de pollo.







Estábamos comiendo fideos de arroz. Era martes y se había hecho de noche temprano, el frío del otoño estaba avanzando. Después de clase, cuando todos se fueron, dos amigas se quedaron. Casi siempre me parece que los textos deberían terminar dos líneas antes y quiero cortar esos finales que hacen de moñito. Salteé unas verduras en el wok y agregué los fideos chinos apenas hervidos. En el verano había salido con un tipo que no me gustaba demasiado. Una tarde lo cité en la esquina de un café armenio, quería ser clara y prolija, decirle que no iba a salir más con él. Era un hombre bajo, más petiso que yo, que se montaba en los zancos de su propio engreimiento. Tenía algo de plata y un negocio, un teatro donde solían tocar músicos famosos. Me había llevado una noche a ver una banda inglesa con baterista mujer. La vimos desde el vip que balconea sobre la platea, con tragos en la mano que nos traían a los sillones de cuerina negra, porque él era el dueño de eso. Tenía cinco hijos de madres diversas con las que se llevaba mal y bien y una casa con demasiado olor a él y a sus cosas y un nombre horrible. Parecía conocer a medio Buenos Aires, haber luchado todas las guerras, haber estado siempre en el corazón de la historia. No le creía nada.



Cuando le dije que no quería verlo más no lo aceptó. Siguió llamándome y escribiendo mensajes con ofertas. Copas de vino en la bañadera, viajes relámpago, cenas en la punta de una torre.

A Eugenia el tipo no le parecía tan mal. Picoteó algo y se fue antes de terminar el plato. Seguramente yo había exagerado hablando mal de él, tampoco importaba tanto, todavía era impetuosa. Clara y yo revolvimos los fideos en la fuente y enroscamos un par de bocados más en el tenedor. Sonó el teléfono, el fijo que todavía ocupaba la mesita del living, contra la pared. Ya no hay nada fijo. Atendí, era tarde, como las once, y mis hijos se habían ido a comer con mi papá y el resto de la familia para festejar su cumpleaños.

¿Cuántos cumplía? No me acuerdo, soy mala para las fechas y no puedo hacer la cuenta, de los cálculos me separa un magma espeso, nebuloso. Por eso aunque trate con toda voluntad de contar las cosas tal cual fueron sé que el tiempo para mí es un chicle pegado en el pelo, en el corazón. De todo hay versiones. Por ejemplo, mi hermana está segura de que el teléfono sonó en su casa, que la llamaron a ella.

La versión de mi hermana:

«Fuimos a cenar a un peruano del Abasto con papá, Andrea, Juana, Zoe, los poyis y el negro Sábado. Justo estaban amigos con papá en esa época. Me acuerdo especialmente porque después de lo de mamá yo trabajé en el mismo espacio físico que él y hacían laburos juntos. Tiempo después se pelearon. Pidieron pollo frito con papas fritas. No era lo que yo esperaba de un peruano, más acostumbrada a los pescados y mariscos que a la fritanga. Era martes. El día anterior yo había vuelto después de pasar unos días en Paysandú, Uruguay, con los de la facultad (recién empezaba a enseñar en una cátedra nueva, con



Pablo Ferreiro). Había hablado con mamá tal vez ese lunes para decirle que había llegado bien (a la vuelta habíamos tenido que pasar una noche en Gualeduaychú porque estaban cortadas las rutas por el problema del campo en ese año, 2008) y ella me pidió que recupere unas llaves que tenía el mismo pintor que yo iba a ver esa mañana en mi obra. Vos no viniste a cenar porque dabas taller en tu casa. Creo que saliste a saludar cuando pasamos a buscar o a dejar a los poyis —íbamos todos en el auto de papá—. Volvimos de cenar antes de las doce. Yo me estaba mandando mails con uno que había estado en Paysandú que me gustaba, nada, y me llamaron al celu, un señor:

—¿Usted es la hija de Norma Killner?

—¿Quién habla?

—Mire, la llamamos de la comisaría 38°, si se puede acercar acá.

—¿Quién habla, pasó algo, me puede adelantar algo?

—Lamentablemente no. Venga para acá por favor.

Y me dio la dirección, era sobre la Avenida San Juan, en San Cristóbal.

Yo te llamé y lo llamé a papá pero ninguno atendía el teléfono, celulares y fijos, así que lo llamé a Fede (nos habíamos separado en febrero pero seguíamos hablando a veces). Le conté lo que me habían dicho y salió enseguida para mi casa. Yo llamé a mamá al celu y a la casa pero no atendían. Desde el auto llamé a Alicia, que googleó la comisaría y me dijo que efectivamente existía. Le pregunté si sabía algo de mamá y me dijo que no.

Cuando llegamos ya estaban vos y papá, los vi de lejos a través del patio de acceso. Vos me dijiste se mató.

Después fue todo confusión. Yo estaba al tel con Alicia y se lo dije yo. A los dos minutos estaban Alicia, Diego, Silvia, Jorge, Santi, además de Fede, Clara, papá y en un



momento cayó Virginia. Una psicóloga de la policía nos decía cosas a mí y a Silvia pero no la escuchamos, aunque Silvia le llegó a responder un par de preguntas tipo ¿ustedes son familiares?

Después, todos en ronda en el patio de la comisaría. Silvia dijo que había que contratar el servicio y yo pensé en béigales. Ahí dijeron que ellas irían a la AMIA y nosotros nos fuimos, papá, vos, Nico y yo, a Zucotti Hnos. de Córdoba y Thames.

Nos pidieron muchos datos y preguntaron qué sala queríamos. La diferencia de precio era de casi el doble. Pedí el teléfono prestado y la llamé a Alicia. Me dijo la que quieras, y contratamos la de planta baja. También nos hicieron elegir el cajón. Yo no pasé a mirar ni elegir, me daba igual y me daba miedo e impresión.

Después nos fuimos cada uno a su casa. Papá te debe haber llevado a vos, no sé. Nico estaba con auto. Ni bien me metí en la cama llamaste vos. Eran las 5am. Al otro día tempranísimo creo que nos encontramos de nuevo en la comisaría. Yo tenía que llevar mi partida de nacimiento y DNI. De ahí papá se fue a la morgue y a nosotras nos mandó en taxi a tu casa. Yo avisé a gente desde tu casa y esa tarde a las 18 fue el velorio.»

Papá:

«El 29 de abril por la tarde estaba en mi estudio de la calle Huidobro. Había tres personas más, mi socio Ricardo y dos dibujantes, con los que preparábamos la entrega de un proyecto. A las cuatro y media me llamó tu mamá, como todos los años para saludarme por mi cumpleaños. Me preguntó que tenía pensado hacer ese día. Habíamos programado una comida peruana en un boliche cerca de



Humahuaca con Pau, Benita y León. Vos dabas taller y era improbable que vinieras. El negro Sábado, que hacía poco había regresado de España, se había sumado, y así se lo conté. Ahh, qué bueno me dijo.

La comida fue temprano, era un martes, día de semana. Volví con Andrea y tus hermanas, dejando primero a tus hijos y a Pau. Sin mucho trámite recuerdo estar durmiendo cuando sonó el teléfono. En esa época era normal que Paula llamara con alguno de sus temas personales, por lo cual yo dormía siempre atento a la irrupción de la campanilla. Levanté el tubo (no usábamos celulares aún) y Paula me dijo que la habían llamado de la policía para decirle que su mamá había sufrido un accidente y que se presentara en la comisaría de la Avenida Belgrano. La escuché muy angustiada, y sólo le dije que debía haber tenido un accidente con el auto. Eran así como las dos de la madrugada. Me vestí y salí para buscarla por su casa en Pacífico. Ya me esperaba en la puerta. Vi su cara desesperada y debo haber tenido la misma aunque procuré no demostrarlo. Creo recordar que me dijo que vos ya estabas en la comisaría. Me sorprendió, pues ella se preguntó por qué la policía la habría llamado a ella. Esto lo recuerdo con una ambigua imprecisión, y no sé si también vos habías recibido ese llamado policial o ella misma lo había hecho.

Las calles estaban húmedas y vacías y las especulaciones trataban de amortiguar lo ocurrido. El tiempo hasta llegar a la comisaría se hizo eterno a pesar de la velocidad. Detuve el auto en la puerta del zaguán ancho para vehículos y vi tu figura, que, tomada del brazo de una amiga muy próxima a vos en esos días, me marcó, muy claramente y pidiéndonos a Paula y a mí apurarnos, con un gesto de la mano que permanece en mi memoria, anticipándome



el drama nunca imaginado de lo que terminaría enterándome al acercarme a vos, casi corriendo. Entonces me lo dijiste repetidamente: se mató, papá, se mató, se mató.

A partir de ahí las vi congeladas como si la inacción pudiera borrar lo sucedido y me llevaron frente al comisario que me hizo algunas preguntas de rigor, y recuerdo que fueron comprensivos y amables frente a esa circunstancia trágica.

Me impresiona recordar tan claramente tu cara, la de Paula, tus gestos y el dolor aún no comprendido que, como un aluvión, inundó nuestras vidas. La de cada unx de particular manera, como suele ser.

Tomamos lo que quedó de ella: una carta y un bolso con algunas de sus pertenencias prolijamente ordenadas, según pudimos constatar dentro de un bolso negro. Constatar luego dentro... Recuerdo que me dijiste luego, "qué lindo regalo te hizo". Yo nunca lo sentí así.

Andrea, si vos querés, te graba su recuerdo de esa noche. Es loco como cada uno tiene sutiles diferencias en la percepción de los hechos.»

Si algo me acuerdo bien es el llamado. Atendí y un hombre me preguntó mi nombre. Me preguntó si era hija de mi mamá y me contó que llamaba desde una comisaría en Barracas. Como detesto los trámites tanto como los calendarios y todo lo que tenga casillas para llenar, resoplé y pensé que era tarde para esa clase de llamados. Que si mi mamá había perdido la billetera o la agenda, incluso la cartera, quizás en una de las obras que tenía cerca, podía resolverse al día siguiente.

El sargento primero Jorge García, como el compañero de El Zorro, me dijo que no me podía adelantar nada por teléfono. Tenía que presentarme en la comisaría y con algo de molestia anoté la dirección. Clara me puso una mantita de



lana tejida al crochet con flores verdes y me dijo no manejes, tomemos un taxi. En la mitad del camino hacia la comisaría me di cuenta de que quizás había pasado algo malo y empecé a temblar. Clara se había dado cuenta antes.

Una tarde de otoño de un día feriado cuando el sol entraba oblicuo a la hora de la siesta, le pregunté a mi mamá cuál era su color preferido. Estábamos tiradas sobre el acolchado estampado con figuras geométricas en marrones. Beige, me dijo y me indigné. Ese no es un color, ni siquiera tiene nombre. Había que decirlo en francés para que existiera. No es un color, es baba, la piel, nada. Me tiraba sobre la cama y hacía preguntas. Prefería el cubrecama de verano, blanco con racimos de tulipanes, algo normal. Tardé mucho tiempo en entender el beige y la elegancia. Me parecía débil y desordenada.

Entré a la comisaría medio torcida, como un sol pálido, torpe por la confusión. Lo siguiente fue esperar, sentadas en las sillas de plástico negro que hacen fila contra la pared. El comisario nos hizo pasar a una pecera con ventanas de acrílico sucio. Entonces empezó la película. Empecé a ver mi vida desde afuera. El sargento García indicó tomar asiento. En la oficina las sillas estaban despellejadas y exhibiendo impúdicas parte de la carne, parte del relleno, una goma espuma mostaza y mugrienta. Usted es la hija, me preguntó. Su madre ha tomado una drástica decisión, así lo dijo, anteponiendo el adjetivo al sustantivo. Salí del cubículo caminando en círculos, diciendo no puede ser, se equivocó de persona.

La que se quedó en la pecera con el comisario, recibiendo la información con los ojos bien abiertos y la boca cerrada fue Clara. Ella se ocupó de todo mientras yo perdía el sentido del tiempo y el espacio y, con su mantita de flores verdes sobre fondo negro tejida al crochet todavía sobre los hombros, giraba en círculos en la sala de espera de la comisaría. Tenía ese aire de cachivache que tienen los muertos.



En la pared de la cama matrimonial de mis padres estaba colgado *El beso* de Klimt. Un lugar común del amor en los 70, lluvia de flores y oro. Se equivocó de persona cuando eligió casarse con mi papá. Una vez, entre las fotos donde estábamos trepadas al lobo marino de piedra y la otra en la que ella aparecía casual, como al pasar, con los ojos negros, le pregunté cómo había podido equivocarse tanto.

Un cuerpo en movimiento de caída posee energía cinética en potencia. Una granada madura que cae y se desparrama. Morir en el pavimento. Pensé en sus dientes. Enormes, perfectos, más blancos que el marfil, boca de mono. Pensé que había perdido la billetera y que como era tarde ya no atendía el teléfono. Estaría durmiendo.

Después, como en un cumpleaños, empezó a llegar la gente. No estoy segura pero creo que yo les avisé. La comisaría tenía un patio central. Como en una fiesta, los invitados empezaron a llegar. Mi ex marido me abrazó y mis tías hablaban de lo inoportuno del feriado puente por el primero de mayo. En realidad era un cumpleaños, el cumpleaños de mi padre.



Antes nadie quería llegar a la orilla. Las orillas eran zona topográfica más por despectiva que por geográfica. Qué tenía el mar de tan terrible, con sus secretos y sus tesoros que él sólo conoce. Al fin y al cabo las familias, las parejas, los grupos de amigos y amigas, las personas, ni bien asomaba el sol de enero, salían corriendo de sus casas con equipaje cargado en el techo del auto para llegar a él y sumergirse en él. Un lavado de sal. Purificación y tiempo nuevo. Es cierto que siempre se trata de un mar de orilla, ahí donde se puede volver a pisar arena, movediza pero que no dista tanto de la superficie que sostiene los días de la vida. Una olita acá, una ola como un cordero, espumita blanca, baba sobre la panza de la tierra, un baldazo de agua y berberechos en el espacio seguro de los bañeros.

Mamá no salió despedida del portaequipajes como una valija mal atada por el pulpo. No, no. Se mantuvo siempre en sus cabales, que incluían algunos gritos pelados de vez en cuando, como toda madre sacada de las casillas. Las casillas éramos nosotras, dos casillas perfectas, para ser llenadas, que no funcionaban, clusters con problemas. El aire se ponía tenso y un volcán estallaba.



Mamá manejaba un fiat rojo, un 125 que parecía de juguete. Se lo habían regalado sus padres para el casamiento. En esa época las familias de Belgrano tenían dos autos, y las de mis amigos tenían Hondas o BMs y los varones tenían su debut sexual con la empleada doméstica. Una tarde pasamos por lo de Lucho Janín y nos quedamos en la puerta tomando Coca. Mi mamá pasó con el autito rojo y tocó bocina dos veces. Pensé en morirme. Todos pensamos en morir. En algunos remedios viene en el prospecto como un posible efecto secundario: Puede producir ideas de muerte. Anhedonia es el nombre de una flor que no tiene perfume.

Se hizo seis abortos, me lo contó temprano, cuando era chica, por la misma época en que me explicó que si iba a cojer tenía que usar forro, tomar pastillas. Me lo dijo antes de que eso pasara pero como una premonición, o como una madre que lee los signos de sensualidad en el cuerpo de la hija; a la semana lo estaba haciendo. Siempre pensé sus abortos como una decisión. Pero ahora los pienso también como un rechazo. La negativa de un hombre a tener un hijo con ella. No ahora, no con vos.

Mil veces estuve ahí donde latió la ilusión y un hombre me dijo que no. Seis veces aborté también, como un homenaje, por mi decisión, porque me dijeron que no. Cada vez que me está por venir pienso si esta vez quedo me lo quedo, si esta vez quedo me lo saco. Es un filo, un coqueteo con la vida, con la muerte. El no lo pusieron ellos. Finalmente, la decisión fue mía. No quise seguir adelante con un embarazo no consentido por el varón inseminante. Podría haberlo hecho, pero es una tarea muy laboriosa. Y claudiqué a tiempo en el abandono, recostándome en el rechazo del otro. No me enamoré de eso que nunca existió. ¿Cuándo se habrá abierto la flor de la anhedonia para que mi mamá cayera en el encanto de sus influjos? Parecía haber perdido el sentido del gusto y



quizás el del olfato, pero no la energía. Hay que tener energía para bañarse, vestirse, maquillarse, dar indicaciones sobre la comida, preparar un bolso, hacer una reserva en un hotel, tomarse un taxi al centro, pedir una habitación, escribir cartas, hablar por teléfono, tirarse por la ventana.







A veces deseaba fuerte y en secreto romperme un hueso, absorber una bacteria difícil, para tener que pasar una larga temporada en la cama, de ser posible en el hospital. No tener que hacer nada, ni siquiera atender el timbre, que me trajeran la bandeja de comida a la cama y me cambiaran las sábanas. Es un pensamiento horrible, lo sé. Irrespetuoso hacia las personas que sufren enfermedades y verdaderos trastornos de salud, y hacia las que tienen otras carencias. A veces estoy tan cansada que quiero que se pare el mundo. El año en el que se mató mi mamá fue un permiso para no hacer nada, una carta blanca. En lo más íntimo, esta pandemia que nos obliga a quedarnos en casa ahora es también una especie de deseo cumplido. Estoy en un cierto romance con el apocalipsis, mirando una luna que se acerca enorme a chocar contra la tierra, sin melancolía.

No es anhedonia, esa flor que envuelve con su perfume sedante. Al contrario, practico una rutina de monje budista, sin horarios estrictos pero con actividades fijas y dieta moderada. Leo y escribo. Cuido las plantas, algo que no hice jamás porque no soy afecta a la tierra ni a nada de la naturaleza. Hago yoga, calistenias, y si estoy ansiosa como frutos secos o galletas de arroz. Odiosa. Por otra parte, la mandíbula me crece como un tiburón,



a lo ancho. Muerdo incertidumbre, bronca, de día y de noche. Los ojos van quedando chicos y juntitos arriba en la cabeza.

Hablo con mi amiga Ale todos los días. Hoy dice que escucha un zumbido en \*el afuera\*. Me pregunta si yo también lo escucho o se está volviendo loca. Hace días que escuchamos las voces de nosotras mismas, las que maquinan agudas y graves entre los conductos mecánicos de la mente, amplificadas. Todo retumba. Si nos responde el mensajito y cuánto tarda. Si el ritmo que marca el paso con el otrx lo marca él, lo marcamos juntos, nos gusta o lo detestamos.

Le digo que yo escucho un arrullo de palomas. Nada romántico, las palomas me dan asco. Exacto, dice Ale, así suena el zumbido de \*el afuera\*: se llama cielomoto. No lo sé, pero le creo, todo lo que dice es hermoso. Alrededor de mi casa creció una ciudad en ruinas, un conjunto de obras en construcción abandonadas por la pandemia que funcionan como refugio perfecto para palomos.

En esta cuarentena afloró el talento literario de mi hija, aguda, perfecta, mientras yo me niego a que crezca tanto y le canto canciones infantiles. Creo que ella me ama y me detesta en partes iguales, como corresponde. Leo un libro que me prestó mi ex marido. Nos leemos, tenemos hijos y compartimos retazos de vida por whatsapp. Cuando nos vemos, todo eso que se teje con hilos de araña se transforma en calabaza. Hoy me desperté con una foto que me mandó de nuestros hijos durmiendo juntos en el living de su casa. Leo el libro que me prestó y me quedo un rato mirando sus anotaciones cuando no entiendo la letra, tardo más en leer su letra infantil en lápiz negro que la novela. Pienso también que las frases de amor que subraya las marcó pensando en su última novia. No me da celos, se abre una distancia, un zumbido suave, un arrullo lento. Él una vez me dijo que sí, el único, y tuvimos dos hijos que ahora duermen en colchones en el piso.



Un psicoanalista, o debería decir psicólogo, divulga por la radio una idea sobre el suicidio. Se trata, dice, en última instancia, de un desarreglo químico. Hubo una calma asiática en los últimos días. En la planificación y el orden, en la disposición de cada cosa como una nena en el jardín de infantes cuando la maestra canta a guardar, a guardar, cada cosa en su lugar, en el tono de las conversaciones. La mala fama del suicidio y su condena histórica al tabú y la patada fuera de los límites de la frontera tiene un hermano gemelo malévolo y sensual, el prestigio del suicidio.

Tuve un impulso de llamar a mami, me dijo Pau el otro día. ¿Y qué te dijo?, le pregunté. Nos reímos. Siempre decimos que antes de matarnos nos patinaríamos toda la guita en viajes, en comprarnos ropa, en ir a comer a lugares caros y excéntricos, ostras con confites de mermelada encapsulada, conejos de chocolate con ojos de oro en polvo, flores azucaradas. En hacernos masajes tibetanos, un trasplante de piel. Pero si te estás por matar quizás no te queden ganas, salvo las necesarias para cumplir el plan detallado que trazaste para conseguir tu muerte. El escritor que fue dueño de mi casa anota: En uno de sus cuadernos de notas Chejov registra esta



anécdota: «Un hombre, en Montecarlo, va al Casino, gana un millón, vuelve a su casa, se suicida». Barthes dice: ¿cómo sabría que ya no sufro si estoy muerto?

Un domingo de sol fuimos a almorzar las tres al bar del museo. El triángulo de las bermudas, el campo magnético de una casita, unas feminidades, tres locuras, la estrella diabólica que éramos, un arma china letal y perfecta. El bar era blanco, cuero blanco, sillas blancas, mesas blancas, piso y paredes blancos o de vidrio y mozos y mozas por supuesto negros. Eso era lo elegante. Trabajábamos duro para disfrutar de la vida. Nos reíamos con boca amplia y a continuación poníamos cara de disgusto que es lo que hacen las personas elegantes. Nos hacíamos ver y mirábamos, pero disimulando como si no nos importara nada. El show de la sociabilidad nos salía bien. Una foto, una vidriera. Que nadie se acercara demasiado.

Miramos los platos en el menú, cada una en el suyo, diminuto y también blanco, de cuerina con pocas opciones, como corresponde a los lugares caros. Miramos los precios. Comíamos distinto, Pau siempre fue carne con papas, mamá algo chiquito, para picotear, yo una buena ensalada, liviana pero potente, con proteína. Era imposible. No iba a pasar. No íbamos a comer y menos que menos a pasarla bien. Había un muro, no muy alto tal vez, pero lo suficientemente alto como para impedir avanzar en el camino y llegar al disfrute. Mami no quería, no quería o no podía, ya daba igual, estaba enamorada de esa frustración y se sostenía en ella como un equilibrista en sus zancos. No podía sin ella, no existía sin ella.

Tenía ideas. La idea de un almuerzo de chicas, charlando de cosas nuestras, algo que merece ser dicho con esa vaguedad porque no tiene forma concreta. No se convirtió nunca en cómo estás con el trabajo, estás contenta, qué tal le fue a Daniela con la cocina nueva. La idea era algo inalcanzable que se desintegraba con los precios del menú.



Mamá tenía la idea, lejana como la isla de un paraíso fiscal, de salir de compras con nosotras. En su mente nos pasaba a buscar y nos llevaba al shopping, nos compraba de todo para equipar la casa nueva a la que nos habíamos mudado, después tomábamos un café con un scon o una traviata, un canapé de pavita, y después ya yéndonos, pasábamos por una vidriera divina y entrábamos para que nos comprara ese conjunto en azul que nos quedaba pintado. Imposible. Ideas.

Pedimos la promo de tres sandwichitos mini de salmón y queso blanco y una coca para compartir. Mejor no, un agua porque mamá y yo tomábamos light y Pau coca común. No pasa nada, lo importante es el programa, dijo mamá, pero no le creímos porque estaba angustiada. Cuando lo dijo y antes, cuando vio los precios en el menú. Era como escribir, trabajar, hacer gimnasia. Todas esas cosas que es mejor haber hecho que hacer. Se quería ir. Se quería ir todo el tiempo. Quería estar en otra parte, pero esa parte siempre parecía correrse de lugar. Hasta que se corrió ella. Se corrió del mundo.





No usó la amenaza de suicidio como estrategia en el amor. No le dijo a su novio que si la dejaba o si suspendía el viaje que tenían planeado hacer se iba a tirar por la ventana. Una noche, después de un día agotador de separar y ordenar sus cosas, sus platos, sus bombachas, sus libros, llamé al que había sido su analista. Él me contó que mamá ya había hecho eso otras veces, alquilar una habitación de hotel, pasar la tarde, un turno de romance con la muerte.

Desde la habitación de un hotel lo llamó. La veo con el rulo del teléfono y el auricular, mirando por la ventana una calle de la ciudad. Hola, quizás me mate hoy, pero mejor no. No usó la amenaza como estrategia. Es una energía impresionante la que se necesita para salir de la rutina y dar un paseo por la costanera, por ejemplo. Nadie lo hace, pocos lo hacen muy de vez en cuando. Por una dolencia podemos pedir el día, como quien pide un favor, y le roba un día al calendario. Pero ahí no se puede hacer cualquier cosa, hay que guardar reposo, quedarse en casa, en cama.

El suicidio navega errático como un banco de hielo a la deriva sin solución de continuidad, sin solución. Finalmente choca contra el Titanic en el éxito más rotundo de la historia



del cine. Récord de taquillas. Mi hermana me pasa un video por el celular. Es una pequeña grabación del día de Pésaj dos años antes de que se matara. Estamos en la casa de mamá y mi hijo, de entonces seis años, lee las preguntas del Hagadá. Lee bastante mal y torpe y nada en el video indica que años después estaría leyendo los dos tomos del Ulises anotado. Ahora lee con mucha velocidad y concentración. Entiende y reproduce los conceptos con absoluta claridad.

Después de las preguntas, mi mamá y el novio responden. Parecen televisados, una pareja de noticiero turnándose la palabra, tiesos como postes de luz. Usan tono didáctico pero cuentan la historia de la huida de Egipto de un modo aburridísimo. Él lleva la voz principal, como en todo noticiero, y ella acota y comenta, como una productora menor que sigue el programa por cucaracha. Una cucaracha ella misma que de todas maneras se siente observada y sobrecalcula cada uno de sus movimientos: están por matarla.

A mi mamá parece importarle mucho la parte de los esclavos y su liberación. Su relato se concentra en eso. Vino un señor que se llamaba Moisés, juntó a todos los judíos y les dijo: ¡Yo los voy a liberar! Ustedes van a dejar de ser esclavos. Una noche se escaparon y salieron de Egipto. Es la idea. La idea de la esclavitud.

Al año siguiente pasamos Pésaj en la casa del novio de mamá. No vivieron juntos. No vivieron juntos ni una historia de amor. Ella habría querido, pero en la casa de él gobernaba el espíritu de la esposa ya fallecida hacía años encarnada en la señora que limpiaba, que hacía todo como le gustaba a «la Señora Mabel». También estaban los hijos, que eran cuatro, especialmente las hijas que vivían cerca y tenían llave y entraban en cualquier momento del día sin avisar. Aunque eran adultas con sus propias vidas y sus propias casas seguían usando la casa del padre como propia y hasta tenían algunas



actividades fijas ahí, como atender pacientes o dar alguna clase. Esta es mi mamá hablando. No me tiene poseída. No me poseyó nunca, quizás sólo cuando me tuvo adentro o cuando creía que era la única persona incondicional en mi vida. Como yo no poseo a mis hijos aunque no lo soporte y les diga en broma «mis carnecitas» y ellos hagan chistes sobre el pedacito de cordón umbilical que guardamos las mamás en un cajón.

El espíritu de mi mamá no me poseyó, pero conozco bien la astilla bajo la uña, ese pinchazo cuando dos amigas se juntan sin avisarte o un novio arma un proyecto sin contarte. Es otra dimensión que la de los celos. Es exclusión. Esto es lo que le molestaba a ella, lo que la hacía sentirse expulsada. No se trata de una situación objetiva, es una configuración subjetiva. Si no sucede se fabrica.







El de la exclusión es un fantasma muy común. Mamá lo tenía siempre con ella, se las ingeniaba para llevarlo con ella a cualquier casa. En esa casa, donde pasamos Pésaj el año anterior a su muerte, el fantasma estaba por todos lados. La mesa y el caos eran enormes. Había muchos hijos, muchos nietos que se sentaban y se levantaban para buscar un juguete y se volvían a sentar y se volvían a parar para otra cosa. La conversación era imposible. La escenografía era perfecta, pisos de madera, un piano, pinturas en las paredes, un jardín de fondo con hamacas para los chicos, muchos libros. Mi mamá llevó los pollos a la mesa. Había preparado dos, éramos un montón.

Los chicos decidieron jugar en la mesa ratona del living y comer sólo los béigales de la entrada, mi mamá sirvió el pollo para los grandes y sobró. Por eso, porque había sobrado, recibió un reto fuerte en la voz grave del novio, mientras ella decía con una voz estrangulada bueno, no importa, no pasa nada. Importó, no por las presas que sobraron. La presa de esa relación era ella. ¿Qué la encadenaba? Probablemente una idea de lo que debía ser el novio perfecto, el que llenaba los casilleros. La idea.



Alguna vez pensé que el suicidio, o una de las variantes del suicidio, podía ser tal vez una expresión de la violencia de género. El de mi mamá no fue, sin duda, un suicidio coercitivo, o algo sin nombre como hacerse matar. No hubo un victimario más que ella misma. El pensamiento pasó de mí. Dejé flotar la idea. Al contrario de mi mamá, la idea de las cosas no me atrapa. Quizás le tenga algo de miedo.

Algunos estudios dicen que los intentos de suicidio y los suicidios consumados en mujeres pueden explicarse en relación con la violencia física y psicológica y el abuso sexual que han vivido históricamente, primero en la familia de origen y luego con la pareja, o que en el caso de las mujeres, el suicidio constituye una salida al sufrimiento debido al abuso sexual, la violencia de género, el estrés ocasionado por la doble jornada laboral y el poco tiempo libre.

Hoy es otro aniversario. Del cumpleaños, del suicidio. Mi día trágico. Estoy bien. El tiempo hace que el dolor se vaya acurrucando solo en un rinconcito del cerebro. Escala Richter de tragedias.

No tengo derecho. Nadie me dice nada, ya pasaron muchos años. A mi hermana la llaman mis tías, no me olvido de este día, mi hermana no tuvo hijos, es frágil, tiene la atención de la familia. Yo no tengo derecho. El que es hijo de desaparecidos. No tengo ningún derecho. La que le mataron un hijo por gatillo fácil. No tengo derecho. El que perdió a un hermano en la lucha. No tengo derecho. La que perdió a una amiga tras una larga enfermedad sañosa. La que muere de hambre.

La gloria de un hombre griego era morir en el campo de batalla; la de una mujer, morir silenciosa en su lecho, excepto en la tragedia. Según Paul Claudel, el hermano de la talentosa Camille, la tragedia griega es ese largo grito delante de una tumba mal cerrada. El suicidio es una tumba mal cerrada, queda abierta la pregunta que martilla insistente por una explicación.



Mi cuerpo se prepara para la menstruación. Una estructura sinfónica clásica, de Sammartini, o Mannheim. Un primer movimiento liviano, quizás no exactamente alegre, manchas negras de sangre oxidada, el anuncio de un final. Unos días después alcanza la madurez y el movimiento es más lento, pesado y copioso, sostenido. Después recapitula, vuelve sobre sí, y deja una estela, una coda que cierra ominosa y lleva el movimiento al desenlace.

Todo lo que vino después del suicidio de mamá fue un posgrado de la vida, una coda, un apéndice, una yapa. Ya había tenido hijos y me había recibido, me había casado y me había divorciado, había salido en el diario y había salido en televisión, había escrito en revistas y en libros, había tenido sexo con hombres y mujeres y con hombres y mujeres a la vez, había sido micro famosa en el pueblo de mi endogamia y había trabajado de mesera y en una revista internacional de rock. Había viajado a Nueva York, a París, había conocido Berlín oriental, y varios países de Europa. Había estudiado latín y había visto las ruinas del Lacio. Había tenido romances en cada puerto. Había estudiado una temporada en los Estados Unidos y había vivido un tiempo con una familia de



intercambio. Había sido linda, flaca, rellenita, había sido feliz y había conocido la angustia, había dormido sola y acompañada, de hombres, de siete amigas. Había dejado y había sido dejada. Le había gritado cosas horribles a mi mamá y ella me había dicho cosas que prefería no haber escuchado. Podía tirarme panza arriba y de alguna manera lo estaba haciendo. Pero se terminó.

El trabajo que debe realizar el cerebro para procesar las emociones es agotador. Una máquina arrumbada, en desuso durante mucho tiempo, o peor: jamás utilizada, debe ponerse en funcionamiento. Sus partes deben encastrar, girar y producir información y movimiento mientras se aprende a ejercitarla. Perdí la fluidez en el uso de las palabras, sobre todo para hablar frente a una cantidad de personas que superara el número uno y el primer grado de cercanía. También me volví un poco afásica en el lenguaje escrito. El silencio puede ser hermoso. Quizás no tanto para una persona que se dedica a hacer cosas con palabras y quizás tampoco tanto cuando lo que produce ese silencio es una masa informe e innombrable.

No me volví más callada. Me volví un caballo que cuando se le acercan pateaba. Lo patético personal se difumina para dejar traslucir un drama unido a las estructuras de la humanidad, una tragedia verdadera de contingencia histórica. Hay un nudo que enlaza y une la tragedia a la necesidad más que a cualquier otra cosa, más que, por ejemplo, a la libertad. La tragedia puede existir también en los actos libres y en las causas forzosas.

Después el caballo se fue amansando. Más por triste y cansado que por sumiso. A mis amigas les parecía mejor mi nueva versión. Menos arrolladora, más contemplativa, sedada. Yo extrañaba la que había agarrado a campo traviesa con la camioneta rusa, el baúl cargado de bolsas del supermercado, el asiento de atrás lleno de chicos, y se había comido una



zanja. Con el eje roto había manejado hasta el taller mecánico del pueblo más cercano y había esperado como un cowboy a que lo arreglaran. Había hecho dedo hasta la estación de servicio a veinte kilómetros cuando me quedé sin nafta y había vuelto con un bidón, también a dedo. Había pasado de ser el cowboy a ser el caballo.

Mis amigas, con un poco de lástima y un poco contentas de que ya no revoleara las pistolas, me daban un turrón de azúcar en la boca.







Las amigas de mamá eran solteras y casadas. A Sara le habíamos conocido varios maridos, la habíamos visitado en Brasil cuando en la dictadura se fue con el primero, habíamos ido a su casa a comer con el segundo, maltratador y violento. Después Sara tuvo una enfermedad intestinal gravísima, la operaron, y desde entonces se dedicó a vivir sola, comer sano y viajar. Trabajaba bien y mucho, ahorraba, se había comprado un departamento amplio y caro. No había tenido hijos y les daba todo lo que tenía a sus sobrinos, pero también viajaba. Comía una banana sentada en el borde de la Fontana di Trevi y alquilaba los audios de las visitas guiadas en los museos. Había sufrido bastante pero también había conseguido ser discretamente feliz en su mundito de privaciones selectivas.

Raquel era una yupanqui, ella y su marido parecían salidos de un calendario solar tallado en piedra. Hay personas que nacen con geografía y época. Raquel tenía la voz arañada por el cigarrillo, la raya al medio y collar de piedras. Era una eminencia del diseño. Tenían un hijo único que dibujaba historietas y andaba en skate.

Irene era arquitecta como mi mamá y hacía varios años estaba de novia con un hombre que la quería y la hacía reír.



Sus hijos, dos varones, habían crecido, y ella y el novio habían comprado una casita en el campo. La pasaban bien.

Desde la distancia de la que las miraba yo no parecían tener grandes problemas. Eran las amigas que se juntan para tomar el té o almorzar, inteligentes y políticas, nunca quejándose de estar gordas pero quizás rechazando una tercera medialuna por un kilito de más. Las solteras les llevaban material de chusmerío a las casadas, pero como Sara había entrado por el arco de triunfo al celibato, la carnada la aportaba mi mamá. Nunca faltaba, jamás, el relato del drama. De trabajo también charlaban, pero el carozo del planeta, el imán de la entropía, era el amor. Y el amor era drama.

Tenían sus peleas, como cuando Raquel no quiso parar de fumar el día que Irene tuvo un ataque de asma. Eran buenas hijas de la segunda ola, no iban a sacrificar sus voluntades por nada. Iban al frente con sus pancartas que decían Querida, yo fumo si quiero. Hablo de ellas en pasado pero sus vidas continúan, como casi todo lo que siguió después de que mamá se tirara por la ventana. No volví a verlas. No volví a saber de ellas. Sospecho en algún lugar de mi estómago —ahí donde se aloja algo ácido y oscuro— que nos creen, a mi hermana y a mí, pero sobre todo a mí, responsables de su suicidio, ingratas, malas.

Las amigas tenían un estilo cortante, se hablaban con diminutivos y con imperativos: tenés que estar bien. Eran autosuficientes, no soportaban la autoindulgencia. Eran objetivas y directas, incluso cuando una necesitaba una mentira piadosa o una verdad moldeada en plastilina para tapar una grieta. A mi hermana le dedicaron algunos mensajes por redes sociales. A mí, la fuerte, la mala, no. Me había ido temprano de casa a vivir sola, había trabajado mientras estudiaba. No quería necesitar nada de nadie. Mi hermana hizo su carrera viviendo con ella. Mamá la llevaba en auto a la facultad e



indefectiblemente se peleaban todo el viaje camino a Ciudad Universitaria. Era una coreografía que bailaban juntas, como el rulo del puente de Udaondo que cruzaban por encima de Cantilo, dos veces, para subir y para bajar.

Una vez sonó el teléfono en mi casa de casada. Era mamá. Me dijo que con la plata de la venta de la casa había comprado dos departamentos, uno más grande donde viviría ella, y otro más chico, a la vuelta, que pensaba poner a nombre de mi hermana, porque yo tenía la vida resuelta y ella nada. Le dije que me parecía que le hacía menudo favor tratándola como discapacitada y que esas diferencias entre hermanos siempre llevan a lo peor. Mi mamá me llamó un rato más tarde, me dijo que lo había hablado con Irene y que a ella también le parecía mejor ponerlo a nombre de las dos o de ninguna. Esa conexión que se dio con Irene por única vez tuvo consecuencias que desconozco pero me hizo sentir gratitud hacia ella. Mi mamá escrituró el departamento a nombre de ella misma.

La acusación sobrevuela sobre los que quedan. Entre toda esa gente no hay una sola persona por la que haya merecido no quitarse la vida. Marx en esa frase es lapidario, la verdad que enuncia es lapidaria. Después del suicidio, las amigas siguieron con sus cosas, con sus vidas. No fueron tías. Ni antes ni después. Se fueron de nuestro universo junto con ella, quedaron flotando por ahí como fantasmitas acusatorios que nos señalan con el dedo.





La dama desaparece el año en que en Argentina el campo corta las rutas. El pavimento se llena de leche derramada y hombres en boina y bombachas. Ese año se empezó a cocinar la gran crisis económica mundial que estalló al año siguiente. La Gran Depresión del siglo XXI. La dama regresa de diversas maneras. Por ejemplo, cuando miro un documental sobre Carlos Correas. Hacia el final, están los compañeros que habían sido imputados por la publicación supuestamente pornográfica todos juntos en un living, y aparece el novio.

El novio era Pablo, uno de los novios de mi mamá, que tuvo muchos. Pablo está en ese living y entonces me doy cuenta de que estoy viendo la película por segunda vez. Me acuerdo cuando la vi en el cine, y apareció Pablo, y me hundí en la butaca. La dama deja rastros. Entre gatos universalmente pardos, otro documental sobre la vida de Salvador Benesdra, un tratado silencioso de la desesperación, también la trae a cuevas. Nunca se muere a tiempo, y toda muerte y toda existencia no deja de ser un enigma.

Pablo se había mudado a dos cuadras para estar cerca sin los trastornos de la convivencia. Una decisión racional, un edificio racionalista. Una arquitectura que les gustaba. Pero no mucho



más. Pablo fue un amor que no fue. Él tenía devoción y deseo pero también esnobismo y palabras extranjeras. Algo de otro mundo que nunca se fundiría con el propio, normas mínimas. Al final, para mi mamá el amor, era más de lo mismo, más de lo propio, más de ella o de lo que ya conocía, lo malo, mi papá, o sus padres. No pudo enamorarse de otro, de lo distinto. Después Pablo se volvió un amigo, un protector, un papá de azúcar, no tan dulce ni generoso, austeridad europea de posguerra en sangre. Y al final un Parkinson persistente se apoderó de él y mi mamá se fue alejando. Amor es lo feo del otro, lo otro del otro, y mamá nunca pudo con esa diferencia.

La muerte me convoca. El diario sábana en la mesita de cocina de la casa de mi abuela estaba plegado en la página de los avisos fúnebres. Las cruces, pero sobre todo las estrellas de David, los nombres de las familias, la cantidad de palabras que se traducen en billetes, el ahorro y la brevedad en escasez, las genealogías y las expresiones de afecto dirigidas a veces a alguien que ya no leerá el diario. Dar el pésame es un imán, tiene esa fuerza atractiva que lo provoca. Va por encima de los asuntos ordinarios, aplasta todo, rivalidades y enemistades, peleas.

La muerte nunca llega a tiempo. La vida tampoco. Llegué a Santiago, el padre de mis hijos, veinte años temprano. Fue intenso y fugaz como el poema que me mandó por fax sobre el romance de la parejita que presentaba el noticiero, se desvaneció como el texto en el fax, se fue diluyendo. El amor no terminó, sólo fue muy temprano para encender ese fuego. Ahora Santiago está mudado, cambiado dirían en una traducción del portugués, más cerca del que fue cuando nos conocimos. La sensación se mantiene, la tensión sobrevive, la desesperación también. Nos separa un muro de aire caliente y eléctrico. Los estados sobrevuelan las estructuras. Pasamos la vida tratando de escapar de la relación con nuestra vida, faltando a la cita con el propio ser.



Estamos quietos y hay un aire, afuera y adentro. Estamos solos pero sentimos que otras personas nos rodean, ansiosas por liberarse, anhelando recibir calor y luz. Hay una forma aquí, pero está vacía. Hay vida aquí, pero está inmóvil. Hay conciencia, está despertando. Desde la quietud buscamos el movimiento. Respiramos. De alguna forma llamamos a la vida, a la chispa del fuego. En medio de nosotros y los demás, el pasado y el futuro, lo conocido y lo desconocido. A mi papá siempre le molestaron los ruidos, sobre todo los ruidos humanos, producidos por la mecánica de la fisiología. Respirar, no se escucha nada.

Pero si estamos quietos una noche en la cama viendo una película por televisión, la respiración ocurre y suena. Un zumbido mínimo que cerca de la oreja se oye, el vaivén de la marea en una costa de arena, no se calma, no se queda quieta. Un movimiento seco trata de cortar esa respiración sonora, cambiarle el ritmo para que no se oiga, sacarla de lugar, hacerla mínima. La respiración surca el aire como un cabello finísimo en un campo electrificado, se escucha. Los nervios aumentan la presión. Aparece la tos.

Mi mamá tenía una tos chiquita, nerviosa, una tos de salida, de querer salir de ahí, estar en otra parte. A mi papá



esa tos lo ponía muy nervioso, lo violentaba. Si tosíamos, empezaba con chistes, después nos pegaba o nos echaba de la habitación. A mi mamá no la echaba. No sabíamos qué pasaba después. Lo que supimos fue que ella nunca se libró de esa tosecita nerviosa. Tal vez, si alguien hubiera apretado un botón, esa tosecita se habría convertido en un aullido profundo y gutural, en un peinado salvaje, una cara doblada de maneras socialmente inaceptables para una profesión en la ciudad, para bajar por el ascensor de un edificio elegante en pleno barrio elegante.

Esa tos era un corset. En la economía del cuerpo, la autopista límbica tiene preferencia por sobre las carreteras neuronales. Estamos diseñados y contruidos para sentir, y no existe un solo pensamiento, un solo estado mental, que no sea también un estado de sentimiento. Nadie puede sentir demasiado, aunque muchos de nosotros nos empeñamos en sentir menos de lo que sentimos. En sonar menos, porque a papá le molesta que respiremos. Cuando se fue pudimos quemar la casa y llevarnos el fuego. Rompimos los vidrios de las puertas y las ventanas, pero era cosa nuestra, literal, no es metáfora. Después tapábamos los agujeros con recortes de revistas importadas. Éramos monstruos, pero nuestros. Mi mamá se ocupó de que en el derrumbe cayera todo y nosotras con ella. Me leyó cartas privadas, me contó conversaciones, me dijo que mi padre nunca en la vida había posado sobre mí la mirada del amor y le creí.

Había un pacto de silencio resguardado bajo el velo de las siete apariencias. Nosotras éramos lindas, suaves y cultas, estudiosas y buenas personas, sabíamos de música, artes e historia. Conocíamos el mundo y la literatura. Ya nadie nos decía si podíamos toser o respirar, lo hacíamos a la gana y nos odiábamos por dentro.



La madre no lo supo, nunca le contaron. Su mamá, mi abuela, flotaba en el aire tibio que se acomodaba entre las ruedas de la silla y el techo de su departamento recoleto, yendo de la cama al living. No le importaba nada, no podía importarle, había perdido la capacidad de ocuparse y menos de preocuparse, algo que había hecho durante toda su vida, sobre todo de sí misma. Los problemas de los demás la afectaban sobre todo a ella. Había sido angurriente, mala y egoísta. Si en algún lugar se enteró secretamente, nosotras no lo supimos.

Los últimos días mamá trató de dormir. No había tenido grandes problemas durante su vida para conciliar el sueño, no era eso. Pero los últimos días no podía dormir y trató de hacerlo por todos los medios. Cambió la medicación. No estaba deprimida. La depresión tiene que ver con un déficit del decir. Lo dice Lacan en *Televisión*. Mamá miraba televisión para dormirse, a veces se quedaba dormida con los anteojos puestos. Se despertaba de madrugada y los dejaba en la mesita de luz y apagaba el televisor. Sol negro.

Quizá sólo buscamos a lo largo de la vida la gran aflicción de ser uno mismo antes de morir, eso y nada más, dice Céline desde el epígrafe de un libro de Kristeva. Pero, ¿qué es



ser uno mismo, hay uno mismo? ¿Uno solo? ¿De qué galaxia inmunda —ajena a este mundo, caída— vino ese sol negro que la tiró al suelo? La melancolía arrastra su enigma, su densidad. El sol negro es duradero.

Mamá se fue a la muerte no sé cuándo vendrá ah jajá, ah jajá. Uno cree que lo peor es que se mueran, pero después siguen muertos para siempre. Nunca entendí por qué no se pudo quedar en la casa, prescindiendo del mundo y el mundo de ella, pero para adentro de la ventana. El hogar es el corazón de lo real. Para qué matarse, entonces. El hogar ontológico, el hogar material, dice el filósofo rumano, es la intersección de dos líneas, la vertical y la horizontal. El plano vertical tiene cielo o el mundo superior en un extremo, y el mundo de los muertos en el otro extremo. El plano horizontal es el tráfico de este mundo, que se mueve de un lado a otro, nuestro propio tráfico y el de todos los demás.

El hogar, también, es un lugar de orden. Un lugar donde se junta todo, el afuera y el adentro, el odio y la paz, lo limpio y lo sucio, el ruido y el silencio, la soledad y los propios. Mamá odiaba lo sucio pero amaba la soledad aunque creía odiarla si se la regalaban o si era todo lo que tenía. Había crecido convencida de que su mamá no la quería. El amor es continuidad. Las lecturas y el feminismo no la habían salvado de ser una mujer que existía sólo bajo la mirada de un hombre.

Nunca pudo situarse por encima del conflicto, como si estuviera mirando una tormenta desde arriba. O como si alguien enorme mirara el mundo desde lejos y se riera de los movimientos frenéticos de las personas como hormigas, de las cosas que tanto nos importan, las peleas en las redes sociales, los odios que cultivamos como al poroto entre el papel secante y el vidrio del frasco de mermelada, enemistades irreconciliables como mochilas de viaje a Europa de



tres o cuatro meses, pesadas e inexorables, interrumpiendo cualquier paisaje. Dolor de espalda en el momento de tirar centavos en la fuente de los deseos.







Algunas zonas del cerebro se cancelan por el trauma. Leí esa frase y no supe si hablaba de mí o de ella. Argumentación y disolvencia. El choque de la bomba de hueso contra el piso explotando como una granada, habrá sido un apagón feroz o una sucesión de instantes de pequeñas cancelaciones zonales. Habrá respirado en el trayecto de caída, habrá inspirado el aire de la velocidad, habrá tosido con el atracón de oxígeno, quizás breve y nerviosa, habrá retenido el aire adentro, como última decisión, última posesión.

Sobre la caída libre dice Hito Steyerl: «Mientras caes es probable que sientas que estás flotando o incluso que no estás moviendo en absoluto. El caer es relacional: si no hay nada hacia donde caer, quizás ni seas consciente de estar cayendo. Si no hay piso, la gravedad podría ser de baja intensidad, lo que te provocará una sensación de ingravidez. Los objetos se mantendrán suspendidos si los sueltas. Sociedades enteras podrían estar cayendo también alrededor tuyo, de la misma manera que tú. Podrías sentir de hecho un éxtasis perfecto, como si la historia y el tiempo hubieran llegado a su fin y no pudieran siquiera recordar que alguna vez el tiempo hubiera avanzado».



Algunas zonas de mi cerebro se cancelaron después del trauma. Lo supe el mismo día. Algunas habitaciones empezaron a apagarse como lamparitas de luces encendidas en una casa durante demasiado tiempo. Algunas personas pierden la capacidad de leer. En mi caso fue el habla. No me quedé callada, simplemente el lenguaje —esa capacidad innata de los humanos que nos distingue de los animales y se aloja en el área de Brocca del cerebro— se desarticuló. A veces no podía hablar. El lenguaje me había abandonado. Estaba en el lugar anterior a la adquisición del lenguaje. El lugar abandonado. Lo arbitrario del signo lingüístico se hizo patente y empecé a decirles a las cosas por cualquier nombre, algunas veces parecido en sonido o familiar en el campo semántico, algunas veces condensado de manera metonímica.

Las personas con las que interactúo más frecuentemente suelen entenderme incluso cuando le digo perro al gato o rebenque a los ravioles. Me resulta más difícil cuando tengo que usar el significante convencional para un significado. Ahí tardo y me trabo, como si las autopistas que conducen de mi mente a mi voz estuvieran llenas de piquetes y obstrucciones que les complican llegar a término en tiempo y forma. Me cuesta bucear en el maremoto de allá atrás, no es más una función automática, es un trabajo que supone bastante esfuerzo.

Por eso prefiero estar sola, estar en silencio o estar con las personas de extrema confianza. El uso atípico que hago de la lengua puede resultar gracioso. Mi trauma me convierte en una payasa. Se me rompió el lenguaje y el aprecio por lo trivial. Los libros también me daban —a veces me dan— asco. Objetos coquetos, egocéntricos, pagaditos de sí, repletos de yoísmos, suficientemente vanidosos como para creer que tienen algo que decir, una historia para contar, hasta quizás una verdad.



Algo dramático pasa con el tiempo y la impaciencia de los otros cuando una persona está triste. Duelo y melancolía provocan cierta violencia. Saqué el teléfono fijo. Primero lo desenchufé, después directamente anulé la línea. El timbrado y la sorpresa ya me habían dado bastante aquel martes de abril. No estaba dispuesta a sobresaltarme por el sonido, a la sorpresa de la voz del otro lado del auricular.

La extrañeza del mundo deja a ciertas personas descaradas en vida. Algunas se vuelcan a la creación o sucumben a la angustia. O se aferran a una balsa, los psicofármacos, los grupos de terapia, la militancia, buscando un refugio para esa carne que no consiguieron de manera natural. Otras personas parecen inmunizadas, cubiertas por una capa de amianto.







Las terapias. Casi todas las terapias fueron de las palabras. Ese es el método. Antes de nacer ya tenemos un espacio configurado. Una cunita, un moisés, un lugar imaginado. La existencia de la persona preexiste en el deseo de sus padres. ¿Cómo se la habrán imaginado? Quizás la esperaron menos morocha, menos brasileña como su padre. Tenía menos de diez años cuando viajaron a San Pablo para que su padre jurara la bandera de los Estados Unidos del Brasil. Se sacaron fotos junto al Viaducto, visitaron a la familia.

No parece haber sido nunca Su Majestad el Bebé. El niño perfecto que los padres imaginan en un ideal. La presencia de ese otro es más importante que el alimento para un bebé. Todas nuestras hambres existen en relación a otro. Los padres le dieron el baño del lenguaje pero sus hambres se vieron interferidas por esa donación, por esa hambre de signos distintos, de otra cosa. Tampoco eso tiene que conducir al suicidio.

Como diría Kierkegaard: somos nuestros propios enterradores. La terapia de la palabra se mostró siempre muy segura de sí. Pero todavía falta saber si la palabra tiene un poder curativo o un valor patógeno.



Era temprano cuando fui a ver a un psiquiatra que vivía muy cerca de mi antigua casa. No la primera, la que habíamos elegido juntos, mi marido y yo, para cocinar a la familia. Pero la familia se quemó. La casa la vendimos y yo tuve que mudarme a varias avenidas de pobreza. Le pedí al psiquiatra que me diera algo para sentir menos. Al principio no entendió. Me molestó mucho. ¿No es lo que todos queremos, atenuar los sentimientos y las emociones, sufrir menos, sentir menos? Después pareció entender y me recetó clonazepam.

El rivotril no me aplacaba las emociones. Convertía mi angustia en una melaza espesa que se acomodaba en la boca del estómago y se iba aglutinando como una pera acaramelada. Lo dejé; aunque mi hermana lo adoraba y muchas de mis amigas lo consumían como uvas, no era para mí, no me caía bien.

Quería algo rápido, algo que me devolviera a mí. Estaba adormilada, estremecida, quería haberme vuelto punk sin miedo a nada pero eso no pasaba. Estaba en carne viva, no soportaba las películas de abandonos, las propagandas con golpes bajos. Fui a ver a una terapeuta conductista que vivía en una torre paqueta. No me acuerdo quién me la recomendó pero fue con la carta del milagro. Cora tenía un pelazo color cobre, asistente y pantalones de cuero. Me dijo que había estudiado en Estados Unidos y me habló de los ex combatientes en Vietnam y el estrés postraumático. A la salida la asistente me cobró la sesión más cara que había pagado en mi vida. No volví.

Una mujer brasileña, de esas que viven en Argentina hace décadas pero no suelta el acento como si fuera una joya exótica, una mujer negra, me atendía en Belgrano. Es cierto que empecé a verla antes de que mi mamá se matara. Una conocida había insistido en hacerme la carta natal y aunque no creo nada fui a verla por la experiencia. En la pantalla de



su computadora había una figura, un compás de latitudes y cifras, líneas punteadas y flechas muy largas. Habló casi una hora y media seguida diciendo cosas que podían sonar a nada, palabras que no curaban ni enfermaban pero provocaban una molestia incómoda y también aburrimiento. Me dijo algo de la madre y marcó cuatro hijos en la historia de vida. Pensé que era posible si consideraba los abortos que me había hecho. Pero después fueron muchos más, en poco tiempo. La brasilera tenía una personalidad arrolladora, de esas que te convencen de que tu color favorito no es el azul si no el naranja, y eso fue lo que hizo. Con cascabeles, rociadores, rezos y flores me convenció de que el azul era un gusto impuesto, que mi verdadero color era el naranja. No me dio seguridad, me hizo sentir que no sabía nada de mí, de mi misma, de la vida, de lo que quería, de lo que buscaba. Me sentí perdida. Salía de su departamento de la calle Naón y me preguntaba cómo había llegado a poder solventar semejante piso en un barrio tan caro. No entendía nada. Un día, después de verla, mi mamá se mató. Cómo podía ser que esta mujer tan sabia y premonitoria no me hubiera advertido nada, no me hubiera preparado mínimamente para el golpe contra el pavimento que desparramó mi conocimiento, lo aprendido, el lenguaje, las palabras.





Ninguna música. La palabra es presencia hecha ausencia. Pero la música es puro recuerdo, un huracán de pasado, un relámpago de memoria. Toda palabra llama a una respuesta. En la terapia de vidas pasadas una mujer vio en mi ex marido a su bebé que había perdido, que se había muerto, y se abrazó llorando angustiada a sus pies. El hombre, mi ex marido, se mantuvo firme, impávido, hasta que Ana, quien conducía la ceremonia, le indicó que se agachase y le acariciara la cabeza. Él mismo me lo contó conmovido. No se reía, aunque había algo evidentemente ridículo en la escena. El hombre, el que había sido mi marido, era un tipo bastante grandote, y aunque era pelado, no se parecía en nada a un bebé.

Mucho después de ese día le pedí el teléfono de Ana. Quería consultarla, probar otra cosa. No iba a contarle nada a mi analista lacaniana. O iba a ver después si le contaba. Él le habló primero, le preguntó si yo podía ir a verla, le contó sobre mi situación. A las dos semanas estaba tocando el timbre en una casa antigua completamente remodelada en un barrio de casas bajas. Ana me recibió en una habitación con piso de madera. Ella en un sillón viejo retapizado, yo en otro. Tenía un gusto ecléctico pero prolijo.



Le conté dos o tres cosas de mí, realmente no me veía mal, no me sentía tan mal a pesar de todo. Ella me dijo que veía a una mujer muy sola en la tranquera de un campo, en una estepa lejana o una llanura inhóspita. Me preguntó si en mi familia había un linaje de mujeres sufridas, abandonadas. Le dije que no tenía la menor idea, no me parecía, no tenía en mente ese relato. Lo simbólico estructura la realidad, y lo simbólico determina lo imaginario, dijo enigmática; también había estudiado psicología.

Lo que hace trauma, lo que agujerea el aparato, no necesariamente es una escena fantasmática. De repente las personas que te rodean empiezan a caerse de los árboles como peras al vino. Se mueren. El mundo tal como lo conocías de a poco se desvanece. A medida que el tiempo avanza las frutas caen más rápido, más cerca, más maduras. Tienen tu misma edad. Es tu propio mundo el que se va con ellas. De repente te encontrás viviendo en un mundo que no es el de tu época. Esta también es tu época. Pero pensás tu época llena de música y sexo y emociones intensas. De esa época van quedando pocos, va quedando menos.

En el origen hay una caída. Es la caída del hombre, el pecado original y la expulsión del Paraíso. El suicidio puede ser un estado mental. Hay muchas personas vivas en teoría que han cometido un suicidio mucho peor que la muerte física. Vivir no sólo es simplemente estar vivo, hay que elegir la vida. Elegir estar vivo y comprometerse conscientemente con la vida, en todo su caos exuberante y su dolor. Tenemos una capacidad para el lenguaje. Tenemos una capacidad para el amor. Necesitamos de otras personas para el lenguaje, para el amor. La piedra se cae del paraíso. La persona que cree que es la piedra cae con ella, como ella, en ella. Si no hay otro para el lenguaje, para el amor, el bebé se cae. La persona se aferra a las piernas del ex marido.



La semana siguiente volví. Era sábado, hacía frío y había sol y había que dejar los zapatos y los abrigos afuera. Una señora mayor parecida a Ana pero más gorda anotaba los nombres de quienes iban llegando y cobraba: un número si constelabas, otro si sólo ibas a participar de la terapia. En el living nos íbamos sentando en una pequeña ágora fabricada con las sillas de la casa y almohadones. Atrás del vidrio había un jardín con pileta. En una esquina, una pequeña orquesta de cámara tocaba un cajón peruano, campanitas chinas y un fuentón de cobre que sonaba cuando se acariciaban los bordes. El aire era ahumado. Había termos de té y vasitos de telgopor. Nada podía ser más amable. Las personas tenían la cara plácida, parecían buenas. En sus casas quizás le pegaban al perro o le pagaban miserias a sus mucamas, sin franco ni vacaciones. Pero en esa sala era todo bondad.

El elegido pasaba y se sentaba al lado de Ana. Hacía una sinopsis de su problema y Ana señalaba a quienes pasaban a encarnar los personajes de la situación. Eran familiares, vos la mamá, vos el papá, vos el abuelo de Bologna, ustedes por allá los soldados de la resistencia. Vos, allá, el tío que se ahogó. La disposición en el espacio la definía Ana, sentada, con el dedo. Marcaba los lugares como en una escena viva. Después venía una catarsis, llanto, temblor, acercamientos, gestos de afecto que venían de tiempos ancestrales, que usaban a los presentes de medios, desde otro plano. Al final, un corte abrupto y el alivio. Algo pasaba.





Te deja la piel de bebé, me dijeron para invitarme al temazcal. No me importó mucho eso. Quería irme, a cualquier parte, y esto era lejos, en los Cardales. Fuimos en dos autos. A último momento se sumó mi hermana. Estábamos amalgamadas. Íbamos a donde nos llevaran. No teníamos voluntad. Daba igual si era una experiencia lisérgica o un spa. No entendíamos nada, mezclábamos todo.

Llegamos un rato antes del mediodía. Era un sábado también y de nuevo había sol. Todo era lindo menos la vida y la muerte. En la puerta había un panel solar, una camioneta, muchos cactus. Nos hicieron pasar a vestuarios, mujeres por un lado, varones por otro. Nos separaba una tela finísima de bambula hindú teñida de lila. Con ropa cómoda, en una sala, nos acostamos para respirar. Respirar, parece, no es algo tan habitual. No hay que olvidarse de respirar. Yo me olvido siempre pero sobrevivo. Nos pusieron piedras en el pecho y el maestro pasaba y cerquita de cada uno soplaba una caña en los párpados. Hacía un sonido vibrante. Parecía una de esas luces fluorescentes para atrapar moscas y mosquitos, que hacen un ruidito de motor, o el ronroneo de un gato.



Después nos fuimos desnudando para entrar al horno. Algunos se quedaron en short, otros en malla o remera. Era un iglú de barro, un poco más grande que el horno de pan que se ve en los campos. Fuimos entrando de a uno, la puerta era chiquita como la de una choza, había que agacharse. Nos acomodamos en cuclillas contra las paredes, en círculo. La gente seguía entrando, éramos muchos, iban formando círculos concéntricos cada vez más chicos alrededor de un fuego.

Un peón de campo abrió la puertita de hierro y entró con una carretilla cargada de piedras volcánicas. Entraba a cada rato y salía con más piedras encendidas cada vez que la mujer que hacía de asistente del hombre, como durante miles de años de historia en la humanidad, le hacía una seña con los dedos por un hueco de la puerta. La mujer era pareja del hombre que dirigía la ceremonia. Él hacía de chamán, ella de chamana. Había un personaje de la película *La playa*, el que hacía Tilda Swinton, que era igual a ella. Cara de fría, cara de mala.

El peón entraba con la carretilla a cada rato. Cada vez traía más piedras, cada vez hacía más calor. El chamán tiraba agua sobre las piedras con un cucharón gastado y cantaba unas canciones de cancha convertidas en mantra. Mamita, mamita, dame el aguacita. Cualquier cosa decía. La cuestión era aguantar. Tiraba agua o algo líquido y el horno se llenaba de humo. No me gustaba mucho pasarla mal. Pensaba que para horno ya habían padecido mis antepasados en Auschwitz, Dachau, Treblinka. La piel se pegoteaba con la de los que tenías al lado. Soportaba.



Escuché que mi hermana lloraba. Estaba sentada en la otra parte del círculo chiquito que formaba el horno. Su llanto era más fuerte que los cánticos del que hacía de chamán. No sabía si estaba bien o si estaba mal que llorase. Si era bueno que descargara o si estaba muerta de angustia, la estaba pasando pésimo. Como siempre, cuando llora ella me apago yo. Me mantengo firme. Me sostengo. Traté de hablarle, parecíamos en capucha, en capuchita. En un momento la tuve cerca, nadie se movía, no había espacio, estábamos amontonados a cien grados de calor, hirviendo como ranas en vapor. Se arrastró hacia mí y agachada, que era el único modo de estar ahí adentro, me dijo: no aguanto más, quiero salir. Lo dijo lo suficientemente fuerte, o el espacio era lo demasiado chico, como para que la mala de *La playa* la escuchara. Si salís no podés volver a entrar, la amenazó. Me chupa un huevo, dijo mi hermana, y empujó la puerta.

Yo me quedé. El que hacía de chamán siguió cantando. Usaba diminutivos y palabras del mundo de los ángeles pero con sexo, como un kama sutra melódico y lloriqueado. Iba pasando por cada uno, haciendo un juego de manos. Fue una percepción, porque el iglú adentro estaba oscuro como una



noche opaca y no se veía nada. Cuando se acercó a mí me pasó las manos por los brazos como el Manochanta de Alberto Olmedo y después siguió. Cantaba bajito y se acercaba más. El calor seguía, la oscuridad también, empezó a tocarme por todos lados, las tetas, abajo de la bombacha. Tardé unos segundos en darme cuenta y le pegué un codazo. Me dijo perdón muy cerca del oído. Así confirmó que no me había equivocado. El tipo me había manoseado. Cuando pude salí.

Me encontré afuera con mi hermana. Había unas duchas de caña y un sol rajante. Nos tiramos en el pasto. Cuando todos salieron no dijimos nada. No le dije nada a nadie nunca. No quise arruinarles a mis amigos la ilusión de la ceremonia, la piel de bebé. En la casa nos sirvieron un almuerzo. Era un sopaje verdoso sin sal y unas pasas de uva. Pagamos y nos fuimos. Teníamos que estar purificados y agradecidos.

Estoy contando una historia que ya terminó. Un día había pasado sólo un día. Una vez, un año. Ahora el suicidio de mi mamá está guardado en el fondo de la cómoda de los cajones de la mente. Algo lo hace saltar desde la nuca a veces, pero está ahí, en su lugar, como un residuo molesto que encontró su hueco y funciona. Cómo sería sin eso, imposible saberlo. Conjetural. Esta historia ya no tiene a sus protagonistas. Ni la chica de fuego ni su hermana de escamas, ni el nácar francés, ni la esmeralda patricia, ni el acrílico moderno y recién pintado. No hay nada. Es un mar de coral, un fondo profundo que todavía tiene vida. La luz es poca, llega suave, y el movimiento es lento y subterráneo.



No me acuerdo cómo llegué a ellos. Nati y Román vivían en el Pasaje Orán, una casita en un barrio alejado de la capital. Tardaba en llegar, pero iba en auto, hacía frío, un hipermercado en avenida, una casa naturista en la esquina con las paredes verde agua y productos caros. En la casa tenían dos llamadores de ángeles y un perrito faldero. Natalia y Román parecían siempre recién levantados de la siesta, no importa qué hora del día fuera. Venían a la puerta juntos, en sus zuecos de goma con medias. Natalia dirigía la escena, Román la seguía. Entrábamos a la casita y ellos se sentaban en almohadones. Hacían meditación guiada, para mí, para la persona que contratara sus servicios. Me hacían acostar panza arriba en una colchoneta, y yo lo hacía.

Empezaban prendiendo un incienso y tocando una campanita. Nati contaba un relato que pretendía llevar la mente de quien escuchara a paisajes distintos, lugares comunes de lo que se supone idílico, una playa, un bosque. Esa desolación me angustiaba, entonces me aferraba fuerte a cuando decía «pensá en una imagen que te dé placidez» y ahí me imaginaba una casa. Nati me decía que me imaginara una escena en la que me gustaría estar en un futuro cercano. Román



se quedaba sentado y no decía nada ni hacía nada. Yo me imaginaba el deck de madera de una casa, en verano, con mis hijos y mi novio de ese momento, y un bebé nuevo, un bebé de un año, correteando por ahí, todo dorado.

Un tiempo después llegó el bebé. El bebé no llegó, llegó el embarazo. Y una charla en la pizzería donde me dijo que no, que no quería tenerlo. Aborté. Un hombre calvo con un anillo de calavera me clavó una aguja y no supe más nada. Hubiera querido. Hubiera querido que él quisiera. No me arrepentí nunca de no tener hijos con él ni con otro. Sólo quería que quisieran. Los hombres me dicen que no. Me pasa seguido. Ante esa negativa me doy media vuelta y me voy. A lo de Natalia y Román no volví. No puedo decir que su método no funcionara. Había que ver qué era lo que realmente quería yo. El mundo se mueve por los afectos. Cada tanto las personas caemos en la melancolía pero como nos da vergüenza no atendemos el teléfono así nadie se entera, o nos esforzamos en parecer ocupadas y fuertes. Muchas mujeres bien pintadas y bien vestidas, como era mi mamá, están ahora mismo en el esfuerzo enorme de la apariencia, ese que se pincha con un alfiler y se desinfla como un globo sin aire.



En el afiche estamos las dos, ella y yo, mi mamá y yo. Las fotos del comienzo de *Cría cuervos* pertenecen a mi álbum familiar. Una mujer dando la teta a un bebé. Una mujer sonriendo en el sanatorio con su bebé recién nacido. Una mujer mirando a su bebé a los ojos mientras le da de comer. Blanco y negro. Es mi mamá en las fotos.

¿Cuál es? ¿La que ve o la que mira? ¿La que mira o la que me hizo ver? Cuando era chica mi mamá me organizaba ciclos de películas por director. Mi abuelo importaba productos electrónicos y fuimos de los primeros en tener televisor color, computadora, microondas, heladera de dos puertas con dispenser de cubitos de hielo y hielo molido, y vhs. Tenía menos de diez años cuando mamá armaba ciclos de películas: Buñuel, Kubrick, Godard, Rohmer, Saura. Saura era uno de sus preferidos y el que más me hizo pensar en ella como ella. Del resto entendí poco y nada.

La mamá de Ana en *Cría cuervos* es Geraldine Chaplin y es igual a mi mamá, de cara, cuerpo, pero también en los besos de esquimal, el cariño secreto, el dolor en aullidos, y la ingenuidad o negligencia para no ver lo que pasa a su alrededor, por ejemplo que el marido tiene sexo con todas las mujeres



de la casa mientras ella pasea por el jardín. Ana sí lo ve. Lo ve todo, demasiado. Es la del medio. Como mi mamá. No quiso tener más de dos hijas para que no hubiera una hija del medio. Así nos cuidaba. También se murió, como la mamá de Ana en la película.

Se mató. La analista de mi hermana la culpa por el trauma de abandono que encuentra mi hermana en todo. Mamá se quiso sacar de encima el amor y como no pudo se sacó de encima el mundo. No estoy enferma ni insomne ni loca ni me duele la cabeza, simplemente quiero dejar de vivir ahora mismo. No fue un impulso. Fue la fuerza del ombligo del sueño que la arrastró a planificar irse a la noche de los tiempos.

Después, cada uno hizo lo que pudo. Por supuesto, antes también. Pero después había un hecho doloso para atajar como bola de boliche que derrumba los bolos y se queda trabada en la boca del estómago. Quizás el infierno no es el otro. A veces es uno mismo. Sacarse de encima el amor, o un poco más: sacarse de encima a uno mismo. A eso fue al analista. Unos días después conseguí el teléfono de la mujer con la que mamá se estaba analizando por esos días. Siempre se quejaba de la plata mi mamá, siempre se sentía pobre, aunque era a todas luces y en cualquier cuadro económico rica. Como se autopercibía necesitada empezó a analizarse en una institución con una terapeuta que le asignaron y que después de un par de entrevistas la tomó.

Cuando la llamé parecía sorprendida, a la vez sabía que mi mamá estaba planeando algo así, se lo había dicho. Como siempre, las amenazas de suicidio no se toman en serio. Le hablé con dureza, con cierta rudeza. Pensé en iniciarle acciones legales, pero ese pensamiento duró menos de un minuto. Eso no iba a revivir a mi mamá y la lección ya estaba aprendida. Durante muchos años en mi propia terapia psicoanalítica hablé sobre la angustia y la inestabilidad emocional que



me generaban las amenazas de suicidio de mi hermana. No quiero decir amenazas, eran sugerencias. Aunque mi tía decía que estaban dirigidas a mí, que al resto le hablaba como si nada. Mi analista me preguntaba, seguramente con el fin de confrontarme con el hecho, con el acto, si pensaba que de verdad iba a hacerlo, si mi hermana podía realmente matarse. Yo le contestaba que no sabía, que no podía saber, pero que la historia me había demostrado que era una de las posibilidades. El discurso del análisis es una lengua imposible de reproducir. Se traduce y se traiciona. A veces pienso cómo habría sido el lenguaje desarticulado de mi madre si hubiera llegado a ser mayor, más vieja, mayor que yo. Pero ahora soy mayor y el mar de coral y de sargazos es sólo mío.







No voy más a velatorios. No fui al de Diana ni al de la otra Diana, ni al de Sarita, ni al de Rodolfo. Mentira. Fui a algunos. Fui al velorio de Jorge y al de Mirta. Fui al entierro de Marina. Cuando Maru se enfermó fue algo ridículo, le dolía el brazo y eso era la punta de un iceberg siniestro lleno de luces verdes flúo en una placa que se expandían por los pulmones, el estómago, el diafragma, el intestino. Metástasis a los veintipico, no había chances.

Primero la mandaron a su casa con un diclofenac. Después fueron juntas ella y una amiga a raparse. Ya se sabe que es horrible perder mechones de pelo negro larguísimo, ondulado. La quimio y los rayos nunca llegaron. No había caso. Me fui unos días a Chile y volví, la muerte de Maru estaba llegando. Fui directo al sanatorio. Las amigas estábamos todas en la habitación como cuando nos juntábamos a comer pizza. Hablábamos de amor y de libros, hablamos de sexo y de tangas, Maru rapadita como una chica de Auschwitz.

Al día siguiente ya se iba. Fuimos a saludarla. Entramos de a una. El papá ya sabía. La mamá no quería saber. Maru estaba flotando de morfina, feliz, no decía otra cosa que «gracias», era una mesías repartiendo amor en la tierra, yéndose



a otro plano. Me daba bronca todo el misticismo de la cosa. Ahora sos luz, decían algunas en las redes sociales. No, antes también era luminosa, cuando estaba viva. Ahora no lo sé, no lo sabía, tenía que volver a encontrarla.

Quisiera escribir sobre la vida de mi madre, sobre mi madre viva. Pero me sale escribir sobre la muerte. La primera semana hay que tapar los espejos, dice la ley judía. El mandato es contra la vanidad, pero para mí tiene que ver con no ver la imagen de uno mismo en la desgracia. La autocompasión es la desgracia mayor. No hay que volver al cementerio por un mes, pero al mes hay que volver. Eso es para no quedar pegado al muerto pero tampoco olvidarlo.

La muerte es una ruptura en la vida tal como la conocías. Cambia drásticamente las cosas, trae desencajamiento y agitación. Algunas de las costumbres del duelo judío reflejan este sentimiento de perturbación. Hay costumbres que tenemos que cambiar, no podemos sentarnos en el mismo lugar como si nada pasara. Tenemos que estar en otra parte, en un lugar extraño, poco familiar. Estamos desterrados, física y emocionalmente.

A la semana de ver gente todo el tiempo necesitamos naturalmente un retiro de soledad. Durante un mes no se puede ir a reuniones ni a fiestas. Después de los doce meses está prohibido seguir de luto. El luto tiene su tiempo. Seguirlo se considera una falta de confianza en di\*s. Se supone que lo lógico y deseable es que, con el tiempo, desaparezca la amargura causada por la muerte. Y así es. En la mayoría de los casos se vuelve un sonido sordo. Pierde peso y densidad, se aleja. Hay también un duelo del duelo, un reconocimiento de que ese período termina y el dolor se aleja. Con el dolor se va el amor y lo vivo de los recuerdos. Todo se cubre de una pátina de aceite de foca. Duele saber que se termina eso, que se aleja el barco de la propia historia.



Una serie de casualidades y ejercicios me lleva a una página de tarot. Me hace elegir diez cartas. Después tres. Después tres de nuevo. Trato de elegir las cartas que por alguna razón me llaman, con empatía o seducción secreta, pero dudo, no sé si es una o la de al lado. A todas se les prende una lucecita roja cuando las acariciás con el cursor. Salió El ermitaño, algo que soy, que estoy, y que el tarot me sugirió dejar atrás por un rato: salir. En ese momento entró un mensaje que hablaba de política y de una noticia. Me corrió de lugar. Creo que las cartas tienen razón.

También me dijeron que en agosto llegará un hombre, menudo, de Piscis o Cáncer, que al principio no me voy a dar cuenta pero que va a cambiar mi vida. Mi novio era de Libra. Equilibrio inestable. Una presencia tan patente y material como un portarretratos en donde jugamos a ser familia, que puede ser retirado de la repisa en un solo movimiento. Después del silencio, cuando nos amigábamos, le dolía la panza. El síntoma protege el lugar mismo del deseo, le permite al inconsciente guardarlo escondido, resguardado de los avatares de la vida y de la violencia de las emociones.

Estamos cansados y sin paciencia, eso se dice de las personas grandes. A mí por momentos me pasa al revés: veo la



trama, el resto de tiza que se marcó en el molde para el hilván y sé que nada se termina tan fácilmente. Hay que esperar. Y esperar puede ser toda una actividad, como cosechar campos de algodón. Cada uno lleva sus muertos en la espalda. Una enciclopedia de sanación y medicina alternativa dice que los síntomas manifiestan aquello que quisimos callar: una hernia, una oclusión, soportar algo que no se debe aguantar más. Un cáncer es algo no dicho, callado, un rencor retenido, y así. En cambio, en el psicoanálisis es casi al revés, el síntoma preserva el lugar del deseo. Ten cuidado con lo que deseas.

Un mapa electrónico separa los países y los ordena por tamaño. Argentina está entre los primeros, después de Rusia, Canadá, Estados Unidos, China, Brasil, Australia y la India. En un mundo de 194 países estar entre los ocho más grandes es bastante. Aunque, por otra parte, ¿qué tienen que ver los países con sus infantiles fronteras? Veo ese mapa electrónico que organiza los países de mayor a menor por cantidad de territorio y pienso en todo el tamaño que tenía. Todo el espacio que tuvo para salir de sí misma y pensar en otra cosa, otra vida. Nos obsesionamos con una persona al otro lado de la línea del teléfono y perdemos la dimensión. La dimensión del mundo, de los acontecimientos, de las posibilidades, buenas y malas, pero distintas, que podía conocer. Un corderito bebé, suave y tierno, que después se muriera. Una tragedia insalvable pero sobrevivible. Un pozo con peces en el que nadar desnuda y sola.

Fue un pozo de aire. No fue un cordero sino un carnero, como al comienzo de El principito. El carnero empujó y empujó hasta que la tiró. Se sacó de encima el amor, a sí misma, la arquitectura, la factura del teléfono, los llamados de las hermanas, a sus nietos, a sus hijas.



El fin de fiesta es lo peor, el piso negro y resbaladizo cuando mojado, pegoteado. Las paredes con pisadas y chorros, vasos vacíos, cementerio de botellas. Pero eso no pasa cuando no hubo fiesta. Hubo un conejo suave como un llavero de la buena suerte que se comió las plantas de las macetas del patio y se murió. Hubo una cotorra tropical y fotos con caballos y disfraces en los actos de la escuela y en carnaval.

Pedí la sal, la sal, por favor, y se la puse al postre de almendra, ese de nueces y kero, la melaza, que hacía todos los sábados mi abuela y era maravilla y costumbre. No sé si dije que habíamos sido una familia: una familia común y hasta linda. Escuchábamos cassettes en el auto, música brasileña, y Joan Manuel Serrat, que la ayudaba a mamá a llorar cuando murió su papá.

Fue incluso antes de la muerte de mi madre que empecé a traer personas a vivir con nosotros a casa. Primero fue un australiano que mi hermana encontró por la calle buscando alojamiento y revoleaba a mis hijos en avioncito. Jack se pasó el verano encerrado en la habitación hablando por internet con la novia en el huso horario opuesto, durmiendo de día.

Después vino Alessandro, enamorado de la chiquita, le decía cheloso al mayor. Todavía nos acordamos. No nos



sentíamos tan solos y la casa se convirtió en cierto modo en un hotel, un lugar de paso, nada estable, como el mundo. ¿Por qué no nos mudamos nosotros al hotel? ¿Por qué no vive todo el mundo en hoteles? Hicimos lo posible, lo contrario.

Las valijas llegaban de todos los continentes: Asia, África, China, Francia, Medio Oriente. Telas, piedras duras, mágicos tapices, marfiles, mapas, cítaras, esencias, dagas, los perfumes eran infinitos y distintos. Algunos fumaban aunque les estuviera prohibido.

La casa, esa vieja antesala de la desolación donde el Tercer Imperio se mezclaba al pompeyano se convirtió en un misterioso laberinto, donde cada cuarto podía ostentar el cartel que definía a cada baúl: la Sala China o el Salón de Persia. En la heladera, no había carteles salvo uno: La comida no tiene dueño. Todavía no usábamos la x ni la e.

Ningún día debe ser igual a otro: la humanidad es tan semejante al mundo animal. Ya la rutina es uno de sus más detestables privilegios. Pasaban trajes horribles como babuchas de bambula y otros de seda. Los chicos preguntaban: ¿Por qué te disfrazás? No son disfraces, son kimonos, túnicas. Y comenzaba un delirante relato. No es fácil habilitar en la mente la existencia de otro mundo más allá del nuestro. No se puede creer en el mundo de las hadas si no nos han desvelado dragones, brujas, espectros, fantasmas. Ni hadas ni espectros. Esa noche clavé en la pared de mi cuarto la foto del día que fuimos al zoológico. Estábamos todos: mi mamá, mi hermana, mi hija, mi hijo, en el paisaje exótico de la laguna de los flamencos, otro mundo.



Nada forja un carácter tanto como un disimulo constante dentro de la familia. La cita es de Honoré de Balzac, el mismo que escribió *La mujer de treinta años*. Un piropro sutilísimo que me susurró una vez un señor, mi ex suegro. Esta novela podría llamarse «Las apariencias». Podría llamarse «Los efectos». O «Los tratamientos». «Los seres queridos». «Efectos especiales». «Efectos personales». «Afectos especiales». «Las noticias». «El pavimento». «El hotel de la calle San José». «El hotel con ventanas sin rejas». «La línea». «La impresión». «Velocidad de caída». «Pozo de aire». «Fruta rota».

Algunas seguro ya existen. Lugares comunes revisitados. Lugares comunes. Tengo un cuentito aprendido, que inventé yo misma para explicarlo. No es que mi mamá vivía empastillada, en bata, entrando y saliendo de clínicas psiquiátricas. No recibíamos llamadas de ella con amenazas, no la encontrábamos borracha con el maquillaje desparramado por la cara, ella despatarrada en la alfombra. A veces sí tenía el delineador de ojos algo corrido, se frotaba los párpados cansada después de un día de trabajo.

Pero la camisa, de seda. Si un pantalón quedaba con brillo después de haber sido planchado, se descartaba. Impecable.



Limpia. Perfumada. ¿Qué disimulaba? Todo lo malo. «El disimulo». «Todo lo malo». Nadie nos estigmatizó, aunque alguna vez alguno que otro o más bien alguna que otra nos gritaba que íbamos a terminar como ella, iguales a la madre, una frase oracular con la fuerza de una daga envenenada. Tampoco nadie nos tuvo demasiada compasión. Ni cambió su comportamiento, ni se apiadó o nos cocinó, alivió alguna tarea que antes cubría mamá, o sólo cubrió alguna tarea por el esfuerzo que supone sobreponerse de un duelo semejante.

La hermana mayor de mi mamá hizo exactamente eso. Durante años ayudó a mi hermana a limpiar la casa una vez por semana, nos preparó comida una vez por semana. Sin pausa. La hermana menor nos invitó a todas las fiestas para que contáramos una y mil veces las versiones de la huida de Egipto, de la cabeza del año, de la expiación. Nos invitó sobre todo a transitar el día de la madre. Me ha llevado muchos años comprender el lugar que cada persona podía ocupar en el tablero revoleado que dejó ese acto de mi mamá. Algunas personas hicieron mucho esfuerzo por no sentir pena por nosotras ni siquiera por ella, porque eso las convertía de algún modo en culpables. Sentir lástima podía llevarlas a doler, a pensar que podrían haber hecho algo para evitarlo.

Probablemente había algo que podían haber hecho, yo también. No nos dimos cuenta, no quisimos, no dimos tanto. Había, entonces, que generar la apariencia de una decisión ajena a todo vínculo, perder toda responsabilidad relacional. Cosa de ella. Y en lo posible tratar de recuperar un estado de cosas, si no normal, habitual. Sin asumir extras. Bastante tiempo me llevó comprender el dolor que las llevó a tomar esa posición. No te debo nada porque no le debía nada a tu madre, lo que hizo es cosa de ella. Tu vida no me corresponde ni en materia ni en afecto. Luego pasé noches en vela pensando en la maldad y la tontería. Y la combinación de ambas, la peor de todas ellas.



La forma de organizar el mundo alrededor de un personaje me es totalmente ajena. El culto de la belleza es la higiene, escribió Pound. No creo que en su vida haya agarrado un trapo, aunque la recuerdo alguna vez lavando platos. Nunca me pareció tonta pero la odié cuando se puso triste. La tristeza produce cierto adormecimiento de los sentidos, una lentitud que aparenta ser pereza. La gravedad influye en el arduo camino de la apariencia. La detestaba. La tristeza es tonta y las pastillas para no sentir también atontan. Pero no la odiaba con fuerza. La odiaba con indiferencia y un poco de desprecio. También con pena. No es puro el odio, ningún sentimiento es puro.

Todavía estaba anclada en la desesperación del lenguaje entonces cada tanto le tiraba un latigazo de fuego para ver si la despabilaba. Era una gimnasia, me sentía inteligente y fuerte, transpiraba. Una retórica activa como saltar vallas, ardiente de necesidad, una energía modelada. Pero ella reproducía los movimientos de la vida por convención, sin necesidad. Actuaba de sí misma. Caminaba por un medio finito, sin perder la integridad, sin manchar los bordes.

Yo me había pasado horas de mi vida paseando por los lomos de la biblioteca flaca y larga que ocupaba toda su



habitación, acariciándola como a las teclas de un piano. Me sabía los títulos de memoria pero no el significado de las palabras. Jugaba con los sonidos, casa, cama, camisón. Era lo mismo que las referencias de una enciclopedia, esas que ponen arre, buru, coqui, elec, frac, ug, sig, munt, muñe, peca, peque, rema, supe, unt. Avanzaba tan lejos como podía descubriendo lo que hubiera en esas letras, querido miguel, querida brenda, querido adriano, querido general, querido desconocido. No sentía autoconmiseración ni lástima. Sentía el sol picar sobre el acolchado de poliéster en tonos de marrón. Mientras otras personas escribían decretos, organizaban revoluciones, tenían sexo, yo pasaba el dedo índice por el piano de libros.

Eran los mismos, pero eran otros. No importa cuándo ni sobre quién sea, esa frase es funcional a todo. Estaban las primeras ediciones de Sudamericana y los libros de tapa de tela de arquitectura. Los teóricos de cuero bordó de la Rusia comunista. Más tarde llegaron los libros cubanos impresos en la URSS con la historia de la clase obrera y otras clases. Había ahí un registro gráfico y físico de las emociones de una época.

Años después los libros volvieron a mí. Tenían otros colores. No habían empalidecido por el sol abandonados en una vidriera, trillado. Eran distintos fuera de la biblioteca, y no es que nunca los había sacado. De repente los vi con otra luz. Bajo la luz del misterio, o de la revelación, aparecieron los nombres de mis autoras favoritas. Habían estado ahí toda la vida. Desde el más allá de la lengua mi mamá me decía algo así como no vas a poder ser dueña de vos misma. *Lazos familiares*, *El bosque de la noche*, *Indicios pánicos*. Habían estado ahí siempre. Eran parte de mi anatomía. El piano que ella tocaba de chica era mi piano.



También estaba Hans Magnus Enzensberger, con esa energía tan masculina que le hacía pedir perdón por escribir poemas. Magnus es el nombre de un chocolate empalagoso, un emperador o un revólver. Lo había conocido en el año dos mil, el año de la beca Antorchas. El de mi mamá tenía una dedicatoria de varón, en tercera, desde una tercera. Un juego de palabras, esquivo y pretendidamente ingenioso, escrito en tinta de pluma. No era *El hundimiento del Titanic* ni *Política y delito*. No me gusta el título así que no lo voy a repetir. Eran poemas de los años sesenta, bilingües alemán-español.

En un poema que se llama «defensa de los lobos contra los corderos», así, todo en minúsculas, encontré dos cartas. Una era mía y otra de mi hermana, las dos para mi mamá, las dos del día de su cumpleaños, no del último que la vi, sino de unos quince años antes. Estaba todo escrito. Una devoción suprema de mi hermana, un agradecimiento exagerado y magnánimo, la hipálage del afecto y el agradecimiento. Está bien, los chicos exageran, si aman, aman muchísimo, con muchas us o muchas is, os o corazones. Era otra cosa, una retórica del reconocimiento a su presencia, al sostén, a la incondicionalidad, la entrega. La cara visible de una falta.



La mía no. La mía era un reto, un sermón, la letra de la ley, la palabra del padre. Un deseo de feliz cumpleaños lleno de peso y dolor. Más que un deseo, un pedido, casi una orden, de que mirara para afuera de ella misma. O que mirara hacia ella misma, pero desde afuera. Que diera amor, a ella, o a otros. Que se alegrara la vida y no me forzara a hablar con ella de cosas horribles. No tuve éxito, es evidente. Cuando estuvo viva no me dio esos regalos ni me regaló esos libros.

A los diez me regalaron una caja enorme con una colección identitaria: Soy. Soy un pez, Soy una roca, Soy el aire, Soy el Fuego, Soy una niña, Soy el sol, Soy un niño, Soy una gota, Soy un árbol. Eran historias crudas y tristes con dibujos hermosos impresos en Barcelona. Los supe de memoria. Ella a los siete había leído a los rusos. Durante unas vacaciones en la costa, que tocaron varios días de lluvia, acabó con ellos. Se había saltado el primer año superior como era costumbre si se podía y había entrado —con examen— a la facultad a los dieciséis.

No había manera de empatar esos logros, ni aunque ella me considerara Carolina de Mónaco. Cuando terminé la primaria me regaló las obras completas de Borges en dos tomos y cuando terminé el secundario, las de Shakespeare en tapa dura. En nuestro intercambio libresco no salimos mucho de los clásicos. «¿Tú crees que he aprendido mucho y que lo conservo en mi mente?» preguntaría Confucio en sus *Analectas*. De Borges me acuerdo sólo un par de cosas, que Bartolomé de las Casas tuvo mucha lástima de los indios que se extenuaban en los laboriosos infiernos de las minas de oro antillanas, y los cambió por los negros. Que el padre de todas las Aguas es el río Mississippi, el río más ancho del mundo, y otros datos así que no sirven para nada. De Shakespeare otro tanto. De mis libros recuperaré uno, tapa amarilla, de una autora a la que había entrevistado. Todo lo que amé.



He visto a una persona matarse por amor como el joven Werther y los jóvenes de la época que lo leyeron y se contagiaron. El amor es un virus, como el lenguaje. Un flujo, una corriente que no para. Contiene opacidades y contratos. «El amor ha sido el opio de las mujeres, como la religión el de las masas. Mientras nosotras amábamos, los hombres gobernaban», escribió Kate Millett. Ahora queremos gobernar con amor. Gobernantas. No queremos ser mujeres. En el terreno minado del amor todo es experimento, no se puede saber nada. Todo lo que sé del amor me lo enseñaron los animales y las personas pequeñas.

Los que nacimos a principios de los setenta llegamos a ver los pines que decían «hagan el amor y no la guerra». Hoy la disyunción está de moda otra vez, donde hay guerra no es amor, se dice. Observo esa trayectoria después de haber atravesado sin suerte el campo minado del amor, un campo de batalla. No conozco otro espacio, otra forma de amor, que el de la guerra, estar de frente con la falta, desde que nací hasta el primer beso. Éxtasis y sentimiento de olvido. El amor es impalpable. En cada instante se crea todo de nuevo y cae. Se llena, bolsa de agua, sin fisuras, transparente, y tiembla.



No hace falta que sea real, igual existe. Vive en el riesgo de las palabras. Flotamos en una balsa de hielo atravesados de preguntas y de luz estelar. Creemos que vamos a llegar a la otra orilla. Existe, tiene que existir, tenemos que actuar como si existiera. Incluso aunque el amor me suprima de mí misma y al rato llene el aire entero solamente de mí.

La del amor como idea no la inventó mi mamá. Tristán e Isolda fundaron una. Una idea del amor, una idea de Occidente que es una idea del amor. La carta a los corintios. La media naranja de Platón. La soledad de los campos de algodón y el intercambio estabilizado desestabilizador. Amar no es una oferta, es un pedido de un «yo también». ¿Quién determina los términos del contrato? ¿Somos todos iguales ante el amor?

Una persona pequeña me dijo una vez: el amor no se queda quieto en un solo lugar, no se queda quieto en una sola persona. Fue una verdadera enseñanza. He visto literalmente a personas matarse por amor. Eso también fue una lección. No aprendí a dejar de amar pero sí a sufrir con dignidad. Como dice Borges, algo que les corresponde a los perdedores. La dignidad es una condición de los derrotados. Incluso así pocas personas consiguen renunciar al amor. Estiran los bordes del modelo heredado. Está incendiado de sentido.

Antes de dormir, durante años, mi mamá me leyó *La niña que iluminó la noche*, un cuento infantil de Ray Bradbury que sigue siendo un clásico para niños. Había un muchachito, así decía la traducción de Ediciones de la Flor, que estaba solo. No es que sólo le tuviera miedo a la noche, la oscuridad no le gustaba, pero sobre todo estaba solo y estaba triste. O al menos eso era lo que pregnaba entre el sonido y los dibujos lánguidos, violetas y melancólicos de la edición. Después llegaba la niña del título. El amor apareció en mi vida como un cuento triste.



¿Quién habrá inventado el movimiento, el impacto, la caída? ¿Cuál será el origen de ese avance en la distancia y en el tiempo, de ese impulso imposible? ¿Quién lo habrá colocado en ella como una perla irregular, qué río turbio la habrá formado? ¿Habrá estado ahí desde su nacimiento, sembrado en un gen, un motor nervioso originario del primer túnel de los días? ¿Existen los bebés con pulsiones suicidas? ¿Se los considera traidores a la especie, bebés locos? ¿Ningún pibe nace suicida? Quizás fue el proceso de trece años, doce para las niñas en la tradición judía, para ser hijo de los mandamientos. Aunque no le hicieron tomar el bat mitzvá, todavía no se usaba para nenas. O fue en la edad oficial para ser adulto en la escala pública, 21 antes, 18 ahora.

Las preguntas se fabrican, como algunos problemas, como los acontecimientos. Se abren espacio en el mundo para existir de un modo nuevo. La caída de mi mamá no fue noticia. Como esa vez del caniche que cayó de un piso trece, mató a una transeúnte, a una mujer que cruzó la avenida en su auxilio y a un hombre que vio toda la escena de un ataque al corazón. Una maceta que cae desde la terraza de un edificio tarda entre 7 y 3 segundos en estrellarse contra la vereda. Las definiciones



en internet varían. Supongo que por la altura y el peso de la maceta, aunque debería estudiar otra vez las leyes de la física.

Ella quiso aferrarse en el trayecto de su vida a retazos de conocimiento. El consuelo de la filosofía. Ya de grande uno aquí, otro allá. Cuando saqueamos su biblioteca no vimos nada. Había libros subrayados que encontramos años después. Mientras estudiaba, mi hijo leyó en las marcas de esos libros esas búsquedas de nutrición o placer, de oportunidad o seguridad. En extremo contenido, concentrado en sus estudios, con un uso verbal tratante directo al objeto sin presentación ni adjetivo, mi hijo vino a verme con Zaratustra abierto al medio y compuso una frase musical que decía vida, muerte, y llanto. Se tiró en mi cama. Era sencillo. Vio en ese lápiz negro y en las anotaciones al margen el destello de una experiencia, quizás rica y acotadamente obsesiva. Vio una cara hermosa, versiones, una intensidad necesaria. Fue para un laico una aparición.

Un juego íntimo de una exactitud inesperada. Había encontrado el equivalente teórico de la carta, como en un cuadro abstracto donde los colores expresan los tonos de las emociones. «La energía crea la forma/ La emoción es la organizadora de la forma/ Sólo la emoción perdura» (Pound). No tiene sentido, pienso mejor, buscar esos puntos de origen, esas confluencias dinámicas... El chorro sale con inercia de la fuente y llega al aire inmotivado.

La muerte llega como un encuentro inesperado, como el amor. Es un exceso, un dique que desborda e inunda. Vivir es ser fugitivo de ellos, de la muerte y del amor, hasta entregarse. Como el protagonista de *La invención de Morel*, un fugitivo que llega a una isla en la que no hay nadie pero donde después de una tormenta descubre un grupo de personas. Escondido descubre a una mujer de la que inmediatamente se enamora. Desde allí la mira, la fabrica, es una imagen, la imagen del



amor, una ilusión. A mi mamá le tocó comprobar que su estrategia era mucho más sutil, encontró la decepción por un camino más inesperado. ¿Por qué somos tan frágiles ante la traición? Algún día habrá tecnologías más sofisticadas para sacudirnos y sacarnos de encima también ese sentimiento espantoso que abre abismos.







En el escalón de la vidriera me esperaban dos poetas. Uno de pelo negro y tupido, gaucho gil, amigo leal, otro más joven judío, gay de media cancha, hiterísimo. Estaban cruzados de piernas y brazos, la mitad de una pandilla. Yo crucé la avenida desde un café con gusto a cloaca y me abrazaron. Entré con dos poetas al velorio de mi madre. No hacía frío ni calor, había asco en el aire, ese aroma rancio de las flores muertas y los sanguchitos. Era de noche o de día, no me acuerdo, adentro era sin tiempo y estaba lleno de gente. Mi tía le había prohibido terminantemente al que había sido el último novio de mi mamá estar presente. Lo culpaba.

No sé si ya escribí esto o no, las escenas vuelven repetidas y diferentes. Me acuerdo bien de algunas caras, la cuñada que se me parece, la amiga que no vino ni me llamó porque estaba en el nirvana de un romance que no quería mancillar con nada. En el apoyabrazos de un sillón, con un vasito descartable en la mano, un psicoanalista famoso, padre de una amiga, me explicó. Me dijo cinco cosas. Cinco cosas que me acordé durante todos estos años, aunque incluso en el mismo momento en que me las decía me parecían propias de una orientación conductista que pretendía explicar el ovillo del



suicidio en cinco puntos condensados. Me sirvieron de apoyabrazos. «Los suicidas piensan en tormentas, abren latas de sardinas, corren de noche por una plaza, estudian el Corán y sueñan con nada». «Para prevenir un suicidio hacen falta tres biromes, dos terrones de azúcar, una bofetada, un beso en la frente, una cárcel acolchada». «Las principales causas del suicidio son la soledad, el amor, el frío, el hambre y un ratón». Ahora que escribo las olvidé por completo. No tengo en la mente ni un rastro.

Me acuerdo sí que el silloncito estaba junto a la puerta corrediza que abría al espacio donde se coloca el ataúd. Que estuve poco tiempo ahí adentro, sólo cuando el rabino cantó el kaddish y tuvimos que reunirnos alrededor de la caja de madera en la que estaba mamá. Me acuerdo de esto que voy a contar ahora y que me da vergüenza y culpa hasta el día de hoy y me va a seguir dando vergüenza aunque lo escriba acá. Mientras salíamos de la habitación del ataúd y del rezo, abracé a la mujer de mi papá y le dije algo que voy a repetir ahora por primera vez desde ese día, algo que me hace odiarme más que a mi mamá ese día. Le dije: Todo lo que sé sobre ser mamá lo aprendí de vos. Por supuesto, era mentira.

La vergüenza se convirtió en una forma de vida. Era algo que ya ni siquiera percibía: la llevaba dentro de mi propio cuerpo. En *La vergüenza* la escritora francesa Annie Ernaux escribe: «Siempre he deseado escribir libros de los que me sea imposible hablar a continuación, que hagan que la mirada ajena me resulte insostenible». Es interesante provocar. A mí la vergüenza me es propia, sé que a quien lea estas páginas no le importa. Esa frase no tiene el peso que tiene para mí haber dicho esa aberración ante el diamante de pino barnizado que guardaba el cadáver lavado, tibio y envuelto en tela de mi madre. La condena es mía.



Querida Marina,

¿Qué te dije ese día? Espero acordarme! Algo sobre el suicidio, no? No me acuerdo de qué hablamos. Me decís que te dije... te expliqué cinco razones, o cinco causas... ¿Era sobre las razones de un suicidio? No me acuerdo qué te dije.

Te acerco algunas ideas. La interpretación Freudiana es la de una intensa frustración y enojo, o resentimiento, y odio dirigido a una persona y que al no poder ejercerlo se vuelven sobre uno mismo. Hay un grado de depresión melancólica subyacente. Masoquismo, un nivel de autocrítica que desmorona, la autoestima y el amor a uno mismo destruidos.

Las pautas del centro de suicidio de las que te hablé aludían a la gravedad del intento.

Creo que también te enumeré algunas posibles causas o desencadenantes del suicidio que hay que tener en cuenta:

Si se produjo la pérdida de una relación

Si es el aniversario de una pérdida

Si consume alcohol o droga



El método para ejercerlo  
El grado de soledad, si vive solo o no  
Eran pautas para evaluar el riesgo de la amenaza telefónica  
Espero que te puedas acordar el resto  
Cariños, Andrés

En un reclamo de realidad le pedí por favor que me dijera de nuevo lo que me había explicado esa noche. No se acordaba bien pero entre los dos hicimos el parche de la narración. Es un relato. Vuelve y vuelve no idéntico a sí mismo. Le escribo a Andrés con total espontaneidad, sin pensar. No me da miedo ni vergüenza y él me responde pronto y amoroso. Tarda mucho en la pantalla la palabra escribiendo... y cuando eso pasa siempre pienso que lo que llega es un sermón. Pero Andrés responde al punto, sin dejar de ser cariñoso. No es mi papá. Un papá así. Pienso en cómo estarían entretrejidadas las fibras de mi cuerpo si hubiera tenido un papá así. Un papá como el de Tati, al que llama y le pide cosas, le comunica cosas: Voy para allá, y cuando vaya quiero que me tengas preparada la valija colorada con la ropa de la abuela. Para mí tengo otra cosa, la simulación de una mujer vital que disfruta de cada situación, estar sola un sábado a la noche se transforma en un baño de inmersión, una serie y descansar; salir tarde del trabajo se convierte en caminar por avenidas vacías a la noche en medio de la ciudad. No es tan mentira ni está tan mal. Pero hay un esfuerzo contra otra verdad, la de las fibras sueltas, mal terminadas, mal cosidas.

La ronda de los vivos y los muertos, su ritmo confitado, el golpeteo de sus joyas, bailan la certeza de que la vida es tránsito. Esa verdad le dio la danza macabra a los frescos románicos. El cielo organizaba la tierra y la desviación de los cuerpos que caen. Mi papá se corre si me caigo. Me desarmo en el aire. Se cae a pedazos la metáfora de lo divino. Camino como



una pieza incompleta. No hueca, pero desordenada. Caballo de troya. En griego antiguo los verbos en futuro no existen, se construyen en presente. Los verbos de música se expresan en presente. Camino sobre el ritmo de la música del presente. Con la fuerza de miles de caballos que se necesitan para disimular el pasado, el terror al futuro.







Hubo un tiempo en el que mi marido no trabajaba. Pasaba la noche en un estudio elegantísimo que le prestaba su papá en Cerrito y Juncal. Si llamaba, a cualquier hora me atendía una chica con nombre de salsa de chocolate, en medio de un bullicio de personas y choques de hielos. Él no volvía a dormir. A las siete les decía a los chicos que papi había salido a trabajar temprano y los preparaba para el colegio.

Ahora estoy completamente sola en la casa. Puedo andar desnuda si quiero. Todos se fueron hace años. No me aburro ni siento entusiasmo por nada. Quizás sea hora de que todos vuelvan. Ya se fueron suficiente tiempo.

Porque después de los dramas, de la separación de bienes y de males, de abogados, ventas y mudanzas, de tirar de los tendones y de colgarse de las piernas, de las muertes en sí mismas, de los dramas complicados que siguieron durante días y días, apareció la verdadera tragedia más simple y tranquila de extrañarlos.

El primer Año Nuevo después de la muerte de mi madre se sintió como otra traición —estábamos dejando atrás el último año en el que ella había sido protagonista de todo—. Del espectáculo de su muerte, de la aniquilación de sus seres



queridos, de las miserias abogadiles, de tocar oro y dinero. Todas esas veces que mis hijos me verían manejando situaciones que por primera vez experimentarían.

Tuve también cierta confusión mental en los meses posteriores. No es que pensara que ella todavía estaba viva, pero al mismo tiempo no podía creer que realmente se hubiera ido. De repente la elección no era tan simple: o viva o no viva. Era como si no estar viva no tuviera que significar que estuviera muerta, como si hubiera una tercera posibilidad. Estaba ahí todo el tiempo, demasiado presente. Incluso en aquellos lugares donde nunca habría estado, como el transporte público. Al subte me llevaba mi abuela pobre como un paseo. Sentía el chirrido de las vías sacando chispas y el olor a cera del aire caliente, los palos sólidos de la madera de los molinetes. Ella lo usaba como verdadero transporte, lo conocía, tenía cospeles.

No había tantas personas en el andén, aunque bastantes. Por supuesto, yo creía que todos debían estar yendo a un lugar amigable que les daría la bienvenida, en el que había personas esperando con café y galletitas. Pero seguramente no era así. Puede que ellos también estuvieran acompañados por su suicida cercano, parado ahí, haciendo sombra, en el andén. Algunos quizás no estaban yendo a ningún lugar especial, simplemente a trabajar, mientras miraban como figuritas diapositivas los carteles de la publicidad enorme.

Te dicen que no te quedes sola. Que hagas planes. Cuando me relaciono con gente aparece ese viejo y conocido sentimiento de quedarse afuera, otro sentimiento aprendido de ella. Me acuerdo del día en que falté a la clase de danza y después Irene me dijo que había sido la mejor de las clases. Ella y Clara se habían hecho más amigas. Me echaron del paraíso, me fui al infierno.

No soy tan alegre como solía ser. Mis amigas lo saben, y un poco lo disfrutan. Agotaba. La pena fue peor después,



cuando empecé a dejar de estar triste. Sentí terror. Se estaba yendo por un arroyo chico, de esos marrones que sólo aparecen cuando llueve y llegan al río, después al mar y se pierden.

Sentí terror una noche cuando me estaba quedando dormida —la pregunta repentina me despertó—. ¿Adónde estaba yéndose ella ahora? Percibí con intensidad que se estaba yendo a alguna parte o que se había ido a alguna parte, no que simplemente había dejado de existir. Que ella, como él, se había quedado cerca por un tiempo, y que entonces se estaba yendo —hacia abajo, tal vez, pero también afuera hacia alguna parte, como si saliera al mar—.







¿Quién no quiere abrigarse bajo el manto suave del sentido? El sentido nos tranquiliza, organiza el pensamiento y también, de algún modo, el deseo. Metemos la experiencia, la desesperación, el dolor, incluso la euforia, en una cajita y nos sentimos en control. Le damos sentido a algo como quien le saca brillo a un mueble, lo toca con la varita mágica y ahora sí lo puede nombrar, poner en palabras. Pero el sentido se escurre, resbala, como un jabón: la manta queda corta, no abraza.

Tejemos la manta del sentido con las dos agujas del lenguaje, la de las unidades lingüísticas, y la de sus combinaciones. Ese tejido arma un tapiz que hila sus propias hebras doradas y entre ellas hace nacer misterios amables, melancólicos y lujuriosos, turbios de dolor y esplendores. Pero la trama del tejido nos devuelve también a veces dudas y deconstrucciones. El propio sentido teje una manta cargada de emociones.

En la carta que nos dejó mamá era imperativa. Decía no despilfarren, encuentren un gran amor que las cuide y que lo cuiden, no hagan como yo, tengo millones de cosas más para decirles, sigan trabajadoras, honestas, éticas, austeras, modernas, independientes, cuidense, perdonenme. Pensaba en el



futuro, avanzaba sobre la línea de un renglón imaginario con tinta de birome y con la mano. Avanzaba en el tiempo, en la vida. Hacía planes. Estaba viva. Imaginaba un futuro sin ella. Para estar vivo ni siquiera hay que desear estarlo.

Hablaba también en pasado, no pude, me faltó muchísimo, no supe, las quise. En la carta mamá trató de explicarnos por qué se mataba, trató de darle sentido a su exterminio. Pero en el suicidio hay algo que nunca se puede comprender del todo. La autoaniquilación desborda al lenguaje.

¿Para qué escribió, para vivir un rato más o para empezar a morir? Las mujeres que escriben se suicidan, le dijo su padre a Cristina Peri Rossi. ¿Por qué se matan las mujeres? ¿Escribir las mata? ¿O las salva de no morir antes? Ante la cruel encrucijada entre el amor y la angustia tienen la escritura. Se internan en el mar con los bolsillos cargados de libros-piedras, o se toman el elixir del dulce sueño que evocaron, se disparan pistolas de nácar, o respiran la fresca brisa que brota del horno apagado.

Escribir es «comenzar a cantar despacito en el desfiladero que reconduce hacia mi desconocida que soy, mi emigrante de sí», dice Alejandra Pizarnik en *El infierno musical*. El yo no se escribe, no se inscribe, no se constituye. El nombre ni siquiera es propio, aparece como huella y desaparece. Es un manoteo por alcanzar un nombre, un cuerpo, que no alcanza, se desparra. «Las palabras no hacen el amor, hacen la ausencia», le responde a Breton.

Alfonsina se sale de sí antes de irse, antes de aniquilarse. Anticipándose al mortal puñal del visto, esa raya azul y doble que se clava en el corazón y en la mente cuando alguien no responde un mensaje, Alfonsina se va, ya se fue, no piensa atender el teléfono. «Si él llama nuevamente por teléfono / le dices que no insista, que he salido». Salió, ya se fue. De sí, ya está afuera. Como Alejandra cuando se dice, hablándose a sí



misma desde un afuera: «No temas, nada te sobrevendrá», en *Extracción de la piedra de la locura*. La operación consiste en restar al cuerpo de la escritura, yéndose por el arroyo del verso al río del poema, hasta desaparecer en un océano de tinta.

«Me horroriza mi lenguaje. Miento todo el tiempo. Si hablo mento», vuelve Alejandra. «Me pregunto cómo hacen los demás para soportar el hecho de vivir». Extrema tensión entre el yo y su entorno, un yo que cambia, se diluye, se derrite como cera. En la carta que nadie leyó nunca mi mamá escribió: No quiero que me vean así, estoy muy angustiada, les pido perdón aunque sé que esto es imperdonable, pero no puedo más... Al final, ¿nos quiso matar mami?

*(no es lo mismo decir Buenas noches que decir Buenas noches)*

*El lenguaje*

*—yo no puedo más,  
alma mía, pequeña inexistente,  
decidite;  
te la picás o te quedás,  
pero no me toques así,  
con pavora, con confusión,  
o te vas o te la picás,  
yo, por mi parte, no puedo más.*

El texto es una carta de renuncia, una manera de avisar que ya salí, que ya estoy ida. Como en este manto textual que no abriga ningún cuerpo el 10 de julio de 1962: «Otra vez el amor. No debatirse más. Hacerse una con la que renunció desde siempre. Lo que tú quieres no tiene nombre. Lo que no tiene nombre no existe».





Mi tía me había invitado a participar en una conferencia del Congreso Internacional de Psicoanálisis. La mesa era sobre escritoras suicidas. La poética del suicidio, decidimos, como si la autoaniquilación tuviera una lengua propia. En la mesa éramos tres, la psicoanalista, la escritora, la crítica norteamericana. La psicoanalista trenzaba lenguaje, vida, obra, lacán y mitos griegos. La escritora —yo, sobrina de la psicoanalista, hija de la suicida, sobrina de la hermana de la suicida—, trataba de correr la escritura del agujero negro del episodio que como un agujero negro imanta y absorbe todo. La crítica norteamericana —de la universidad de ¿Pugkeyspie? De Ontario o de Vanderbilt, Canadá, de Hosstress, Montana, o de Wocam, Idaho, el estado de la papa, ¡pero qué papas! La papa que te invita a todos los seminarios de escritoras suicidadas, feministas, y ni te digo todo eso junto y además psicoanalistas— habló de Sexton. Dijo bipolar.

*Ya que preguntas, la mayoría de los días no puedo recordar.  
Camino con mi ropa, sin las marcas de ese viaje.  
Entonces vuelve la lujuria casi innombrable.*



Incluso entonces no tengo nada en contra de la vida.  
Conozco bien las briznas de hierba que mencionas  
*los muebles que has puesto bajo el sol.*

*Pero los suicidios tienen un lenguaje especial.  
Como carpinteros, quieren saber qué herramientas.  
Nunca preguntan por qué construir.*

Ese día llovía. Una señora muy bien vestida, psicoanalista del montón de asistentes, interrumpió. Yo me pregunto, dijo, acongojada, ¿cómo puede una mujer que tiene hijos matarse? Pensé en contestarle. Pero en realidad no lo sabía. Mi novio no había venido y no tenía a quién mirar en el público para sentir un alivio de compasión y complicidad. La norteamericana fue directo al punto y leyó el poema de Anne Sexton que se llama «Carta de suicidio».

*Me hablas de narcisismo, es un asunto de mi vida. déjame legar de alguna manera todas las sobras a mis hijas y sus hijas / La vida se inclina hacia adelante y hacia atrás. Todo el mundo tiene una muerte, su propia muerte, esperándolo. Entonces me iré ahora, sin vejez ni enfermedad, salvajemente pero con precisión*

Después ofreció su lectura: *Mientras que* «Wanting to Die» *explora el deseo del hablante de aniquilarse a sí mismo, este hablante afirma en el epígrafe que es su intención hacerlo. De nuevo se dirige a otro, esta vez a un «querido amigo», y le dice a su audiencia que sabe que la acusarán de narcisismo. El epígrafe de Artaud sugiere que ella se identifica en una línea de intelectuales que han considerado el suicidio. De hecho, el suicidio forma parte de su proyecto artístico. En el segundo epígrafe, deja su legado, «las sobras», para que sean analizadas por sus hijas y nietas, incluso*



*mientras les muestra en este epígrafe que esta historia, como también es de ellas, será una historia de mujeres.*

*El poema comienza con una serie de fragmentos, con el estribillo de «mejor». Es mejor, a pesar de que la madre caballo en el campo habla con los gusanos y las niñas recién se están volviendo fértiles, no haber nacido. Así como las chicas jóvenes «derraman sangre», este orador quiere caer «en una habitación vieja». ¿Es la habitación un suicidio o un lugar donde abusaron de ella? ¿O es un útero? Puede que sean todos estos. ¿Qué sucedió en la habitación de esta mujer cuando era una niña de 13 años, cuando una «pensión» se «incendió»? Ella no especifica, pero su padre «arqueando el hueso» en las últimas estrofas, y ella siendo «clavada» nos dan una posible pista.*

La norteamericana buscaba rastros, pistas, en acontecimientos burdos. Yo quería huir de esas posibilidades. No sabía quién de las dos, si la norteamericana o yo, estaba más despistada.





El acontecimiento era otro. No tenía nada que ver con las razones del suicidio de Alfonsina, Alejandra o Anne Sexton. O quizás sí, algo de eso había. Pero el acontecimiento era estar exponiendo —estar expuesta— sobre un tema que me atravesaba como la cadena del ancla de un transatlántico y me anclaba a un planeta aún no descubierto que algunos llamaban Dolor y otros Confusión. Estaba invitada por mi tía en una especie de convite a hermanarnos en una pérdida que, ni más leve ni más grave, no era la misma. Comentarios a cargo de la prestigiosa crítica.

El acontecimiento no es el trauma, provienen de campos epistémicos distintos, para pensarlos juntos hace falta un trabajo de ensamble que no borre sus diferencias. Trauma es una palabra que viene de la medicina. Herida, perforación, accidente con rotura expuesta. Es un término que da cuenta de un proceso patológico. Acontecimiento, en cambio, se inscribe dentro del campo de la filosofía, y cobró importancia en los pensadores post-estructuralistas. Un recorrido por distintos autores, filósofos, epistemólogos, historiadores, permite una descripción del concepto de acontecimiento que ha dado lugar a lo que se denomina Filosofías del acontecimiento.



«Acontecimiento es algo que hace aparecer cierta posibilidad que era invisible o incluso impensable. Un acontecimiento no es por sí mismo creación de una realidad; es creación de una posibilidad. Nos muestra que hay una posibilidad que se ignoraba. En cierto modo el acontecimiento es sólo una propuesta. Todo dependerá de que esa posibilidad propuesta por un acontecimiento, sea captada, trabajada, incorporada, desplegada en el mundo. Esto es lo que llamo procedimiento de verdad. El acontecimiento crea una posibilidad, pero luego hace falta un trabajo colectivo en el plano de la política, individual en el caso de la creación artística, para que esa posibilidad se haga real, es decir se inscriba, etapa tras etapa, en el mundo» (Badiou).

El acontecimiento aparece como creador de posibilidades. Las posibilidades abiertas están presentes en la situación durante un largo tiempo secuencial. Se agotan poco a poco, pero están presentes. Estar preparado para un acontecimiento significa estar con la disposición subjetiva de reconocer la nueva posibilidad. Una idea. El acontecimiento es la creación de una posibilidad y la idea es el nombre general de esta posibilidad. La idea es el horizonte de una posibilidad nueva.

No es el programa, no es el proyecto. Es la posibilidad en nombre de la cual se actúa, se transforma, se tiene un programa, un proyecto. La idea es la convicción de que puede surgir una posibilidad distinta de aquello que hay. El acontecimiento crea una idea. Cuando salí la lluvia era torrencial. Después de la charla había habido un cóctel con bocaditos, que recorrí como una yarará asustada y del que escapé en cuanto pude.

Me costó conseguir un taxi para cruzar la ciudad y llegar a la comida que había organizado mi novio con su tío de



España. Llegué empapada. Sonreí. En una secuencia post-acontecimiento surgen nuevas formas subjetivas reactivas. «Es preciso extender el concepto de sujeto a la novedad reactiva y no limitarlo a la estricta fidelidad creadora de la verdad genérica. Ante las resistencias sobre los efectos novedosos del acontecimiento, un acontecimiento abre un espacio subjetivo que se puebla de tres figuras posibles: sujeto fiel-sujeto reactivo-sujeto oscuro».

La cena estuvo rica en carnes, hubo bife, ceviche y paté. Yo había atravesado la ciudad bajo la tormenta, había presentado un trabajo en la mesa de un congreso internacional, había esquivado las flechas envenenadas del público, había llegado a horario y sonreía. Tenía una cicatriz pero no era ninguna Ulises. Desprecio esa posibilidad prosaica que nos permite sentirnos héroes. Hacerse ideas.







Íbamos a ir al cementerio a poner la primera piedra pero no fuimos. La primera piedra de mis hijos, que nunca habían ido. En cambio nos quedamos hablando de cómo fue todo. De la noche de gravedad en la que se cayó el planeta, se cayó mi mamá. Se le paró el corazón, eso me dijeron que les dijera, y eso hice. No era tan mentira.

Hablamos recomponiendo la escena de los mil pequeños crímenes imperfectos que ese día y esa noche nos cambiaron la personalidad. Les conté todo, casi. Quien la cuenta, dice Anne Carson, puede ser el perro de la historia que merodea alrededor. Pero acá yo no era el perro de la historia olisqueando los rincones y los rastros. Era el perro, los rastros, los rincones, la historia, y el relato. El «lexicón del inframundo» que, como explica Carson, traslada las palabras latinas al inglés, o al idioma materno, como quien ronda y recoge los huesos perdidos para contar la historia desgajada que le permita convivir con la muerte sin ser succionada por ella.

¿Estaré siendo succionada por esta historia, por la muerte misma? No. El duelo es una habitación de la que pude abrir la puerta. Aunque siga juntando los huesos perdidos en el desierto para reconstruir un cuerpo como las Mujeres de



Calama, cerca del fuego, quemadas por el sol y con dolor de cabeza, los bolsillos llenos de sal y los zapatos llenos de arena, con palas y linternas, guiadas por intuiciones y rumores.

Desenrollo el relato de la noche y le tiendo una alfombra a las cenizas. Siento vergüenza por creer conocer la historia, a ella. Nunca se llega a conocer a las personas. Qué poco sabía de ella. Perseguir el sentido de una palabra, perseguir la historia de una persona, es inútil. Es como esperar que de pronto entre un torrente de luz. Las palabras son chispazos en la oscuridad. Iluminan poquito, como las velas cuando hay apagón.

*La muerte es un hueso triste; magullado, dirías,  
y sin embargo ella me espera, año y año,  
para deshacer tan delicadamente una vieja herida,  
para vaciar mi aliento de su mala prisión.*

Dice el poema de Sexton. Es la primera vez que escribo sobre este acontecimiento. Hasta ahora me había resultado imposible. Había intentado, por partes y en libretas. Salía feo, como es, como era. Como si el hecho de contarlo fuera algo prohibido que iría acompañado inevitablemente de un castigo. Quizá el de no poder escribir nada después. Ahora siento una especie de alivio al comprobar que puedo seguir escribiendo, que no pasa nada terrible. Mentira. Habrá personas que infrinjan el castigo por estas palabras. Antes de empezar a escribir pensaba que iba a ser capaz de acordarme de todos los detalles. Pero, de hecho, sólo recuerdo la atmósfera.

Ahora, después de haber conseguido escribir sobre esto, tengo la impresión de que se trata de una banalidad. El texto y el suceso. Un suceso banal, mucho más habitual en las familias de lo que en ese momento me hubiera podido imaginar. Quizá la escritura convierta en banal cualquier evento, hasta



el más dramático. Pero como para mí siempre fue una imagen sin palabras ni frases, aparte de las estrictamente burocráticas y de la maraña sensorial que se formó en mi lóbulo frontal, las palabras que uso ahora me resultan un bálsamo y una maldición. Ordenan y cancelan. Se convierten en un relato para los demás.







Los pensamientos que me ocupaban por esos días son los mismos que me ocupan ahora. Qué comí, y cuánto. Cuánto espacio ocupo en el mundo, tratar, en lo posible, de desaparecer. Pero eso fue después. En lo inmediato, después de la noticia y con el aturdimiento, comí sin hacer la cuenta: estaba tratando de comerme a mi mamá, quería que su cuerpo volviera. Pensado así, no parece tan ridículo ni imposible.

Por esos días veía el mundo como una serie de líneas suaves y difuminadas unidas entre sí, un cardo, una madeja. No me daba cuenta pero pinchaba, y cuando me di cuenta de que al final no había nada en ese caminito estrecho entre mi persona y el espacio negro que es el mundo sentí que durante toda mi vida había estado al borde de un precipicio. Me había vuelto vulnerable, dura y desvalida; tomar conciencia de eso me permitió vencer la tristeza, la vergüenza y la autocompasión. Empecé la dieta.

A los pocos meses ya había recuperado mi peso habitual. Nunca oscilé demasiado en el peso, aunque bajé bastante en dos ocasiones. En las postrimerías de mi matrimonio y cuando me operaron el útero. La operación fue cuando tenía un novio taxi boy —se prostituía por sexo, trabajador



sexual— y stripper (¡Jajaja todo esto es cierto! ¡No es mentira! Todo lo que escribo lo viví, pero nada de lo que escribo lo escribo como lo viví. No sé inventar, no me interesa, me aburren los mundos inventados, me interesan las personas. Todo lo que digo es verdadero). Él me contagió el virus del papiloma humano.

No lo culpo, fue una montaña rusa, una imagen común de la velocidad y el vértigo. Me agotaba, era excitante. Llevaba una vida sexual promiscua y yo me hacía la distraída. Se iba durante meses a Miami y no respondía mis mensajes. Volvía cargado de billetes y mercancía. El papiloma humano se alojó en un pliegue. Cuando digo pliegue pienso en un hojaldre, una torta Rogel, una pollera tableada, Deleuze. Este pliegue estaba escondido en algún pabellón interno entre el cuello y el útero. Tardaron en detectarlo. Por eso, cuando lo descubrieron ya era tarde, no podía tratarse, había que amputarlo.

Mi novio me acompañó a las consultas y a la operación. En la sala de espera leía su libro, uno recién publicado en la última tendencia de los pensamientos filosóficos, y en el camino a la operación me dijo que tenía que pasar antes por la ferretería.

Lamentablemente no pudimos hacer ese trámite porque la operación tenía hora programada y una exigente rutina de higienización previa que duró 48 horas. La intervención era ambulatoria, a las pocas horas estaba en mi casa, en mi cuarto, en mi cama, desangrándome. Salían coágulos como pomelos. Casi me muero, pero no me morí. Hacía diez años que no estaba tan flaca. No era mal negocio. Mi mamá se había ido y con ella mi útero. Perdí la arquitectura, el arte, una capacidad del lenguaje, la capacidad biológica de procrear. «Después de un gran dolor viene un sentimiento formal» (Dickinson). Alguien que olvida el lenguaje se convierte en bestia.



¿Llorabas o gritabas? Preguntaron mis hijos. Ahora puedo decirles la verdad completa, hablarles de la morgue. Contarles que no fui, pero que dudé mucho en si debía ir o no, si no correspondía que fuera yo, su hija mayor, quien fuera a reconocer el cuerpo. No les dije que después me arrepentí y que después me olvidé y que un día me desperté dándome cuenta de que mi papá me había dicho que estaba hermosa ese día. ¿Cómo estaba? Hermosa. Pero que no era verdad, que debía estar rota y con el período de corrupción iniciado.

No supe bien tampoco qué decirles acerca de si esa noche en la comisaría, después de recibir la noticia, gritaba o lloraba. Las dos cosas, les dije, lloraba y gritaba por ustedes, aunque en realidad aullaba el nombre de mi hijo mayor, con el que mi mamá tenía una relación particularmente íntima. Ese día, el día que siguió a esa noche, los llevé a la escuela sin decir nada. A la tarde su papá y yo se lo diríamos a ambos. En la escuela, un amiguito que se había enterado le dijo a mi hijo: se murió tu abuela. Él no le creyó.

Muchos años sostuvo la negación, no de la muerte después. Sí del suicidio. No lo creía, no lo quería saber. La que



abrió esa ventana fue su hermana. Ella siempre supo todo primero que el resto de nosotros. ¿Qué era verdad, después de todo? Para Goethe hay dos verdades distintas: la verdad primaria de los hechos, y la verdad esencial que, desde la subjetividad, uno es capaz de percibir oculta tras los hechos en sí. Y todo en beneficio del principio fundamental del sentido. «Un hecho de nuestra vida no vale en la medida en que sea verdad, sino en la medida en que signifique algo».

Yo no. No quiero encontrar un sentido. No pretendo tanto. La permanente y patente simbiosis entre literatura y verdad no se sintetiza en un testimonio amable. El mundo que lo envuelve es hostil. La verdad literaria puede ser una visión, un trance, una experiencia real de revelación, de cercanía, de intimidad. Puede reconocerse porque ha sido movida por la fuerza de la palabra.

Aunque quiera contar todo como fue, ya lo dije, sólo me acuerdo de una atmósfera, como de cápsula espacial o de discoteca forrada de alfombras negras. La posición de algunas personas en el patio de la comisaría, algunas palabras. La verdad tiene algo de misterio, algo inexplicable. Ese misterio es un atributo de lo elemental: la concentración o reducción más lejana de un fondo de salsa. No puede refinarse más sin que su naturaleza cambie. Es esencial, mineral.

Lloraba o gritaba, el enojo es tristeza. Como la cólera de Aquiles, una gran depresión que desata una guerra. Una guerra empieza por una persona que no fue invitada a una fiesta, otra vez el fantasma de la exclusión. Lo que no se convierte en palabras se convierte en desesperación.



Cuando empezó abril, un año después del suicidio de mi madre, fuimos con mi hermana a Tablada, en La Matanza. A los doce meses del entierro, en los cementerios judíos se inaugura la lápida mortuoria. Nadie nos había podido decir dónde ni cómo se consiguen esas cosas.

El ritual completo, entonces, indica: ir al entierro, volver a la salida del cementerio por un camino distinto al caminado hasta la tumba, lavarse tres veces las manos enjuagándolas con la mano opuesta antes de irse, no volver directo a la casa; no volver al cementerio durante un mes; reunirse una vez por semana entre los deudos más cercanos; inaugurar una placa provisoria en la tumba al mes de la muerte; inaugurar la lápida —generalmente de mármol— definitiva. Esto en resumidas cuentas, sin contar en detalle todos los rituales de la shivá.

Era un día de semana y para nosotras era una excursión a los suburbios, no teníamos clara noción de dónde quedaba, creíamos que era lejísimos. Igual no teníamos mucho que hacer en la vida, ese año casi todo se había tratado de la muerte. Nuestra tarea era estética, íbamos a elegir un modelo de lápida, una piedra, íbamos a diseñarla, después encargarla en una de las marmolerías que rodeaban al cementerio.



Entramos y en la recepción nos dieron un mapita con el número de fosa. La empleada marcó una equis donde estaba mamá. Podía ser perfectamente el tablero de un juego de damas, el plano de las carpas de un balneario, un excel para la planificación anual de un ministerio, un misterio. Nos costó llegar, pero no íbamos a buscarla. Repasábamos los modelos como perchas con camisas en una tienda de ropa. Con desdén. Había sol y hacía un poco de frío y teníamos una cinta métrica metálica, un elemento muy común en casa de arquitectos, y una libreta. Tomábamos medidas y las anotábamos. Mi hermana hacía algunos croquis.

Algunas tumbas tenían un estilo neoclásico. Esas las pasábamos de largo. Nos deteníamos en las de estructura más neta y simple, más minimalista. Algunas tenían pequeños retratos con fotos. Una herejía, porque en el judaísmo está prohibido venerar las imágenes. Ninguna flor, o muy pocas, según la tradición. Letras labradas en piedra. Eso, a vuelo de pájaro. Había también algunos pájaros entre los cipreses, no sé si aquellos que hacen más campestres las mañanas de fisura urbana o aves de carroña, indisimulables carnívoras, de las que comen restos, que venían con sus graznidos a recordar que ese no era en nada un lugar vegetal y mineral como lo queremos todos, cipreses y mármol, sino eminentemente humano.

En una mirada más detallada había más diferencias entre las tumbas. Las criptas eran contadas con los dedos de la mano, aunque sobre la senda principal había varias. Los mármoles variaban en toda la gama que el material puede ofrecer e incluso incluían variantes que ya no se consiguen. Los recortes eran más o menos rebuscados. Algunos parecían decirle al muerto «cada golpecito sobre esta piedra maciza, su esfuerzo, es todo lo que me importás», y así aparecían esos chanfles y ochavas estilo jabonera.



También variaba el sitio para las flores, que en gran parte de la tumba eran piedras, la distancia de la tapa al suelo, de la tapa a la lápida, la tipografía y estilo del labrado de las letras, el mensaje escrito, la palabra.







Esto se termina. ¿Termina? Cambia. Empezamos a salir a la calle, retomamos los hábitos, la vida. Se va alojando en un lugarcito del fondo de la mente, atrás, en la nuca, a un costado, donde termina el cuello y empieza el cráneo. Va cambiando de lugar, se va mudando. Primero es una madeja eléctrica en el lóbulo frontal. No te deja pensar. Después se va corriendo para atrás, como en un colectivo lleno en el que quiere subir más y más gente. Se corre para atrás pero salta al frente de todo en la primera frenada. La frenada puede ser un chiste, una metáfora, un me mato, me tiro por la ventana, sos igual a tu mamá, cualquier chispazo.

Después las frenadas se van atenuando, como si el cerebro generara su propia fábrica de amortiguación y fuera mejorando cada mes, cada año, en la producción. Las frenadas ya no lo hacen saltar. Se abre una bolsa de aire. Contiene. Se va acomodando. Mientras se acomoda van entrando cosas nuevas. Luces, perfumes, voces, temperaturas, distintas presiones. La cosa que antes ocupaba tanto lugar y tan preponderante, tan centro de escena, se va corriendo al fondo.

Otra cuestión era la altura y el ancho de las lápidas. Una ocupaba dos o tres parcelas al estilo de una king size de luxe,



la más cara de la colchonería. Yo elegía el conjunto y mi hermana tomaba las medidas y dibujaba. Mientras, nos hacíamos chistes negros y nos agredíamos moderadamente, contenidas. Después de un rato el diseño estaba definido. Ahí estaba, en las hojas rayadas del cuaderno de espiral, hecha en birome la tumba de nuestra mamá.

Estábamos agotadas y hambrientas pero no podíamos atender esos instintos. Lo primario ahora era atender los asuntos de la muerte y recién estábamos a mitad de camino. Cruzamos la avenida que rodeaba el cementerio. Pasaban camiones de carga que llevaban provisiones a la ciudad. Estábamos solas en el medio de la avenida doble mano, sobre las rayas amarillas que dividen a los que vienen de los que van, gigantes de varias toneladas que nos rozaban amenazando el aire que nos rodeaba. Pero ya nos estábamos acostumbrando a vivir entre monstruos.

La marmolería, como el cementerio, una mañana en medio de la semana, era toda para nosotras. Dos palabras y estábamos en el fondo del galpón, la verdadera tiendita del terror, lleno de tumbas falsas, estatuas y cruces. Podía levantarse un muerto, un drácula, un zombie, algo así, perfectamente. Nos mirábamos como si fuera una broma pesada, ¡una cámara oculta! Nos gustaba la idea de que alguien, o mejor muchos, nos estuvieran mirando como en una película, pero teníamos sólo dos espectadores. Yo era la de ella y ella la mía.

El show se terminó cuando, ya sentadas en un escritorio de la marmolería, tuvimos que deletrear su nombre. Dejamos una seña que cubría casi todo el costo. No pensábamos volver a ese lugar ni al cementerio a menos que fuera necesario. No íbamos a ir a revisar la lápida cuando estuviera lista, si el mármol era el correcto, si habían interpretado bien el diseño, si el nombre no tenía errores de escritura hasta que estuviera colocada encima del cadáver de mi mamá.



¿En algún momento se detiene el rastreo por el sentido de un final? Incluso sabiendo que no hay ningún sentido, las teorías brotan como ansiolíticos, de todas fórmulas y gramos. Las fes, el zen, la ficción, el psicoanálisis. Incontables filosofías y religiones ensayan caricias que palien el desborde y la desesperación de la muerte. Las teorías y los caminos de la cura son infinitos, las vacunas son poco probables.

Georges Bataille propone una «Práctica de la alegría frente a la muerte» que incluye una meditación heracliteana. La empecé a leer con intriga pero enseguida me puse de mal humor.

Ni siquiera era el propio Bataille, el propio texto, el que me enojaba, era la banalidad de la que también habla Bataille, lo miserable que me parecía que nosotros, meros humanos, buscáramos, rebuscáramos, le diéramos una y mil vueltas a la cuestión de la muerte, tratando de encontrar maneras de posicionarnos ante ella, de seguir viviendo con la muerte de los demás y con su idea. Traté de seguir leyendo, pero el enojo me hacía cruzar las palabras como una calle rápida en rojo. Las palabras pasaban a toda velocidad y amenazaban con su roce como en la avenida que linda con el cementerio, el día que



con mi hermana nos quedamos varadas ahí, en el medio. Leía: en el mismo instante la pesadez y el vano deseo de reposo que significa esa beatitud un ave de presa no experimenta odio es deseable entonces que no se vea tomado por el vértigo ser arrojado rápidamente agotado hacia la preocupación que concierne al ocio feliz el feliz desprecio de aquel que baila con el tiempo que lo mata solamente una santidad desvergonzada impúdica causa una pérdida de sí bastante feliz.

Palabras sueltas, deshilvanadas, puestas una al lado de otra sólo para el fin de la recopilación de lo que leí de a saltos. Después sí, leí completas algunas de las frases que seguían, a modo de ejercicio, creo. Me ayudaba a sostener el libro abierto otro libro más pesado, una edición de Alfaguara de la que me habían mandado hace tiempo un ejemplar de prensa: *Mamá*, de Joyce Carol Oates. Muchas veces había manipulado *Mamá* sin llegar a interesarme del todo.

*Me abandono a la paz hasta el aniquilamiento.*

*Entro en la paz como en la oscuridad desconocida.*

*Yo soy la alegría frente a la muerte.*

*La alegría frente a la muerte me conduce.*

*La alegría frente a la muerte me precipita.*

*La alegría frente a la muerte me aniquila.*

*Me pierdo así lentamente en un espacio ininteligible y sin fondo.*

*Alcanzo el fondo de los mundos.*

¿Son los finales como los sueños, como las pesadillas? Las pesadillas se dividen en tres: pesadillas de responsabilidad (la lista del deber, acumulada, multiplicada, potenciada), nostalgia del futuro (escenas de un pasado perdido que en realidad nunca existió), abstracciones (sombras, nubes epilépticas, todo lo negro). Ahora sueño que estoy en su casa a mi



edad. Aunque ella trató de dejarme a un costado de su propia aniquilación, quedé en un lugar completamente distinto del que pudiera haber imaginado para mí. Nadie quiere dar por perdido lo perdido, anotar esa pérdida. Al menos, el suicidio literario es más susceptible de darnos la imaginación de la muerte. Una melange, diría mi mamá. Ordena las imágenes de la muerte, melancolía y manifestaciones. Hay momentos en los cuales se escucha una música. Una musiquita nueva, los obreros de la construcción de al lado retomaron las tareas. Ahora suenan amoladoras y el toc-toc de los martillos. Los finales son una pausa. El perdón tal vez abra una puerta.







